

CAPÍTULO XXII.

PARALELO DEL LUJO Y COSTUMBRES ACTUALES
CON LAS DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES.

Historia que acabo de escribir, manifiesta que el lujo ha sido en España un vicio general en todo tiempo, más ó menos, según las riquezas que han circulado en ella, variaciones del comercio, conocimientos de las artes, y trato con los extranjeros. Es muy difícil calcular á punto fijo el grado á que ha llegado este vicio en cada siglo, ó en cada reinado; porque para este acto era necesario haber vivido en todos ellos, y no vivido como quiera, sino haber observado atentamente todas sus causas y numerado las modas, frivolidades y extravagancias que han inventado ó admitido la vanidad y el capricho de hombres y mujeres.

No obstante, como el lujo es, por lo general, efecto de la abundancia y de las riquezas, y de una desigual distribución, puede asegurarse que el reinado de más lujo ha sido aquel en que ha circulado mayor cantidad de moneda, y en el que al mismo tiempo ha empezado á declinar la industria; esto es, el punto en que cualquiera nación ha llegado al colmo de su mayor poder, y ó por esta causa ó por otros vicios internos, ha empezado á decaer. Este tiempo en España fué hacia fines del reinado de Felipe II y principios del III, y así nunca ha habido en ella tanto lujo como entonces. Digo tanto lujo, esto es, tan costoso y de tanta ostentación: lujo de oro y plata, lujo de piedras, lujo de lienzos y finísimos encajes, lujo de pinturas y otras cosas exquisitas. Porque en lo que toca al lujo de cosas frívolas, y que toda su estimación la tienen, no tanto por la materia, ni por la cantidad y mérito del trabajo invertido en ellas, cuanto por la moda y el capricho, en este creo que les somos superiores, como también lo somos en el de la gula.

Hasta de unos treinta ó cuarenta años á esta parte, no se conocía en la mesa la in-

finita variedad de platos con que ahora se tienta el apetito en las fondas y convites. La aloja y el hipocrás eran todo el surtido de las botillerías. El vestido de los hombres era negro por lo general, con lo cual no había el furor de mudar de colores continuamente, causando ahora solo esta circunstancia un exceso de gasto incalculable. El de las mujeres, antes que se introdujeran las cotillas y los guarda infantes, era más decente y menos dañoso á la salud. Siendo entonces las faldas mucho más largas que ahora, cubrían enteramente el pie, con lo cual no había lugar al extraordinario lujo de medias y zapatos, ni á la provocación que ocasiona esta indecente moda. Pero sobre todo, no había peluqueros ni modistas, y lo que llaman *cabos*, estaba reducido á ciertos adornos compuestos por artesanos del país. Si los muebles eran más costosos, también eran de mayor duración, y después de haber servido muchos años, se podía todavía aprovechar la materia de que se fabricaban: lo que no sucede con los papeles pintados, con las mesas, taburetes, canapés y otros muebles que se utilizan en el día. El lujo de piedras, aunque tan exorbitante en estos tiempos, particularmente en el reinado de Felipe III, puede dudarse si lo fué tanto como al presente. Las diversiones públicas del teatro, toros, etc., no costaban cinco millones de reales como ahora (1).

Finalmente, no había tanto número de cocheros, lacayos, pajes y demás criados, lujo, como se ha dicho en otra parte, el más dañoso de cuantos ha inventado el deseo desmedido de parecer algo en la sociedad.

En cuanto á las costumbres, todavía es mayor la dificultad de decidir, cuándo han estado más corrompidas. Quien lee la historia con reflexión, encuentra que en todos tiempos han sido los hombres generalmente malos, injustos, destemplados, inmodestos; que su propia conveniencia ha sido el ídolo á quien han sacrificado sus afanes, y que los justos y virtuosos siempre han sido muy pocos, comparados con el resto de los demás. Pero se advierte esta diferencia; que en los siglos que llaman bárbaros, los hombres han sido malos sin rebozo, y sin detenerse en paliar con los bellos nombres de decencia y civilidad los vicios y desórdenes. En los siglos cultos é ilustrados, se dora la maldad, se encubre, y lo que es peor, se levantan talentos atrevidos, *espiritus fuertes*, que trastornando los más sólidos fundamentos de la moral, y con una elocuencia brillante y seductora, no solamente desfiguran los vicios, pintándolos menos feos y abominables, sino que los canonizan temerariamente, colocándolos en el solio debido únicamente á la virtud.

Para hacer cotejo entre las costumbres actuales y las de los antiguos españoles, es necesario primero fijar el sentido de esta voz *antigüedad*, sin lo cual no pueden menos de salir falsos y equivocados los juicios que se formen. La antigüedad de España, aun sin llegar á los tiempos en que estuvo dominada por gentes advenedizas, ni menos á los místicos y desconocidos, comprende un espacio dilatadísimo, en el cual ha habido variaciones muy substanciales en el gobierno, y por consiguiente en el genio y costumbres

(1) En los dos coliseos del Príncipe y de la Cruz, se han sacado en este año pasado 1.807,368 reales. En la Plaza de los Toros 1.442,887, y en el teatro de los Caños del Peral por la ópera, en sólo la temporada, que duró desde el 24 de Octubre hasta 5 de Febrero de este año, 379,430, que en todo hacen 3.693,258 reales. Añádanse á estas partidas los Conciertos de cuaresma, la otra temporada de ópera, los volatines, las sombras, los nacimientos de purchinela y otras socalañas de esta clase, y se verá que no está exagerado mi cálculo, aun sin hacer entrar en él las meriendas y bailes á escote y otras diversiones de esta clase, que no dejan de tener publicidad; y mucho menos las funciones de personas particulares, porque entonces, ¿quién es capaz de calcular lo que cuesta solo este ramo?

del país. Y así, poner de un lado, por ejemplo, mil y quinientos años, y de otro diez ó doce, que es lo más á que comunmente se extiende la memoria de las acciones de los vivos, ya se ve que es una desigualdad enorme, que precisamente ha de hacer el paralelo defectivo y aun injusto. A esta circunstancia se añade otra no menos reparable. Los difuntos ya no excitan nuestra envidia: ya no los tememos, ni creemos que puedan perjudicarnos en nuestras pretensiones públicas y secretas. Por esto y por cierto sentimiento de piedad, que reina en los corazones, cuando no lo sofocan otros efectos más violentos, somos indulgentes con ellos; olvidamos facilmente sus delitos y prevalece la memoria de las prendas que tuvieron. Por el contrario, en los vivos contemplamos unos émulos ansiosos de sobresalir entre nosotros y de dominarnos por la autoridad, por las riquezas ó por el valimiento. Por esto miramos sus méritos con indiferencia y con tibieza, cuando no media la amistad, ó alguna otra conexión ó fin particular, al mismo tiempo que somos unos linceos para descubrir sus defectos, y que apenas acertamos á hablar de ellos, sino censurando y murmurando.

Para hacer, pues, un justo paralelo entre las costumbres actuales y las de nuestros antiguos, era necesario ir recorriendo las épocas más principales de nuestra historia; observar atentamente el efecto que fueron produciendo las conquistas, el engrandecimiento de nuestros soberanos, los enlaces de la familia real y casas poderosas, los varios modos de adquirir, los progresos de la autoridad real, el vario influjo de la nobleza y de la representación del pueblo; finalmente, una historia civil, imparcial, exacta y en la que estuvieran bien retratados los caractéres de cada reinado ó de cada siglo.

Mientras carezcamos de esta historia, es imposible hacer un cotejo exacto entre nuestras costumbres y las de los antiguos. Mas, no por eso faltan pruebas para demostrar que no obstante que las costumbres de los primeros siglos de nuestra monarquía estuvieron sumamente relajadas; que la tiranía y la fuerza hacían gemir á la humanidad; que el poder ofuscaba los esfuerzos de la razón; que había más sediciones, asesinatos y alevosías, vicios que no deben disculparse ni disimularse, para ponderar otras virtudes de aquellos tiempos: no obstante todo esto, nuestra edad abunda en otros muchos males; males tanto más sensibles y lamentables, cuanto dimanan de la naturaleza misma de nuestra constitución civil, y que no pueden remediar, si no es haciendo en ella una gran reforma. Esta es la única ventaja que tenemos sobre los antiguos, y la única disculpa que podemos alegar. Somos más malos, pero las raíces de nuestra corrupción actual no las hemos puesto nosotros enteramente: provienen en mucha parte de nuestros mayores.

Para hablar con menos confusión de las costumbres de los Españoles antiguos y modernos, deben distinguirse dos épocas principales: la primera comprende todo el tiempo que pasó desde la restauración de España hasta el siglo xvi, y la segunda, desde este hasta nuestros días. En tiempo de los Reyes Católicos se empezó á mudar substancialmente la institución civil de nuestra monarquía, y en el de Carlos V se completó la transformación; y así el carácter y las costumbres de los ocho primeros siglos, tienen tanta analogía y semejanza entre sí, como las de los tres últimos que corren de esta segunda época, con las pequeñas variaciones que producen la mayor ó menor ilustración, y algunas otras causas menos principales.

Formando, pues, la comparación entre estas dos épocas, ¿qué diferencia no hay entre nuestras costumbres y las de nuestros mayores? Porque empezando por la educación doméstica, que es la base de las buenas costumbres y de las virtudes sociales, apenas queda una sombra del respeto, recato y recogimiento con que se criaban los hijos, y de la fidelidad de las mujeres á sus maridos; de cuya falta nace principalmente la corrupción de nuestro siglo.

Pero es menester confesar, que de la mala educación moderna no es la causa principal el lujo, ni el mayor atractivo de los placeres; tiene otro origen más radical en nuestra misma legislación.

Por las antiguas Leyes de España podía el marido tomarse satisfacción por sí mismo de la infidelidad y agravios de su mujer; y cuando él no lo hiciera, sus parientes. La más leve ofensa en la delicada materia del honor, se lavaba con sangre ó con la privación absoluta de la libertad. Refrenada con esta severidad la licencia mujeril, estaban los matrimonios más unidos; y la menor libertad de las mujeres, se comparaba con el mayor aprecio que se hacía de ellas. La unión y las buenas costumbres de los padres, hacía más venerables sus canas á los hijos, y el ejemplo, más eficaz que las máximas más sublimes de la filosofía, perpetuaba en ellos las semillas de sus abuelos, reducidas á cortas sentencias y proverbios dictados por la experiencia.

Ahora, si un marido quiere hacer respetar su autoridad, poner orden en su casa y contener los excesos de su consorte, pasa comumente por ridículo: y si á pesar de la opinión solicita su desagravio en los tribunales, encuentra mil tropiezos y embarazos, que al fin le precisan á desistir y mostrarse indiferente, á vista de los desórdenes más fatales y dignos de remediar. Debilitada de este modo la unión conyugal, y siendo siempre los padres, ó émulos secretos, ó enemigos declarados, reina la discordia: lo que manda el uno, lo reprocha el otro; y la vista de los mútuos desaires, desdenes y agravios que se hacen, la indolencia en corregir con buen modo las faltas de la familia, y en una palabra, la mala conducta de los padres, disminuye la fuerza de su autoridad, y si alguna vez se acuerdan de dar buenos consejos á los hijos, y los ocupan en ejercicios píos y devotos, y en el cumplimiento de las obligaciones de cristianos, el mal ejemplo deshace luego las impresiones de la sana doctrina, que han oído, ó de su boca ó de los ministros del Evangelio.

La disminución de la patria potestad ha sido otra de las causas de la mala educación. Antes tenían los padres facultad de disponer libremente de sus bienes á favor de cualquiera de sus hijos; y el temor de quedar desheredados era un poderoso estímulo para contenerlos en su deber. Con la introducción de los mayorazgos y vinculaciones se privó á la parte más noble y más poderosa del Estado de esta facultad, con lo cual, además de haber convertido á los más principales miembros en meros administradores y disminuído y amortiguado el imponderable influjo que tiene el espíritu de propiedad libre en la actividad é industria de los hombres, además de este y otros daños gravísimos que han resultado de aquella novedad política, desconocida de los antiguos españoles, se trastornó el orden doméstico, introduciéndose en las familias la independencia y la falta de subordinación de los miembros á la cabeza. Porque el hijo que sabe que su padre no lo puede desheredar ni negarle los alimentos, ¿cómo ha de estarle tan sujeto y subordinado, como si estos fueran contingentes y dependieran de su libre voluntad

y disposición del padre? La madre que tiene probabilidad de que ha de morir su marido antes que su hijo, por ser más viejo, procura mimar á este y darle cuantos gustos apetece, creyendo que así le tendrá más contento para en adelante. Por la misma razón los demás hermanos respetan al mayorazgo más de lo que permiten las canas de sus padres, siendo estos muchas veces víctimas de los sentimientos causados por los mismos que más debieran interesarse en su conservación.

Otra causa radical de las buenas ó malas costumbres de los pueblos, es la abundancia ó escasez de matrimonios. Algunos se lamentan de la falta de población de España, mas yo creo que no es este el mayor daño en la falta de hombres y mujeres, sino en la de matrimonios y ocupaciones útiles. Antes del siglo XVI eran muy pocos los solteros, fuera del estado eclesiástico, secular y regular. Después se han multiplicado en tanto número, que de 113,282 personas que había en Madrid el año pasado de 1787, de dieciséis años arriba, fuera del estado eclesiástico y militar, solamente 58,588 eran casadas. No hay estado más dañoso á las costumbres que el de celibato forzoso ó producido, no por los impulsos de la virtud, sino por la necesidad ó por la opinión. Porque no cesando la sensualidad de excitar á la satisfacción de la lascivia á todos, si no se busca su desaogo por el medio lícito del matrimonio, se solicita por los ilícitos de la prostitución, la seducción y el adulterio.

A estas causas, que han producido una enorme diferencia entre las costumbres de los primeros siglos y las nuestras, deben añadirse cuantas han contribuído en la ruina de la agricultura y de la industria. Antes del siglo XVI no había en España tanta riqueza, tantos géneros comerciales, y por consiguiente tantos consumos. Pero los que había eran en efecto de la industria de los españoles; y si algunos se introducían, se pagaban con los sobrantes de sus frutos, estando en equilibrio la balanza del comercio con los extranjeros ó siendo muy corta la diferencia. Desde que empezamos á tener intereses fuera de la península, y mucho más particularmente desde que con la venida de los alemanes lograron los extranjeros una protección absoluta en el ministerio, empezó el comercio español á tener unos rivales que al fin se apoderaron de las principales fuentes de nuestra industria.

Faltando á las fábricas el estímulo del despacho, y fatigados sus dueños con varias trabas que se les pusieron, las fueron abandonando poco á poco, de donde dimanó la ociosidad y la indolencia, que algunos escritores superficiales han tenido por genial y característica de los españoles, sin advertir, que ha sido efecto solamente, no del clima ni del temperamento, sino de causas políticas accidentales, que pueden mudarse con el tiempo.

Como quiera que sea, la falta de trabajo y de ocupación, han producido infinitos males. La escasez de matrimonios proviene de ella, entre otras causas. Porque nadie debe pensar en casarse, sino teniendo probabilidad de que podrá mantener su familia con su trabajo, y sin necesidad de valerse de medios viles y vergonzosos. Además de este daño, produce otros directamente contra las buenas costumbres. Los ricos sin ocupación tienen más tiempo para hacer mal uso de sus riquezas, y los pobres se han de dar á la mendicidad, al robo ó á otros medios infames para mantenerse, y aun también para satisfacer sus caprichos y deseos; porque la pobreza no destruye las inclinaciones á lo malo.

Esta es la diferencia que hay entre las costumbres actuales y las de los antiguos, en el sentido que hemos esplícado esta palabra. Pero si la comparación se ha de hacer dentro del espacio de la segunda época, esto es, entre el reinado actual y los que le han precedido desde el siglo xvi, crece la dificultad de decidir. Grande es la corrupción de nuestro siglo, y ningún ciudadano celoso del bien de su patria querrá disculpar la disolución que reina generalmente en las costumbres de sus conciudadanos. Con todo, puede asegurarse, que no son peores que en otros tiempos. Por todo el siglo pasado había la misma corrupción que en este, y se carecía de muchas proporciones á favor de las buenas costumbres que ahora disfrutamos.

Las escuelas se han mejorado notablemente; se han cortado muchos abusos en las Universidades; se han fundado nuevos Seminarios y mejorado los antiguos; se ha contenido la desenfrenada licencia que había de opinar en materias morales; la oratoria sagrada se ha perfeccionado; se han aumentado muchos establecimientos píos; se ha puesto orden en muchos ramos pertenecientes á la política. Finalmente, en nuestro tiempo se han desarraigado ó disminuído muchas de las causas que en los anteriores aumentaban la corrupción.

¡Así tuvieran efecto las benéficas intenciones de nuestro Augusto Soberano! España libre de la cadena que la sujetó por muchos años á los extranjeros, cultivaría por sí misma todos los objetos de su consumo, tanto de la primera necesidad, como los que ha hecho ya precisos el uso general. Ocupados de este modo todos los brazos, y esparcida la abundancia y la riqueza por todas las clases, se disminuirían las travas de los matrimonios, la población se aumentaría en razón de la facilidad de subsistir, sería más util, más productiva, más patriótica, y desterrada la ociosidad, cesarían en lo posible las ocasiones y motivos de la depravación, y se mejorarían al mismo tiempo las costumbres.



CAPÍTULO XXIII.

DE LA MORAL ACERCA DEL LUJO.



ON tantos progresos como se cree que hicieron los griegos y romanos en las ciencias y las artes, y particularmente en la moral y la política, y habiendo sido sus idiomas los más copiosos de palabras y frases para expresar todas las ideas, se dejaron muchas sin nombre propio; con lo cual dieron lugar á que las naciones que se establecieron sobre sus ruinas altercaran sobre la inteligencia y propiedad de muchas voces. Nosotros, sin haber imitado á los unos ni á los otros en el profundo estudio del corazón del hombre, sólo los hemos seguido en la negligencia de inventar voces y expresiones con que denotar los efectos y las infinitas cualidades, ó llámense modificaciones, que agitan á nuestra alma.

Pero no es este el mayor daño que padece generalmente la moral. Hay otro todavía mayor, que aumenta la dificultad de decidir acerca de la calidad de las acciones; esto es, el quererlas medir únicamente por su cantidad, digámoslo así, y por lo que representan á la vista, sin atender á la intención, que es la que principalmente debe determinar en moralidad.

Esto se ve en las varias definiciones que se han dado hasta ahora del lujo. Todos lo esplican por el uso ó abuso de cosas supérfluas, ó no necesarias, excitando con esto otra cuestión, más difícil de resolver, esto es, ¿qué es lo supérfluo, y qué lo necesario?

Se han escrito tratados y obras enteras sobre el lujo, sobre su moralidad y su conveniencia, ó daños que puede producir al Estado y á las costumbres. Ha brillado en este asunto, en pro y en contra, la elocuencia de los más acreditados escritores de este siglo, y lo que es más sensible, acalorados los ánimos, como sucede en la mayor parte de las

disputas, han dado lugar á la calumnia, á las personalidades y á las malas consecuencias que de estas suelen comunmente resultar. Yo he leído muchas de estas obras con deseos de formar un juicio exacto en materia tan controvertida. Y debo confesar en obsequio de la verdad, que en ninguna he encontrado las luces, la exactitud y el método que en la *Suma* de Santo Tomás.

Después de haber hablado el Santo del principio de la moralidad de las acciones humanas, hace un perfecto análisis de ellas, considerándolas en todos sus respectos, esto es, en sí mismas y con relación á su objeto, á las circunstancias, y al fin que las dirige; sin lo cual no puede formarse juicio exacto de ellas ni decidir de su verdad ó su malicia (1).

Contrayendo luego su doctrina al uso de los placeres y deleites, impugna á los estóicos, que tienen por mala toda delectación. Es muy notable la siguiente reflexión del Santo. «La razón principal, dice, en que se fundaban, era para que diciendo que todas las delectaciones son malas, los hombres que naturalmente son propensos al exceso, retrayéndose de ellas, quedaran en el medio que prescribe la virtud. Pero este modo de discurrir no fué conveniente; porque como nadie puede vivir sin alguna sensible y corporal delectación, si se nota que los que las condenan tienen alguna, se relajarán mucho más los otros, pudiendo más en ellos el ejemplo de las obras que la doctrina de las palabras. Porque en los actos y pasiones humanas, en las cuales puede muchísimo la experiencia, mueven mucho más los ejemplos que las palabras. Se ha de decir, pues, que hay algunas delectaciones buenas y algunas malas.» (2)

Luego refuta también á los Epicúreos, que en oposición á los estóicos, á todas las delectaciones tenían por buenas, (3) concluyendo, que ni todas son malas, ni todas buenas, debiéndose atender para su graduación las circunstancias, y el fin que las mueve.

En consecuencia de estos principios, no reprueba Santo Tomás, ni el uso de los placeres, ni el ornato exterior de los vestidos. «No está el vicio, dice, en las cosas exteriores de que usa el hombre, sino de parte del mismo hombre, qué usa de ellas inmoderadamente. Esta inmoderación puede ser de dos maneras. La una en comparación á la costumbre de los demás con quienes vive..... Porque es fea la parte que no corresponde con su todo. La otra por el efecto desordenado del que usa, ó bien sea según la costumbre de aquellos con quienes vive, ó fuera de ella..... Este desordenado afecto, en cuanto al exceso, puede ser de tres maneras. La primera, en cuanto alguno quiere ser celebrado por el supérfluo adorno del vestido; porque nadie usa de vestidos preciosos, esto es, de los que exceden á su estado, sino por la vanagloria. La segunda, cuando el hombre busca el deleite por el adorno supérfluo, en cuanto este se dirige al fomento del cuerpo. Y la tercera, cuando pone nimio cuidado en él, aunque no sea por malos fines..... Tam-

(1) I. 2—quest. 18.

(2) Delectationes autem corporales arbitrabantur dicendum, omnes esse malas, ut sic homines, qui ad delectationes immoderatas sunt proni, a delectationibus se retrahentes, ad medium virtutis perveniant. Sed haec existimatio non fuit conveniens cum enim nullus possit vivere sine aliqua sensibili et corporale delectatione, si illi, qui docent omnes delectationes esse malas, deprehendantur aliquas delectationes suscipere, magis homines ad delectationes erunt prodives, exemplo operum, verborum doctrina praetermissa. In operationibus enim, et passionibus humanis, in quibus experientia plurimum valet, magis movent exempla, quam verba. Dieendum est ergo, aliquas delectationes esse bonas, et aliquas esse malas. I—2—quest. 34—art. 2.

(3) Ib. art. 2.

bién puede haber desorden en el defecto, de dos modos. El primero, cuando el hombre es descuidado y no trabaja para vestir como le corresponde. El otro cuando ordena los defectos en el vestido á la vanagloria. Y así dice San Agustín en el libro del Sermón del Señor en el Monte: «Que no solamente en el explendor y pompa de los vestidos, sino aun en las mismas manchas y vestidos groseros puede haber jactancia, tanto más peligrosa cuanto no engaña bajo el nombre de servicio de Dios» (1).

No pueden señalarse reglas más justas para graduar la bondad ó la malicia en el uso de los placeres en todos géneros. Ahora defínase el lujo de varios modos. Dígase con Mr. Hume, *que es un cierto refinamiento en los placeres de los sentidos: ó una suntuosidad extraordinaria nacida de las riquezas y de la seguridad del gobierno*, como Mr. Melon, *ó el desarreglo en el exterior del gasto*, como el amigo de los hombres; *ó el explendor en el refinamiento de vivir sobre lo que piden el estado y grado natural y civil del que gasta*, como Genoveis; *ó delicias supérfluas*, esto es, *no necesarias en todo rigor*, como el autor de la *Teoria del lujo, ó demasía y exceso en la pompa y en el vestido*, como la Real Academia Española. Divídase este en absoluto y relativo; en lujo de vanidad y de comodidad; en lujo de cosas y de personas, con todas las demás definiciones y distribuciones que han inventado los economistas.

Regla general. No está el vicio en las cosas de que usa el hombre, sino en el uso desordenado de ellas. Este desorden parece haberlo, ó por exceso ó por defecto. Para graduar el uno y el otro no se ha de atender tanto á las necesidades precisas que prescribe la naturaleza, cuanto á las que ha adaptado la costumbre de los pueblos y naciones. El tabaco en sus principios era un lujo extraordinario, y se prohibió en varias partes con las más severas penas; y ahora se ha hecho su uso tan general, que hasta el más pobre esportillero, y aún el más austero religioso llevan su caja ó su fungueira. El mejor pán que comen un obispo y un título en las provincias, lo desprecia en Madrid un zapatero.

Pero no estando señaladas y prescritas por la constitución civil, ni la cantidad de bienes que cada uno puede tener, ni la forma y modo que ha de usar en el vestido, edificios, muebles, comida, diversiones y demás ramos en que puede hacerse uso de las riquezas; el principal medio para conocer si este es vicioso ó inocente, es el examinar los afectos y fines que mueven al corazón. Si estos son la vanidad, la glotonería y la malicia en el exceso, ó en el defecto la avaricia y la hipocresía, semejante uso será malo; y bueno, cuando proceda únicamente del deseo de acomodarse á la costumbre general, subordinando este deseo á los fines principales para que ha sido criado el hombre, por los cuales, cuando lo exija la virtud, debe sacrificar todas las conveniencias y comodidades.

(1) In ipsis rebus exterioribus, quibus homo estitur, non est aliquod vitium, sed ex parte hominis, qui inmoderate utitur eis. Quae quidem immoderatio potest esse dupliciter. Uno quidem modo, per comparationem ad consuetudinem hominum, cum quibus aliquis vivit.... Turpis est enim omnis pars universo suo non congruens. Alio modo, potest esse immoderatio in usu talium rerum ex inordinato affectu utentis: ex quo quandoque contigit, quod homo nimis libidinose talibus utatur, sive secundum consuetudinem eorum cum quibus vivit sivi praeter cosuetudinem..... Contingit autem ista inordinatio affectus tripliciter, quantum ad superabundantiam. Uno modo, per hoc quod aliquis ex superfluo cultu vestium hominum gloriam quae sit, prout scilicet vestes, et alia hujusmodi pertinent ad quemdam ornatum... Nemo quippe vestimenta pretiosa, scilicet excedentia proprium stratum, nisi ad inanem gloriam quaerit. Alio modo, secundum quod nimiam solitudinem apponit ad exteriorum vestium cultum, etiam si non sit aliqua in ordinatio ex parte finis..... Ex parte autem defectus similiter potest esse duplex inordinatio per affectum. Uno quidem modo, ex negligentia hominis qui non adhibet studium vel labore ad hoc quod exteriori cultu utatur, secundum quod oportet..... Alio modo, ex eo quod ipsum defectum exterioris cultas ad glorian ordinat, 2. 2. quest. 169.—art. I.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA POLÍTICA CONVENIENTE ACERCA DEL LUJO.



L mismo santo Tomás, que fija con tanfo acierto los principios de la más sana moral acerca del uso de los placeres, insinúa también bastante mente la conducta que deben observar los legisladores acerca del lujo.

«La ley humana, dice, se expide por la muchedumbre, en la cual, la mayor parte es de hombres que no son perfectos en la virtud. Y por esto no se prohíben por la ley humana todos los vicios de que se abstienen los virtuosos, sino solamente aquellos de los cuales es posible que se abstenga la mayor parte y principalmente los que ceden en daño de otros; sin cuya prohibición no puede subsistir la sociedad, como son los homicidios, hurtos, y otros semejantes.» (1)

El lujo, ni es de aquellos vicios de los cuales es regular que se abstenga la mayor parte de los hombres, ni de los que tiran por su naturaleza á la destrucción de la sociedad. Lejos de esto, tiene su origen inmediato en ella misma. Una nación en la que todos

(1) *Lex possit ut quaedam regula vel mensura humanarum actionum: mensura autem debet esse homogenea mensurato, ut dicitur in 10. Melaph.* diversa enim diversis mensurantur: unde aportet, quod etiam leges imponantur hominibus secundum eorum conditionem: quia ut Isidorus dicit, lex debet esse posibilis, et secundum naturam, et secundum consuetudinem patriae. Potestas autem, sive facultas operandi ex interiori habitu seu dispositione procedit: non enim selim posibile est ei, qui non habet habitum virtutis, et virtuoso: sicut etiam non est idem possibile puer et viro perfecto: et propter hoc non ponitur eadem lex pueris, quae ponitur adultis, multa enim pueris permituntur quae in adultis lege puniuntur, vel etiam vituperantur: et similiter multa sunt permittenda hominibus non perfectis virtute, quae non essent toleranda in hominibus virtuosis. Lex autem humana ponitur multitudine hominum, in qua major pars est hominum non perfectorum virtute: et ideo lege humana non prohibentur omnia vitia, á quibus virtuosi abstinent: sed solum graviora, a quibus possibile est majorem partem multitudinis abstinere: et praecipue quae sunt in nocumentum aliorum, sine quorum prohibitione societas humana conservari non posset: sicut prohibentur lege humana homicidia, et furta, et hujusmodi. I.-2. quaest. 96.-art. 2.

tienen facultad ilimitada de adquirir por herencia donaciones, empleos, salarios, comercio, artes y oficios; y en la que aun antes de nacer ya se encuentran sus individuos constituidos en una clase honorífica ó baja, fomenta infaliblemente la desigualdad, irrita la vanidad y la inclina á buscar medios de distinguirse ó parecerse á las clases inmediatamente superiores; en cuya competencia consiste el estímulo principal del lujo.

Añádase á esto, que cuando repartida la tierra, que es el primer manantial de la subsistencia, entre pocos propietarios, el resto de la nación se ha de ocupar en satisfacer á las necesidades ó reales ó imaginarias de éstos, sin las cuales estarían condenadas á perecer.

En este sentido puede afirmarse que el lujo es necesario al Estado. Digo necesario, esto es, inevitable; no con necesidad absoluta, sino con relación á ciertas y determinadas circunstancias. Y no al Estado considerado metafísicamente ó en *abstracto* y con la perfección que se puede imaginar, por ejemplo, en la república de Platón, sino en tal forma determinada de gobierno, á saber: en donde la tierra y demás bienes raíces están en muy pocas manos; en donde el mayor número de habitantes no tienen otros medios de subsistir mas que el ejercicio de las artes y oficios. En un Estado, en donde siendo todos los hombres iguales por naturaleza, su constitución los hace muy desiguales; en donde, por lo general, los medios para subir á otra clase superior no son la moderación y la virtud, sino las riquezas ó los empleos; en donde se aprecian los hombres, no por sus prendas y conducta, sino por su porte exterior; y finalmente, en donde el ir bien vestido es una de las circunstancias que más se atienden para ser bien recibidos, hombres y mujeres, en las concurrencias públicas y privadas.

En prueba de lo difícil que es contener el lujo en semejantes Estados, servirá de mucho el reflexionar sobre algunos cuerpos, que por sus estatutos particulares tienen prescrita la forma del vestido y cierto método de vida poco compatible con los excesos y extravagancias de la moda. La tropa con su uniforme puede presentarse en cualquiera ocurrencia, con tanta satisfacción como el paisano con la gala más costosa. Los salarios en ella no son para pensar en vicios ni en superfluidades. Las ordenanzas son severas. Mas no por eso deja de haber lujo entre los militares, ni sus costumbres son mejores que las de los paisanos. Los eclesiásticos tienen señalado por los cánones un vestido muy decente, y la santidad de su ministerio los aleja de infinitas ocasiones y estímulos que tienen los seglares para excederse; mas, tampoco carecen de lujo en algunos ramos, y aún en la materia del vestido. ¿Y por qué entre los regulares no hay lujo, hablando generalmente? Porque sus reglas y estatutos tienen presentes, no sólo la forma, sino también la materia del vestido, comida, muebles, etc.; porque viven en comunidad, de rentas fijas, y no á expensas los unos de los otros; porque no tienen facultad ilimitada de adquirir para sí sus individuos; porque la profesión los hace iguales á todos, sin más excepciones que los honores y distinciones anejas á los empleos; porque además de las obligaciones generales á todos los cristianos, los tres votos de pobreza, obediencia y santidad, sitian de tal modo los deseos, que apenas dejan resquicio alguno para las superfluidades; y finalmente, porque cada veinte ó treinta religiosos tienen un prelado que cela la observancia de sus estatutos.

También puede afirmarse que el lujo es necesario en el estado actual por otra razón.

Aristóteles dice (1) que los soberanos han de atender, para expedir las leyes, no solamente al clima y á los hombres que gobiernan, sino también á los vecinos y valerse de las armas que estos usan. El legislador de una nación, habitante en una isla separada por la naturaleza y por su constitución del resto de los demás vivientes, podrá expedir en ella leyes que acaso no serían convenientes en otra rodeada de naciones poderosas.

Si los soberanos de éstas se ve que cuidan de aumentar sus rentas todo lo posible á expensas de las pasiones de sus vasallos, permitiendo que entre ellos el lujo multiplique los consumos y en ellos los derechos que adeudan á la real hacienda por las compras y ventas para hacerse más ricos y poderosos, extender sus límites y formar otros proyectos ambiciosos; la política aconseja que sus vecinos se valgan de semejantes medios para ponerse en estado de defensa, y aún para vengarse, en caso de que reciban algún insulto. Cuando los franceses, por ejemplo, vinieran á atacarnos en tiempo de guerra, bien prevenidos de cañones, morteros y fusiles, ¿no sería una cosa ridícula el que salieran los españoles á recibirlos con las mismas armas que les dió la naturaleza, ó con las que estilaron sus más remotos ascendientes?

El acostumbrar á los vasallos desde la niñez á la más rígida parsimonia, y á despreciar las frivolidades del lujo que de nada sirven para la verdadera felicidad, por una parte traería infinitas ventajas al Estado. Mas, esto sólo no sería suficiente para la defensa de la nación, y para resistir á los numerosos ejércitos y escuadras formidables que pueden poner los enemigos en caso de rompimiento; mucho menos en el estado actual de la milicia, en el cual no es la fuerza de los brazos la que decide principalmente la victoria. Es preciso que el soberano mantenga en tiempo de paz un ejército competente para hacerse respetar; fortificar los puertos y las playas; tener escuadras armadas y las municiones necesarias para combatir. Para todo esto son necesarios numerosos gastos. Estos han de salir, por la mayor parte, de los derechos del comercio. Por consiguiente, cuanto más se multipliquen los consumos, tanto más subirán las rentas de la Real Hacienda. Si los hombres se contentaran con lo necesario, apenas habría comercio, y por consiguiente, administraría el Erario de tal suerte, que no habría las rentas indispensables para la defensa de la nación y para los demás ramos del gobierno. Supongamos que la nación dejara de tomar tabaco, que es uno de los géneros de menos necesidad. La Real Hacienda perdería con este solo golpe más de 96 millones de reales, los cuales se habrían de recargar forzosamente en otros géneros; pues aún con ellos y las demás rentas existentes en el día, no hay bastante para cubrir todas las cargas de la Corona.

Pero aun en este caso no debe decirse que el lujo es necesario absolutamente. Lo necesario es la multiplicación de los consumos. Estos pueden ser efecto de varios fines, unos malos y otros buenos. Pueden serlo del deseo de disfrutar los placeres y delicias sin excesos, ó del de acomodarse á la costumbre general de su clase, en cuyo caso no tienen nada de viciosos. Al contrario, pueden nacer de la vanidad, del engreimiento, de

(1) Dicitur autem debere legislatorem ad duo respicere inferenda lege: ad regionem, et homines: addendum est, et ad vicina loca, si oportet civiliter vivere civitatem. Non solum enim necesarium est ipsam talibus esti ad bellum armis, quie utilia sint in sua regione, verum etiam quae in aliena. *Politic. lib. 2. cap. 6.*

la glotonería y otros fines malos, y entonces serán igualmente malos. El objeto del legislador no es el de fomentar los consumos, en cuanto son efectos de fines torpes, sino en cuanto su multiplicación contribuya al Estado, ocupando sus vasallos utilmente y aumentando sus fuerzas con los derechos del comercio. Bien quisieran que sus vasallos se excitaran al trabajo, movidos de los rectos fines de mantener sus obligaciones respectivas y de contribuir al bien del Estado con su industria; prudente modo, además de lograrse el fin principal y se evitarían los daños que por otra parte ocasiona el lujo á las costumbres. Pero como saben, tanto por la experiencia y conocimiento del corazón humano, como por la religión, que los hombres están inclinados al mal naturalmente; que son poquísimos los que por un don y particular gracia del criador vencen aquellas inclinaciones naturales y obran por fines rectos; que todos los demás se dejan arrastrar del ímpetu de sus pasiones desordenadas; y que si no fuera por el estímulo de la vanidad y de la glotonería, etc., dejarían de trabajar; permitir el lujo, esto es, los consumos y gastos en cosas no necesarias hechos por estos fines; permitir ó tolerar un mal menor para evitar otro mayor, cual sería la cesación del trabajo y de la industria, y con ello la ruina del Estado.

Lo permiten y aun premian á los que inventan ó perfeccionan algún nuevo ramo de comercio; protejen las fábricas de telas exquisitas; establecen escuelas de bordados, de flores artificiales, de relojes, alhajas, y otras muchas cosas no necesarias, en cuanto, por otra parte, es el estímulo más poderoso de la industria; porque con él se equilibran estos vicios, que producen la desigualdad de bienes y condiciones: porque multiplica los consumos, acelera la circulación de la moneda, y con la mayor multitud de compras y ventas aumentan los derechos y las rentas de la Corona.

El objeto de los legisladores es desterrar la ociosidad, promover la aplicación al trabajo y aumentar sus rentas, multiplicando los consumos. Si tuvieran probabilidad de poder conseguir esto por los impulsos de la virtud, esto es, que los hombres se excitaran al trabajo, por los justos motivos de mantener sus obligaciones respectivas, de aumentar las fuerzas del Estado, y de hacer á su patria respetable y temible á los enemigos, no tendrían necesidad de valerse para ello de otras pasiones. Pero como saben que aquellos afectos son muy raros, ó poco comunes, y que los hombres obran generalmente, no por la virtud, sino por sus intereses y por la sana gloria, se ven en la precisión de valerse de ello para lograr el objeto principal de la legislación, que es la conservación del Estado, la subsistencia y tranquilidad pública por medio del trabajo y la defensa de la nación por medio de las riquezas.

No obstante que el lujo en general es necesario al Estado, en el sentido que se ha explicado, pueden con todo ser perjudiciales algunos géneros de los que adopta la vanidad. Y esto no es extraño: la comida es necesaria para la vida, y no obstante, puede ser perjudicial á la misma el uso de algunos comestibles.

Como el lujo es efecto principalmente de la vanidad y del deseo de distinguirse, ó de igualarse en el porte exterior de las clases superiores, puede la vanidad inventar ó adoptar para este efecto el uso de algunas cosas contrarias á la salud y á la decencia y perjudiciales á la industria nacional, en cuyos casos debe contenerse.

Si la experiencia no lo manifestara, apenas sería creíble que los hombres y las mujeres llegaran á adoptar en el vestido y en los demás géneros inventados para la como-

didad, agrado y recreo, modas nocivas á la salud. Con todo, se ve esto frecuentemente, no en uno ú otro particular, cuyas extravagancias y fuerza de imaginación y del capricho parece que los ponen en una clase diferente del resto de los demás, sino en pueblos y naciones enteras y que por otra parte se tienen por ilustradas y juiciosas, el uso de las cotillas está extendido generalmente por toda Europa, no obstante, que médicos muy sabios han demostrado los graves daños que de él se siguen á la salud. ¿Y qué deberá decirse de las de *despeñadero*? ¿Podrá nadie persuadirse, que llevar descubierto el pecho el sexo más delicado en países destemplados, sin ningún abrigo, deje de producir enfermedades peligrosas? Lo mismo puede decirse de los peinados, y lo mismo también de los *bajos*, y otras modas. ¡Cuánta fuerza tiene el contagio de estas, particularmente si llegan á hacerse generales!

El motivo principal porque los primeros hombres inventaron el vestido, fué para la decencia y el abrigo. Pero la malicia trastornó bien pronto estos objetos, substituyendo otro bien diferente de los primitivos. Este fué el deseo de agradar y de parecer bien. Si contento cada uno con la forma exterior que Dios ha dado á su cuerpo y á sus miembros, procura hacerse agradable, cultivando su talento, corrigiendo las irregularidades que suelen producir el temperamento y el mal genio; y aprendiendo habilidades inocentes, para entretenar el tiempo en los ratos de vagar, no sería necesario tanto cuidado para componerse y adornarse. Pero la falta de estudio, de ciencia y de civilidad se quiere suplir con la vanidad de las modas, superfluidades de los adornos, y sobre todo, con la conversación sobre las cosas más frívolas é indignas de ocupar la atención y la memoria de los racionales. Se cuida más de deslumbrar á la vista, que de apasionar al corazón, y los grandes maestros de agradar en la sociedad son los sastres, peluqueros y modistas.

Las que en todo rigor se llaman modas, son de corta duración y no tienen más subsistencia que mientras permanece la sorpresa de la novedad. Cualquiera acaecimiento público, el capricho de un petímetro ó petimetría las muda cada día, inventando otras nuevas ó resucitando las antiguas.

Otras hay que llegan con el tiempo, ó por particulares circunstancias á hacerse estilos y usos generales. Unas y otras pueden y deben, en algunos casos, ocupar la atención del legislador; porque la forma de los trajes y adornos influye mucho en las costumbres, y puede ser perjudicial á estas de varios modos. Primero siendo indecentes y provocativas, como los escotados en tiempo de Felipe IV y en el nuestro los mismos y



Fig. 190.—Vaso del Buen Retiro

los bajos. Segundo, siendo embarazosas y que estorban la agilidad del cuerpo y el expedito uso de los miembros, como los cuellos, los guarda infantes, las cotillas y otros adornos semejantes. Tercero, cuando ocultan el rostro, ó lo disfrazan de modo que no puedan conocerse con facilidad los que las usan, como son todo género de máscaras, las tapadas, el sombrero gacho y capa larga.

Finalmente, lo que debe ocupar mucho la atención y vigilancia del gobierno, es el disminuir todo lo posible la introducción de géneros extranjeros y hacer que el lujo se alimente de géneros fabricados dentro del país. En el estado actual de Europa, es casi imposible el evitar enteramente el uso de géneros extranjeros, porque á la pasión general que inclina á los hombres á buscar y disfrutar lo más raro y exquisito, se añaden los intereses y relaciones que tienen entre sí todas las potencias, cuyo trato recíproco dando á conocer los frutos y géneros que más abundan ó se aprecian en cada una, excita los deseos y facilita su consumo en las demás. En España es mucho mayor esta dificultad, porque á estas circunstancias se añade el atraso que padece la industria generalmente, y más que todo la preocupación fatal de que aun los géneros que se fabrican entre nosotros con perfección, no son tan buenos como los que vienen de fuera.

Pero aún en estos casos sería más útil corregir el lujo por cualquiera otro medio, que con leyes suntuarias, pues la historia nos manifiesta su ineficacia y los daños que por otra parte han producido contra el objeto que se propusieron los legisladores en su promulgación. La opinión es la reina del lujo. Y así el legislador que intente reformarlos ha de combatir primero la opinión. Para combatir la opinión no hay medios más poderosos que la educación y el ejemplo. Estos son la base sobre que estriban las buenas ó malas costumbres. En lo que toca al uso de géneros extranjeros, perjudiciales á los nacionales, hay otros medios de contenerlo, cargándoles de contribuciones, velando sobre las aduanas y fomentando en caso necesario su fábrica dentro del país.

Si toda esta doctrina necesita para su comprobación del apoyo de la autoridad, no es necesario acudir á Montesquieu, Hume, Melon ni otros autores extranjeros, cuya doctrina es sospechosa en muchos puntos, por no haber cuidado siempre de unir la religión con la política. Cerca de un siglo antes que estos, Francisco Martínez de la Mata, Hermano de la Tercera Orden de Penitencia, y excelente economista español, escribía de esta suerte: «Decir que á los vasallos los han destruído los gastos supérfluos, no es entender el modo con que se sustenta la multitud honesta y quietamente. Porque si no hubiese las artes y ciencias, que á muchos les parecen supérfluas, impertinentes y nada necesarias á la vida, sería la república alarde: porque las necesidades de los unos se reparan con los gastos supérfluos de los otros. Porque lo que á uno sirve para desvanecerse, á otros ha servido de honesto ejercicio; y con lo que unos gastan demasiado, otros comen lo necesario. Si todos se estirases con avaricia á no gastar más de lo preciso, cesarían el comercio, artes, teatros, ventas y ciencias, con que pasan todos, y vivirían en continua ignorancia y miseria, inquietándose los unos á los otros, con sola la ocasión de la ociosidad.

»Los que gastan sus haciendas, caudales, rentas y mayorazgos en vanos y demasiados arreos y adornos de sus casas y personas, en su modo son bienhechores de la república; porque con su dinero tienen ganancias todos los pobres y ricos, de que resulta el poder consumir todos los frutos y ropa, y los naturales tributos.

»Cuando un particular hace una casa magnífica y en ella gasta mil ó cien mil ducados, toda la cantidad se distribuye en jornales entre la gente pobre, que es quien la fabrica, y todo se reduce al consumo de frutos, ropa, herramientas y casas de morada, y corriendo aquel dinero por la república dando provechos á todos, resulta el alegre comercio y general consumo de frutos y ropa.

»Si este dinero se hubiera hallado en talegos, hubieran faltado las generales utilidades, ganancias y comercio en todos.

»Todos los tributos que fueron rindiendo mediante este comercio, procedente de la fábrica de la casa, los fueron recargando sobre ella, como edificio sobre su cimiento, porque en respeto de ella los pudieron rendir.

»Con tan usados y universales medios, vino á recibir de provecho la Real Hacienda, casi la cantidad ó más que ha costado la casa, antes que el dueño comience á servirse de ella.

»Mediante el gasto que el particular hizo en fabricar su casa, estuvo en pie el comercio general de todos, de que recibió su particular interés, como los demás, teniendo gasto en frutos, corriente en tratos, oficio ó rentas de algunas posesiones, con lo cual le fueron todos ayudando á fabricar la casa con beneficio recíproco.

»El emperador Vespasiano, dándole un ingeniero un artificio con que pudiese conducir grandes columnas al Capitolio á poca costa, después de agradecérselo, le dijo: «Déjame gastar con que coma este pueblo mundo, porque lo retornan con ventaja en naturales tributos, si tienen que hacer.»

»Dice Juan Botero, que el Rey de la China tiene ciento y veinte millones de escudos de renta, y que gasta dándoles que hacer á sus súbditos, las tres cuartas partes de ellos cada año, y que cuanto provecho reciben de su Rey aquellos vasallos dándoles que hacer, lo pueden rendir con ventaja en naturales tributos, de modo, que gastando cada año con sus vasallos treinta millones, se halla con treinta de ahorro, de que se continúan sus grandes tesoros.

»Lo que gastan los Reyes en sus recreaciones, como en ellas trabajen sus vasallos, redundan en beneficio propio, aunque sea en gastos quiméricos, porque es como el corazón, que comunicando su virtud á los miembros, ellos con ventaja se la retornan.

»El daño y pobreza general de España consiste y procede de que todo lo que se gasta, así demasiado como lo necesario, así de V. M. como de particulares, no se queda el provecho en el cuerpo de esta república; porque pasa el dinero de estos gastos, consumiendo ropa extranjera, á los reinos extraños, sustentando vasallos agenos, enriqueciendo sus repúblicas y reyes, con lo que por este medio chupan de España y las Indias, no volviendo á España jamás este dinero, el cual había de andar en torno, utilizando y aumentando á los vasallos de V. M. y fertilizándola, sin dar lugar á la esterilidad en que se halla, como queda probado en el tercer discurso de este papel.

»El daño que hoy se conoce no es particular, sino general en estos reinos: si el daño por los gastos supérfluos fuese particular ó general de muchos, fabricándose en España las cosas supérfluas, había de redundar en beneficio general de muchos que las fabricasen, y era preciso que el beneficio que los unos reciben de los otros fuese comunicable con auxilio recíproco, andando en torno recibiendo y volviendo, como la tierra lo hace con el cielo, que el beneficio que recibe en manifiestas lluvias, lo retorna en ocul-

tos vapores con que puede volver á fertilizar la tierra, y si no lo retornase en vapores la tierra, era preciso el que cesasen las lluvias y la fertilidad.

»De estos gastos supérfluos reciben beneficio los reinos extraños, y no lo retornan; es preciso que se acabe con el tiempo, y que en no hallando sangre que chuparle á este cuerpo, que tratan de comerle las carnes y hasta los huesos; y será mejor aventurar á ganarse por no perderse, que no perderse por no aventurar á ganarse.

»Han mirado las leyes de España con tan grande atención por la conservación de su natural comercio, que en el Libro 7 de la Nueva Recopilación, título 22, ley 3.^a que en razón de la reformación de trajes y arreos de las casas y personas supérfluas, prohíben el poder usar de todo género de colgaduras de verano, siendo fabricadas fuera de estos reinos, y las permiten de todo género, siendo fabricadas en España; y los trajes que se permiten es con calidad que la ropa sea de las telas y tejidos en España.» (1)

Del mismo modo han pensado también otros economistas españoles de este siglo, y particularmente el sabio magistrado, autor del *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, quien dice lo siguiente:

«Las Pragmáticas suntuarias pueden arruinar, contra su objeto, las manufacturas propias, confundiendo la prohibición del uso con la de fábrica de los géneros vedados. Esta distinción, que no se ha reparado bastante en las Leyes que hablan de los trajes y vestidos, nunca debe perderse de vista. Solo en la prohibición de armas cortas, inútiles al uso de la guerra y perjudiciales á la sociedad interna, puede convenir la prohibición y penas contra los que las fabricaren.

»Las leyes suntuarias, cuando impiden la introducción de mercaderías extrañas, son seguramente útiles; porque excitan al consumo de las propias y aumentan las fábricas.

»Si prohíben el ejercicio de nuestras propias fábricas, vienen indirectamente estas leyes á destruir á los artesanos, que se ocupan en labrar estos géneros, y á reducirlos á la clase de mendigos. Porque se les inutilizan las industrias y oficios que habían aprendido; los obradores, los utensilios y los parroquianos que les empleaban, y ya no tienen otro modo de que vivir.

»Esta ruina de tantas familias, es un golpe mortal contra el Estado; y no se saca de la prohibición la parsimonia del gasto en las familias ricas, puesto que hacen el consumo en otros géneros equivalentes que produce la moda forastera.

»Las leyes suntuarias han sido una especie de recursos, que usaron en el bajo Imperio, cuando se estaba disolviendo el poder romano.

»El consumo del rico que refluye dentro del Estado, anima la industria popular y es una mera traslación de los fondos de mano en mano, y muy conveniente, porque la más opulenta ocupa á la menesterosa y aplicada.

»Semejante circulación es perfecta, y en lugar de impedirla, debe animarse por todos los caminos justos y honrados. Es absolutamente imposible conservar el decoro de la nobleza y de las dignidades entre los hombres, si todos se nivelan á un mismo gasto y

(1) *Memorial de Francisco Martínez de Mata, natural de Madrid, Hermano de la Tercera orden de la Penitencia, sirvo de los pobres afligidos en razón del remedio de la despoblación, pobreza y esterilidad de España, y el medio como se ha de desempeñar la Real Hacienda y la de los vasallos.*—Discurso V.

vestido. Es también embarazosa la distinción forzada en los trajes, que jamás logran sin descontento plena observancia.

»Las costumbres por medio de una buena educación, son las que mantienen pujantes los Estados. Hay superfluidades vanas y ridículas que merecen advertencia; mas nunca las providencias han de extinguir las artes, porque una vez perdidas, no se vuelven á recobrar.

»Las leyes del Título 12, Libro 7 de la *Recopilación*, manifiestan las épocas en que se extinguieron las manufacturas de oro y plata, los bordados y otras delicadas labores, que eran comunes en España, y se arruinaron del todo por resultas de nuestras prohibiciones suntuarias.

»Si hubiesen durado las fábricas, se hubieran sacado estas manufacturas, para venderse fuera del reino, y los artesanos no habrían sido la víctima, ni reducidos á las clases de mendigos.

»Tengo manifestado en mis anteriores discursos,—dice este mismo Magistrado en otra parte,—que las leyes suntuarias han sido causa parcial de destruirse nuestras manufacturas más preciosas. Sería grande error político reincidir de nuevo en semejante escallo: y no es ya de esperar en las luces de este siglo. (1)

(1) *Apéndice á la educación popular*—Part. I.—pág. 447.—not.



CAPÍTULO XXV.

EL LUJO ITALIANO DURANTE EL RENACIMIENTO

ROMA—FLORENCIA—VENECIA



EMOS bajado con Sempere y Guarinos hasta llegar al umbral de nuestro siglo, por el compromiso contraído de reproducir su *Historia del Lujo en España*, y dicho se está que no era cosa de interrumpir á cada momento su relación, como ya hemos debido hacerlo durante la historia de la Edad Media para dar cabida al estudio de las características del lujo durante dicho periodo.

Algo hemos dicho ó insinuado acerca de cómo se presentaba la cuestión del lujo en Italia al alborrear el Renacimiento, del gran estrago que hizo en las costumbres y de la enérgica cuanto desgraciada censura de Savonarola, y ahora hemos de ver como continuando en Roma los mismos yerros, no le faltó á Savonarola vengador.

Recuérdese cómo el Renacimiento se adelanta en Italia un siglo á los demás países europeos. Hemos explicado en su lugar las causas de este progreso y ahora hemos de ver sus efectos sobre los siglos futuros.

Concentrada en Roma la vida artística de Europa por el gran entusiasmo de los Papas para las obras del arte que tanto contribuían con su esplendor á establecer su dominación temporal, á la corta ó á la larga debía, lo que es propio del temperamento artístico, infiltrarse y corromper la sociedad entera que no tiene, como tiene el artista en su tiento, en su punta la lanza que hiere y en su contera el bálsamo que cura.

Nada en verdad pudiera reprenderse á los Papas, si éstos no hubieran hecho más que restaurar los monumentos antiguos ó levantar otros nuevos, y es bien seguro que

el arte, de no dañar otro campo no fuera con razón acusado de haber corrompido el siglo, pero si los Papas gustaron del lujo público, no gustaron menos del lujo privado, y aquí es donde empieza la gran parte de culpa que en la corrupción moderna tienen los Papas y la Corte Pontifical.

Nosotros comprendemos que se procure deslumbrar á los pueblos cultos con la magnificencia del lujo, que es como se deslumbra á los pueblos salvajes para dominarlos. Comprendemos el arte aplicado al triunfo de la religión, y lo que hoy sucede demuestra que la Iglesia ha abierto una nueva campaña para apoderarse de las conciencias que se le escapan, atándolas con los dulces lazos del arte; pero nosotros comprenderíamos, sin volver á la época de los manteos y sombreros mugrientos, que para mayor realce del culto divino y para mayor atracción se estableciera una firme división entre el lujo del culto y el lujo privado sacerdotal.

Dejemos nuestros días, volvamos al Renacimiento y á Italia y digamos que hasta se ha querido disculpar el lujo privado del Papa Nicolás V.—1447-1455—esto es, del Papa que introdujo en la Corte Pontifical todos los refinamientos del lujo con la necesidad que sintió de realzar su desmedrada figura, cuando ésta sin embargo no fué obstáculo á su elección.

Condenada la obra de Nicolás V por excesiva por su sucesor Calixto III, el siglo xv no ha de ver en Italia quien reanude sus tradiciones, pero esto no quiero decir que el Papado infiel ordenase á sus tradiciones que volvieran sus espaldas al arte. Mas durante la segunda mitad del siglo xv se distinguió Roma contra lo que era propio del arte y lo que era peculiar del lujo; ya no se atesoran perlas, esmeraldas y tapices, pero los Papas se consideran todos obligados á mantener en Roma una legión de artistas para llevar á cabo sus grandes restauraciones y sus grandes construcciones.

¡Gran época esta para los artistas! Ciertamente, ¡gran época! Pero cuánto no se equivocarían los que creyeran que era para los artistas la Edad del oro, no de oro, esa edad que han alcanzado en nuestros días. Cónsérvanse en el Vaticano los registros pontificales del tiempo que nos ocupa; á ellos podemos acudir, á ellos ha acudido don E. Müntz para sacar una prueba más de que están siempre en desproporción constante los progresos del arte con el lucro artístico.

Durante el siglo xv todas las ramas del arte, del arte puro y del arte aplicado, progresan de una manera extraordinaria, y sin embargo, ni la condición del artista ni su bolsa siguen igual marcha. Véanse los dichos registros y se encontrarán los más grandes nombres del arte; á los grandes arquitectos, escultores y pintores mezclados con los aguadores en las nóminas del Vaticano. ¡Y sus salarios ó jornales cuán mezquinos no son! ¡Con decir que todo un Fra Angélico cobraba diez y seis ducados de oro por mes! Y no vaya ahora á figurarse nadie que se le daba tan poco por lo de Fra, pues en punto á pagar el trabajo artístico, el hábito no hacía al monje; véase sino á Gozzolo cobrando siete ducados mensuales; á Juan de Florencia abrir la mano para recibir dos, y á Poli contentándose con uno. Un gran escultor no cobraba más allá de ochenta á cien florines al año, y sin embargo, estos son los grandes maestros de los grandes artistas del siglo xvi.

Claro está que nosotros queremos que se remunere como es debido el trabajo, pero téngase por cierto una cosa, y es, que siempre y cuando el trabajo artístico goza de las

grandes remuneraciones de nuestros días, el producto artístico no se estima como obra de arte sino como una obra de lujo, y que el mejor termómetro para juzgar de la subida del lujo es la estadística de lo que se paga á los artistas.

Termina el siglo xv con los Borgias: Papas, duques y duquesas de dicho nombre llenan la historia del mundo con la de sus vilezas é infamias: todo se corrompe con ellos, todo se profana, todo se desmoraliza.

Sucédeles un Papa, que como él mismo dijo, arrojó al Tiber las llaves de San Pedro para tomar la espada de San Pablo; y sin embargo, este Papa, Julio II, que tanto nos dió que hacer en Italia, este Papa guerrero, reformista, es el Papa que quiere dominar y cegar la cristiandad desde San Pedro.

La antigua Iglesia, la Iglesia de las grandes tradiciones, la Iglesia apostólica desaparece, y Brahamante y el oro apoderándose de su solar y de los campos y jardines

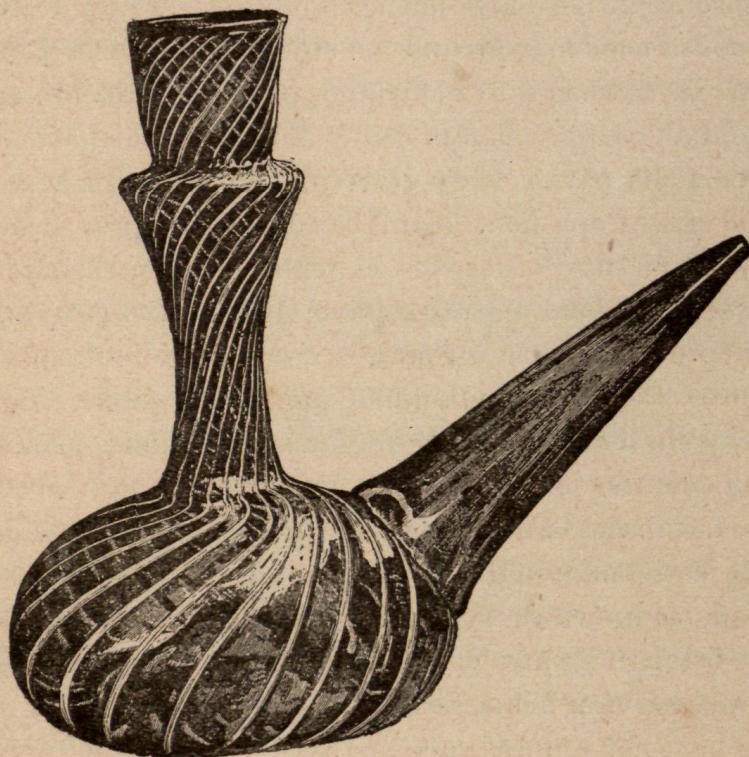


Fig. 191.—Vitraria española.—Porrón moderno

vecinos proyectaron por su orden esa gran mole arquitectónica que ha de dividir la cristiandad en dos mitades.

Miguel Angel y Rafael asociados á su nombre y á los esplendores de su grandioso monumento deslumbran, pero estos no son en verdad los artistas de Julio II, sino los de León X.

León X no es un Borgia, un Alejandro VI destinado á corromperlo todo con sus groseros placeres. Es un Médicis, es decir, un hombre de gusto, un delicado, quizás un refinado.

Hijo de Lorenzo de Médicis, de Lorenzo el Magnífico, era ya cardenal á los trece años, Papa á los treinta y seis, y naturalmente cadáver putrefacto á los cuarenta y cuatro. Todo lo que se quiera escribir en pró ó en contra de León X está encerrado

en estas tres efemérides de su vida: el niño viste la púrpura cardenalicia; el joven se bate en la batalla de Rávena y al año siguiente se pone la tiara á la cabeza; el hombre no puede sostenerse sobre los flacos y quebrantados miembros de su juventud.

¿Qué nos importa en este libro que Rafael sea quien pinte *La Escuela de Atenas*? ¿No es esto un accidente? Rafael con relación al siglo, es el hombre de las vírgenes peruginas, cuando su alma es pura; es el hombre de las madonnas humanas, cuando en Florencia vive la vida de su siglo; y en Roma es el pintor del triunfo de Galatea, el director artístico del indecente teatro de León X, el amante de la Fornarina, que le servía de modelo para sus vírgenes cristianas como para sus diosas gentílicas; naturalmente, Rafael vivió aun menos que su pontifical protector; vivió sólo treinta y siete años.

Rafael llevaba como es de suponer en Roma la vida de los grandes señores; la época de los diez y ocho ducados de Fra Angélico había pasado. Su lápiz y su pincel estaban al servicio de todas las grandezas: el Papa le nombró subintendente de los edificios de Roma; el banquero Agustino Chigi le encargó la decoración de su comedor.

Miguel Angel podrá condenar al infierno en una obra seria á un moscón; pero Rafael condenó á las penas eternas á Fra Mariano, pintando un telón en donde se le representaba rodeado de diablos que hacían con él las mil picardías, y se presentaba este telón en un día de comedia para solaz y divertimiento del Papa y de sus dos mil invitados á quienes, eso sí, el Papa no se olvidaba nunca de dar su bendición al recibirllos y al despedirlos, es decir, antes y después de acabar las representaciones de la *Calandra* y de los *Suppositi*, dos obras teatrales que el director del teatro del Papa, el Cardenal Bibiena hacía representar para ultrajar la moral delante de los que siempre se han llamado sus defensores. Con esto queda dicho que la *Calandra* y los *Suppositi* casi no son para mentadas, y sin embargo el alegre Cardenal Bibiena ¡cuánto no hubiera dado para representarlas delante de una corte de mujeres! He aquí precisamente lo único que encontraba que faltaba el Cardenal en el Vaticano, «una corte de mujeres.»

En efecto, en el Vaticano no faltaba más que esto, «mas que una corte de mujeres.» En materia de banquetes nunca se había visto mayor esplendidez.

Los aparadores estaban llenos de vajilla de plata amontonada en ellos hasta llegar al techo; en la mesa se servían hasta sesenta y cinco platos. La música, casi siempre acompañada en voz baja por el Papa, acompañaba todas sus fiestas. En sus cacerías, por las que tenía el Papa una afición desmedida, se veían los perros á centenares, fueron quinientas las traillas que formaron en su cortejo el día que hizo su entrada en Roma, entrada teatral, incomparable, pues á trechos era la de un Papa, á trechos la de un Emperador, á trechos la de un señor feudal del gran tiempo.

Así el lujo y la esplendidez marchando de consumo lo llenaban todo, y entonces aparecieron el trono pontifical de terciopelo blanco y la explotación de la cristiandad para sostener el lujo y el despilfarro de la corte papal.

Esta explotación la había inaugurado Julio II. Todo el tesoro pontificio no bastaba para atender á la interminable orgía romana. Necesitábase dinero y mucho dinero; dinero para el teatro, para las cacerías y para los banquetes del Papa y también para las funciones religiosas, cuya suntuosidad rayaba en maravilla,—aun cuando vinieran á lo último,—que ya han dicho Pallavicini y Sarpi que lo último que aprendió el Papa León X fueron las cosas de la religión. Necesitábase para la construcción de la colosal iglesia de S. Pedro, para la que nunca había bastante. ¿Y cómo hacer dinero?

De la manera más sencilla.

El siglo era de suyo muy pecaminoso. Al renacer el arte y la ciencia paganos, habían renacido las impuras costumbres de su decadencia. Por consiguiente se pecaba mucho, no por gusto de pecar, sino porque era de moda; por lo tanto, aliviar las conciencias de tanto pecado inconsciente era hacer obra de misericordia, y los Papas Julio II y León X inventaron el perdón de los pecados á beneficio de la Iglesia de S. Pedro, de la iglesia material, no de la moral.

Esta explotación del pecado, naturalmente no podía hacerse en donde el pecado tenía su centro; por esto lanzaron los Papas sus legiones de dominicanos por el mundo para vender sus indulgencias; y ¿quién no había de comprar su salud eterna, quién no había de aliviar su conciencia de un hurto ó de un robo, de una seducción ó de un incesto, de un homicidio ó de un asesinato, á cambio de un puñado de ducados?

Indignó esta incalificable e incomprendible venta de la misericordia divina á un fraile agustino, á un fraile alemán, que hizo con las indulgencias del Papa, una hoguera tan grande como la que consumió á Savonarola; este fraile era Lutero.

Lutero y León X se combatieron durante mucho tiempo, primero con escritos, después con ejércitos. El resultado final fué separarse de Roma y del Papa, Alemania, Dinamarca, Suecia, Holanda e Inglaterra y una parte de Francia.

Tal fué la parte de Roma en el lujo del siglo xvi.

La parte de Florencia con ser menos inmoral no fué menos corruptora.

Apoderóse en el siglo xv de la república florentina una familia de banqueros y comerciantes, una familia rica que demostró desde luego su gran habilidad política haciendo hereditaria su dictadura, pero sin decirlo.

Si el esplendor de las artes hace olvidar en Roma las faltas de los Papas, ¿cómo la belleza inmaculada del arte florentino no ha de dar por resultado que se absuelva á los Médicis? ¿Qué arte, qué ciencia no encontró en ellos el más entusiasta y pródigo Mecenat? Al lado de su decidida protección dada á la arquitectura, á la pintura, á la escultura, á la orfebrería, á la esmaltería, á la poesía, á la literatura, á la historia, á la medicina, á la astronomía, á todos los ramos en fin del conocimiento humano, ¿pueden contarse los asesinatos, las cárceles siempre abiertas, el tormento en continua función, la orden de destierro siempre dispuesta contra todos cuantos vinieran á molestar á los Médicis en sus recreos científicos, literarios y artísticos? ¿Qué importa que se apoderara Lorenzo el Magnífico del *Monte della fanciulla*, es decir de la caja en donde las familias pobres ponían sus ahorros para dotar á las hijas, si con este dinero el Magnífico pagaba las obras que la arquitectura, la pintura y la escultura elevaban durante su dictadura en Florencia? ¿Acaso hay nada más lógico que lo que hizo apoderándose de la fortuna pública para aliviar sus comprometidos Bancos,—porque los Médicis siempre fueron banqueros,—si demostraban con hechos que se habían arruinado para hacer trabajar á Leonardo Vinci, Andrea del Sarto, Fra Bartolomeo, Daniel de Valtara, Miguel Angel, etc.?

Punto de honor de los florentinos hubiera sido librarse de la bancarrota á los Médicis en Bruges; si Lorenzo el Magnífico prefirió meter las manos por sí mismo en las cajas del Estado y sacar los cien mil florines de oro que necesitaba, antes que dar tiempo á los florentinos de que le salvaran, fué sin duda alguna por haberse adelantado á su intención.

¿Qué veremos pues, en Florencia? Lo que aparece cien veces en el transcurso de la historia. Que cuando un hombre es bastante para imponerse á su pueblo, su dominación se establece á espensas de la moralidad pública.

Italia nos presenta durante toda la Edad Media y época del Renacimiento un cuadro completo de formas de gobierno, por el cual podemos venir en conocimiento de su acción sobre el lujo.

Hemos visto al estado teocrático enfangarse en el lujo hasta el punto de cubrir materialmente de lodo el trono de S. Pedro y producir la división de la cristiandad. Hemos visto al estado democrático dejándose seducir y corromper por los prestigios de una familia. Ahora hemos de ver lo que sucede en el estado aristocrático.

Aristocrática en grado sumo se presenta siempre en la historia la república veneciana. Lo propio de un estado aristocrático es mantener y fomentar la división de clases; así mientras las aristocracias tienen energía no hay cuidado que estas clases se confundan. Hace en consecuencia el gobierno á cada uno su parte de lujo, y como no siempre los más ricos son los que gobiernan en una aristocracia, los gobernantes, por cuanto son de su clase y no quieren ser humillados, cuidan de imponer á su misma clase condiciones y límites para que ninguno de sus miembros deje de aparentar lo que ha de ser vis á vis de las demás clases. Por esto cuando uno de sus miembros llega á perder este mínimo, no tiene más remedio que expatriarse ó pasarse á otra clase, renunciando á sus títulos ó privilegios.

Pero llega para las aristocracias fatalmente su periodo de lucha con los ricos, á quienes se teme por sus fortunas, pero á quienes no se quiere por su condición de banqueros, comerciantes, industriales, artistas, etc. En esta lucha entre el privilegio y el capital, el capital acaba por imponerse, y en la historia del lujo se pueden seguir sus progresos viendo cómo consigue primero poder vestir como la aristocracia, luego cómo se estima un cierto grado de riqueza como sinónimo de tal grado de nobleza, para acabar por último por recibirlas en el gobierno común por miedo á que se entere el pueblo y vea de qué lado está la fuerza de los Estados, el nervio de la gobernación, la riqueza.

Este régimen de clases, como es desde su principio al fin un régimen de imposición, resulta, hasta cuando más severo se muestra con el lujo, un gobierno de despilfarro y de fausto, porque no puede sostener su dominación sino á condición de mostrar su superioridad y por esta necesidad de exteriorización continua, se presenta en las fiestas públicas, en las oficiales, desplegando una ostentación tan grande como en los Estados monárquicos; por esto cuando se compara la república veneciana con la monarquía más despótica, sin entrar en el fondo del gobierno, no se puede ver diferencia alguna. El Dux sólo puede compararse con el Rey *Soleil*.

Ahora bien; cuando las aristocracias son como la veneciana, una aristocracia mercantil, una aristocracia de trabajo; cuando su superioridad se funda en el capital acumulado y en las ganancias del negocio ó especulación en marcha, esas aristocracias llevan al lujo toda la avidez de la especulación.

Por eso cuando se trata de hacer ostentación de su fortuna, nada se les puede comparar, y la corte más poderosa del Renacimiento era incapaz de presentar un aspecto más solemne, más rico, más lujoso que la corte veneciana.

Así se ha observado estudiando las pinturas de la época de los grandes maestros

venecianos, de los Ticiano, Tintoretto y Veronesos, que el traje toma allí unas formas rígidas, envaradas, un corte artificial, de modo que la persona humana resulta metida dentro de un maniquí. ¿Y esto porqué? Porque la única preocupación del rico es demostrar la riqueza. No quiere que su vestido de brocado que costará quién sabe cuánto el metro, desaparezca en los pliegues; por esto extiende la tela, la pone de manifiesto y entonces puede admirar y contar lo que ha de valer aquella tela brochada, en donde el arte ha empleado á la vez los materiales más costosos.

Esto mismo es causa del gran desarrollo que toma la joyería, y de las enormes piezas empleadas en el adorno de la persona.

Cuando una alhaja, un dije, puede desaparecer ó quedar disimulado ó medio oculto por una arruga, la joya tiene proporciones modestas; cuando ha de brillar en toda su integridad se engrandece y toma las ridículas proporciones de las placas y collares de los militares, destinadas á brillar sobre un pecho artificial, de boata ó de cartón.

Los collares, los cinturones, los brazaletes, todo pesa enormemente, porque al peso del metal se une el de la pedrería, empleada en tan grande escala que hace preciso que venga al arte industrial á llenar sus deficiencias y á satisfacer el espíritu de imitación de las clases inferiores.

Esta es la época de la esmaltería. Durante la Edad Media ese bello arte produjo las obras más admirables, y ciertamente el Renacimiento no tiene nada que le iguale. La pintura al esmalte, propia de este periodo, servirá para la decoración de los muebles; se pagarán sus placas á precios enormes, según sean los artistas que las han pintado; la vanidad del retrato principiará y llegará hasta donde no ha de llegar después, por lo mismo que las artes del fuego con sus colores vidriosos y su fondo de oro ó cobre, fijan la imagen para siempre y la hermosean con el brillo de los colores y su transparencia.

Pero en cambio de las grandes obras, produjo la esmaltería en joyería una serie de obras en las cuales por igual se admira tanto la elegancia de sus formas como el realce de las mismas por las pinceladas del esmalte. Precisa ver estas joyas para admirar la riqueza y esplendor de su tonalidad.

Ahora bien, se comprende cómo el esmalte puede suplir en parte á la pedrería, y cómo es posible imitar la riqueza con arte y economía.

De la misma manera se imita por la falsificación.

Venecia, como hemos dicho, había elevado la vitraria á donde no llegara en los siglos anteriores. Nada es comparable á un vidrio de Venecia, verdadero símbolo de la riqueza y del lujo. Pues es en Murano en donde las perlas artificiales se inventan, y se desarrolla de tal modo esa industria que bien pronto constituye un ramo de exportación considerable. El Oriente siempre aficionado á lo aparatoso, reemplaza las perlas verdaderas por las artificiales. En Europa, más positivos sus fríos habitantes, tardan en adoptar esas perlas y esos vidrios de Venecia que imitan á las perlas verdaderas; los granates, esmeraldas, topacios, rubíes, etc.; pero por fin se deciden, y entonces es de ver la lucha que en todas partes emprenden los ricos contra esos productos de la industria, porque permiten la confusión de las clases, hasta lograr que se dicten leyes suntuarias contra ellos, pues se acaba por estimar como un lujo desmoralizador, como un mal lujo, llevar en los vestidos bordados de perlas falsas.

Entonces el arte de Venecia inventa las perlas de toda clase de colores, las torna-

soladas, las de oro y plata, y esas perlas que ya no son falsificaciones de otra clase de perlas, sustituyen en todas partes á las buenas, porque nadie puede resistir á sus tentadoras é interminables combinaciones de colores.

Véase, como decíamos antes, en las pinturas de la época la cantidad hasta prodigiosa de pedrería de una dama veneciana—y no les quedaban á la zaga las de los otros países—y se comprenderá cómo no hubiese sido posible sin auxilio de la industria sostener pasión tan desenfrenada por la pedrería.

Es, pues, propio, peculiar de las aristocracias mercantiles ó comerciales el aparato y el fausto. Como no fundan su preeminencia mas que en el dinero, en el oro, juzgan que su crédito estará en relación con la cantidad de oro que gasten en la vida.

Por esto, lo que sucede con los vestidos sucede con la vivienda.

No nos movamos de Venecia, en donde vemos frente á frente San Marcos, el palacio Ducal, la Procuraduría y la Salud; esto es, el arte bizantino, el gótico, el Renacimiento y el arte de la época moderna. Cuestión de estilo aparte, el lujo de la construcción en el mismo. Todo cuanto puede hacer la arquitectura para deslumbrar, se reúne y concentra en cada uno de los edificios citados; los mosáicos, los mármoles, los bronces, las maderas preciosas ricamente esculpidas ó torneadas, la escultura de bulto ó de adorno, todo se encuentra para hacer del monumento público el signo de la riqueza del gobierno. Pues lo que sucede con el monumento público sucede con la casa privada.

Los que no han podido admirar el gran Canal de Venecia, lo han visto cien veces en fotografía, ó mil veces lo han visto literariamente descrito. Hoy mismo, á pesar de las injurias del tiempo, del abandono y de la absorción de Venecia por Trieste, causa principal de la triste situación de la aristocracia comercial veneciana, aquellas casas del gran Canal, aquellos pequeños palacios sorprenden, porque desde luego por su estructura se comprende que se construyeron para delicia de los ricos patricios que debían habitarlos.

Todo en ellos sonríe. Los más serios no se comprenden sin una vida de continuas recepciones, de saraos, de excursiones por el gran Canal, de fiestas que necesitan de legiones de lacayos y de gondoleros, ó de aquellas ventanas y balcones llenos de hermosuras y de galas.

¡Cuán lejos se está de la severa morada florentina!

En Florencia la democracia, ni aun en los días de Lorenzo el Magnífico, degenera en aristocracia. Ciento es que los grandes palacios florentinos indiquen la existencia de patricios poderosos por su fortuna y por su clientela. Se comprende que han sido construidos para que pudieran servir de fortaleza cuando llegara el caso, pero se comprende que la gente que ha de vivir en ellos ha de tener otra moral que la moral veneciana. En Florencia se comprende que viviera Miguel Ángel, pues todo lo de la ciudad corresponde á la austeridad de su vida y de su carácter. Miguel Ángel viviendo en Venecia no se comprendería. Si pues el lujo alcanza en entrambas ciudades vuelos incalculables, y en una y en otra ciudad las democracias son mercantiles, como en Florencia, siempre se hermanó el culto de las ciencias, de las artes y de las letras con el negocio, se nota en todo una armonía, un equilibrio, cuyo resultado es que sean excepciones lo que en Venecia son generalidades.

Pero todo lo dicho hasta aquí resultaría poco menos que incomprendible si no nos formásemos idea del desenvolvimiento artístico de Italia.

CAPÍTULO XXVI.

EL ARTE ITALIANO DEL RENACIMIENTO



RINCIPIA el renacimiento artístico en Italia en el siglo XIV, y los maestros del siglo siguiente son ya los grandes hombres del Renacimiento. Pero ahora no hemos de ocuparnos sino del desarrollo del arte italiano en el siglo XVI, en el siglo propiamente llamado del Renacimiento.

Cuando se juzga la revolución artística operada en toda Europa en el siglo XVI desde el punto de vista nacional, se escriben cosas muy bellas y muy sentidas contra el Renacimiento, pero no muy exactas.

Ha de juzgarse ante todo el Renacimiento en Italia y el punto de partida del juicio que se ha de formar, es el siguiente: «Italia no admitió nunca el estilo ojival».

Nada importa que en toda la Península se puedan citar hasta media docena de iglesias puramente góticas; su mismo número indica lo que dejamos dicho, la antipatía de Italia por el arte, que á sus ojos siempre se hubo de presentar como el arte de los bárbaros germanos, de los godos, de los que arruinaron á Italia y disolvieron su supremacía. En donde más puro y correcto se muestra es en Lombardía, y esto gracias á los lombardos que la invasión germánica allí trajo; el arte gótico constituye una variedad, la variedad lombarda que desde luego denota que son los lombardoitalianos los que construyeron la catedral de Verona, que deja sentir en todas sus partes su clasicismo. Y lo mismo diremos de la catedral de Florencia, otra de las maravillas del gótico-italiano.

La mezcla, pues, de góticismo y de clasicismo que durante el primer tercio del si-

glo xvi aparece en todas partes como una tendencia á un nuevo gusto, en Italia es tan tradicional, que no significa al preponderar el estilo romano mas que el triunfo de Italia de Roma sobre los godos y el goticismo; véase pues cuán diferentemente se ha de juzgar el Renacimiento en Italia y en el resto de Europa.

Dejemos por un momento esta cuestión y pasemos al siglo xv europeo, es decir, anti italiano, y preguntémos qué es lo que se podía esperar del arte ojival al extremo á que había llegado.

El arte ó el estilo artístico, como el hombre, no se levanta de su decrepitud. Tras la decrepitud viene irremisiblemente la muerte, jamás la juventud.

Había el arte ojival pasado por una serie de evoluciones tan extraordinarias, que parece imposible que del arte serio, severo, reflexivo y racional, propio de últimos del siglo xiii y del siglo xiv hubiera podido salir el arte bufo, bullanguero, inverosímil é incomprendible de su último periodo, con sus arcos al revés, sus columnas en forma de cables, sostenidos por arte de magia, y sus pilares formados por una reunión de cables unidos y de pie, como si los tuvieran sostenidos de lo alto de la bóveda por una serie de poleas. Estas extravagancias eran incorregibles, eran signo de que se había cumplido el entero periodo del arte ojival y que empezaba la obra de su disgregación.

Esto no sucedió al arte romano ó grecoromano, al cual vino á poner término violento la conquista de los bárbaros. Véanse las grandes construcciones romanas de ese periodo en Rávena y se comprenderá que el arte románico era suficientemente fuerte para poder adoptarse á las necesidades de la nueva civilización.

Así podemos decir que el arte románico que en todas partes, en España, Francia y Alemania dió vida al arte ojival, fué siempre el arte italiano.

Cuando, pues, el renacimiento de los estudios clásicos trajo como consecuencia inmediata el renacimiento del arte clásico, para Italia sólo se trató de una obra de purificación, y por esto no es en Italia en donde hay que buscar estas pintorescas construcciones, en donde se hermanan las curvas góticas con las líneas rectas del arte romano, sino en España y Francia. Desde el momento, pues, que sólo se trataba de corregir lo que existía, el triunfo del arte romano hubo de ser fácil y pronto; no hubo de presentar allí el arte común en los demás países ese periodo de lucha que produjo obras realmente hermosas, gracias al genio de los arquitectos del Renacimiento.

Hoy que todos sabemos de memoria á Vitrubio, hoy nos creemos que aquel arte gótico fué el que resucitó en Italia. No; véanse las obras de los grandes arquitectos italianos y se notará que son trasunto, si se quiere, de lo que la antigüedad dejó en pie, pero al fin y al cabo obras estudiadas sobre el natural.

No es en el siglo xvi, es en el siglo siguiente cuando se busca en las cartillas vitrubiánas el arte de construir un bueno y bello edificio sin calentarse la cabeza.

Tal vez se nos tenga por académicos á causa de lo dicho, pero como tenemos la pretensión de conocer el movimiento histórico de los pueblos, diremos que no podemos ser tal cosa ni otra cosa, porque todo lo que ha sido ha tenido razón de ser, y por esto lo que fué no volverá á ser, aun cuando en un momento dado nos hagamos la ilusión de que renace lo pasado.

Esta ilusión en la vida del hombre puede ser más ó menos larga, puede durar años y hasta siglos, y esto es lo que sucede con la restauración del arte clásico, porque esta

restauración supone la de la ciencia, arte y letras de la antigüedad, la restauración del antiguo saber humano, la reanudación de la interrumpida vida del progreso del hombre por la invasión de los bárbaros.

Por cuanto era tanto lo que se restauraba, tanto lo que renacía, es por lo que el Renacimiento se presenta con toda la fuerza de una idea nueva, y esta idea, que no es otra que la de igualdad, va haciendo su camino desde entonces hasta salir triunfante en 1789; júzguese pues por lo que tardó en triunfar de la lucha que tuvo que sostener el espíritu que renace en el siglo XVI con el espíritu de clase, de división y de esclavitud que se estableció con los germanos.

El Renacimiento perfeccionando las armas de fuego iguala al noble y al villano. Ya es inútil que el noble se vista el férreo traje que le ha de hacer invulnerable y cuyo traje prohíbe al villano, para que no pueda resistirle. La coraza mejor templada y forjada, la malla más tupida no resisten á la pelota de un arcabuz ó de una pistola.

Por esto, mientras se conserva la tradición del traje militar de la Edad Media, va éste aligerándose y recargándose de adornos para hacer de él, no un traje defensivo, sino bonito. Las grandes armaduras del siglo XVI, las armaduras milanesas son para paradas y torneos, no para funciones guerreras. Podrán cincelarlas los más famosos buriles, podrá Cellini emplear en ellas todo su genio, pero el arte será incapaz de dar vida á lo que agoniza por inútil.

La noble profesión de las armas se democratiza, pues, desde los primeros tiempos del Renacimiento, ya no será el más diestro en el manejo de las armas quien ó quienes decidan de una batalla, sino los que mejor sepan distribuir á sus hombres y sacar mejor partido de sus armas y de sus movimientos. Podrá todavía la tradición conservar para la aristocracia el privilegio de los mandos, fundada en el caso de creer á los descendientes de los antiguos militares capaces de mandar una compañía, un ejército; pero llegará el día en que se verá á los cerveceros, á los aldeanos, á los cómicos, á los menestrales ceñirse la faja de general y recorrer triunfantes toda Europa, y esto á expensas de los últimos descendientes de los duques, condes y marqueses de la Edad Media, que renunciarán por último al privilegio de las armas.

La igualdad material es, pues, el resultado del empleo de la pólvora; la igualdad espiritual es el resultado de la imprenta.

No era la mayor de las empresas el aprender á leer y á escribir; la grande empresa que no pudo realizar la Edad Media ni la antigüedad fué el poner en manos de todos el libro que se había de leer, porque no se escribe cuando no hay la seguridad de ser leído.



Fig. 192.—Vitraria española

Mientras, como hemos visto, se daba un campo por una gramática, se comprende que fueran muchos los que no pudieran darse el lujo de aprenderla; hoy se puede aprender lo que enseñaba el Prisciano, por una peseta. Hoy, pues, el lujo de saber gramática ha dejado de serlo, y de la misma manera el lujo de la librería ó de la biblioteca.

No hay más que ver los catálogos de las librerías ó bibliotecas de algunos personajes, de algunos reyes de la Edad Media, que han llegado hasta nosotros. Cuando se ha leído una lista de doscientos ó trescientos títulos, entre los que no escasean los de obras de devoción, nos parece que ya tratamos de una biblioteca moderna, cuando hoy la librería de nuestro rey Martín la tiene el más modesto de nuestros obreros aficionados á la lectura.

Cierto que durante mucho tiempo, durante siglos, fué un lujo y no poco costoso el poseer una librería. En tanto, gracias al libro no se difundió la ilustración y las ganas de saber en las clases medias y bajas, la Imprenta no produjo sino obras costosas. De la misma manera que se prolongó durante mucho tiempo el uso de las armaduras de punta en blanco, á pesar del poco respeto que merecían á la pólvora, es decir, en tanto se siguió creyendo que el oficio de las armas era sólo potestativo de las clases privilegiadas, de la misma manera no salieron de las prensas mas que costosas ediciones de libros destinados á la cultura y á la ilustración de las clases que hasta entonces habían sido las que leyeron. Este es el carácter del libro en el siglo xv, y de gran parte del Renacimiento ó del siglo xvi, libros para clases excepcionales. Por esto la imprenta no produce el libro cómodo y barato sino cuando ya se han dado al olvido los códices miniaturados de la Edad Media, cuyo lujo procura conservar la imprenta por medio del grabado, otra invención italiana cuya influencia en el desenvolvimiento de la cultura se comprende en nuestro tiempo de *Ilustraciones*.

Imagínese sinó que por un cierto tiempo desaparecen todas las *Ilustraciones* del mundo, y con ellas toda clase de grabados, desde el grabado por la punta del buril, al grabado por el rayo del sol. Apenas si podríamos decir, á pesar del periódico y del libro sin ilustrar, que sabemos lo que en el mundo pasa. Oiríamos hablar de tal personaje de la política, de la ciencia ó del arte, y no lo conoceríamos. Se nos describirían las obras maravillosas del arte y no las veríamos. Sabríamos que se ha inventado una nueva máquina destinada á ahorrarnos trabajo corporal, y no nos la imaginariámos. Se nos hablaría de los descubrimientos recientes hechos en el Continente negro, y no lo comprenderíamos. Es decir, no nos *figurariamos* nada de lo que fuera ni de lo que se hiciera durante dicho periodo en el mundo.

¿Y qué sucedería al reaparecer de pronto el grabado? Que nos arrebataríamos, como se dice vulgarmente, sus obras de las manos, porque todos querríamos conocer al estadista que impone sus voluntades, al sabio que nos domina con su ciencia, al artista que nos encanta con sus obras, el descubrimiento que se ha hecho en el campo entero de la ciencia, el hecho físico ocurrido en el mundo, en virtud de las fuerzas naturales cuya acción se ha reservado otra fuerza por nosotros desconocida. El grabado pues, no venía á satisfacer el instinto de curiosidad como algunos creen, sino las ansias de saber. Y véase sinó, cómo el grabado determina la invención de artes científicas como la perspectiva ó la descriptiva, destinadas á la expresión real de los objetos dentro de sus respectivos campos. Acúdase á los dibujos que ilustran lo mismo los antiguos códigos

dices que los primeros libros de la imprenta y veremos cómo la buena voluntad se estrella ante la inhabilidad del dibujante para darnos á conocer la imagen de un objeto por medio de su perspectiva real. Podemos decir, que la invención de la imprenta sin la invención del grabado, no hubiera sido mas que una media invención.

Las obras, pues, inmediatas al Renacimiento, tenían una influencia social considerable y por esto ningún siglo de los pasados se puede comparar con el nuestro mas que el siglo del Renacimiento.

Si hoy realizamos la maravilla de descubrir el Continente africano que era nuestra delicia de estudiantes de geografía, pues era el que menos materia daba para el estudio, en el siglo XVI se descubren, no las islas occidentales, sino América, y también la real configuración de Africa y el paso de las Indias que arruina á Venecia y á Alejandría en provecho de Portugal, que durante muchísimo tiempo será la sola potencia europea que vaya al Asia á buscar productos coloniales, ó ese comercio de Levante que había hecho la fortuna de la república del Adriático.

Si hoy conocemos del cielo el misterio de su composición química, si hoy lo acercamos á distancia suficiente de nuestros objetivos para poder grabarlo ó escudriñarlo, en el siglo XVI la astronomía tomaba los inmensos vuelos que le imprimieron Galileo y Copérnico, mártires de la ciencia, como lo son hoy día también los que entregados á la obra por ellos emprendida de destruir el círculo de las preocupaciones que ellos quebraron, se ven designados y acusados por los mismos que de buena gana emplearían con ellos los mismos suaves procedimientos que emplearon para convencer á Galileo de que el mundo, la Tierra, no se movía.

Si hoy en el mismo campo de la milicia parece que no somos comparables con tiempo alguno, el siglo XVI nos dirá que fué él quien inventó los primeros fusiles, quien organizó la artillería, quien estudió la carga de los cañones por la recámara, quien arrancó á los hombres su vestido de acero para darles la ligereza de nuestras tropas, quien enseñó á nuestros mineros zapadores el arte de volar un fuerte, de construir una batería, etc.

Y sobre nosotros tenía el siglo XVI para sus entusiasmos el arte de obrar de primera intención, no el de perfeccionar y completar el anterior descubrimiento, que ha sido en gran parte la tarea de nuestro siglo.

Pues todos estos entusiasmos habían de producir en el siglo XVI un movimiento progresivo en todas las clases, que había de afectar poderosamente al lujo.

Si la arquitectura renacia con el arte romano, la casa romana con su placidez interior, desconocida en la Edad Media, con la pintura renacia el culto humano lo mismo que con la escultura; el naturalismo artístico había de llevar también á la sociedad el naturalismo, lo mismo en el modo de ser del hombre que en sus relaciones sociales.

La pintura y la escultura enseñaron que nada hay más bello que la forma humana, y el culto de esta forma, desconocido en la Edad Media, es la causa de todas las indecencias mitológicas de los siglos que siguen al Renacimiento, y que en éste se presentan cubiertas con el cendal del arte. Sólo así se comprende que lo mismo en la cámara del Pontífice que en la de una mujer elegante, el desnudo no ofendiera la vista de nadie. ¡Y cómo había de ofender si desde luego en el traje se procura imprimir la expresión directa de ese mismo cuerpo que la Edad Media procuró casi siempre cubrir con sus garnachas, gramallas, telares, mantos y capas!

Verdad que luego la moda viene á ridiculizar esta misma forma, encerrando el cuerpo del hombre dentro de un corsé de cartón ó de ballena, pero no se negará que el siglo del Renacimiento pretendió vestir al hombre con la menor cantidad de tela posible.

Este culto de la forma, enemigo de las melenas y de las blusas, exaltado por la pintura y la escultura, sublimado por la antigua literatura grecoromana, cuyas costumbres libres se querían renovar, era lo que determinaba á los Papas y á los Cardenales á vestirse de blanco y de púrpura, de terciopelo y de raso, para no aparecer como una protesta contra el naturalismo que no se ha de atrever á condenar la Iglesia sino en nuestros días, al aparecer la época romántica con todo su reaccionarismo.

Bien sabemos que en nuestro siglo, los que pretendieron fundar el arte cristiano, los Owerbeck y los Río, no imaginaron volver al arte anticientífico de la Edad Media, al arte inhábil de los pintores de retablos y de los imageneros de nuestras Catedrales; véanse las grandes composiciones de Owerbeck y de toda su escuela y creeremos ver estatuas griegas vestidas con largos ropajes, las vírgenes tristes de la antigüedad. Es decir, el arte cristiano moderno tan encomiado y ensalzado por todos los reaccionarios, es tan naturalista como el arte del Renacimiento, y éste le lleva la ventaja de que, como se puede ver en Rafael y Murillo, sus Vírgenes madres, á pesar de su gran naturalismo, tanto que aún hoy día pueden ir á buscarse los modelos á orillas del Arno ó en la fábrica de tabacos de Sevilla, hieren más la imaginación, exaltan más el sentimiento religioso, llevan más directamente al misticismo que todas esas Vírgenes estáticas, fátuas, del arte religioso moderno; no hablamos de los que en este último periodo han renovado el arte de Rafael y de Murillo, incapaces de expresar el fuego ardiente, abrador del alma devorado por las ansias de lo divino. Santa Teresa es un imposible para el arte católico ortodoxo. De modo que este arte nos viene á demostrar que el naturalismo no está en la forma, sino en la expresión; se entiende en el naturalismo execrable.

Así entendido, nosotros estamos conformes con execrar á los imitadores del Ticiano, no á Ticiano, á quien si puede reprenderse tal ó cual postura de alguna de sus diosas, la censura se detiene ante la expresión que hace indecorosas multitud de figuras vestidas que hasta han sido admitidas en los museos europeos como obras inocentes de nuestros días, dado que son los museos los libros que leemos con los ojos.

Déjese, pues, de censurar el naturalismo del siglo xvi, el naturalismo en el arte. Mientras se sepa dibujar no habrá quien resucite las madonnas de Cimabue, paseadas procesionalmente por Florencia y cantadas por el Dante.

Que el Renacimiento no profanó el culto de la forma nos lo dice la historia entera de sus grandes artistas. Cítese una sola Venus, un sólo Cupido, un sólo Adonis que no puedan ser contemplados libremente por viejos y jóvenes, por matronas y por doncellas, con la misma libertad que todos ansiamos y gustamos disfrutar el aire oxigenado de los bosques, es decir, que no deban ser contemplados para gozar sin límites el placer estético.

¿Qué pudieron los que encontraron excesivas las desnudeces carnales del Juicio final, de Miguel Angel, del gran cuadro de la capilla Sixtina, de la capilla particular del Papa? Nada. Los que quisieron vestirlas, los que se sentían ofendidos por aquellas formas, que no eran las que salieron del pincel de Rubens más tarde sino las que brota-

ban del pincel del gran anatómico del arte, del que lo empleaba, lo mismo que su cincel, para enseñar anatomía á todos, es decir, la ciencia elemental ó fundamental de la medicina aun proscripta entonces por la Iglesia á causa del perjuicio que causaba el estúpido dogma de la resurrección de la carne, eran los únicos eróticos de aquella sociedad, porque jamás la forma humana rectamente sentida por el arte podrá causar otro sentimiento que el puro y honesto de la belleza divina. Y tanto es así, que el mismo cristianismo se apresuró á desnudar al Cristo en la Cruz, en donde lo pintaba y clavaba vestido la rígida Edad Media en sus grandes tiempos, tan pronto llegó á dominar el arte de expresar la forma humana con sentido natural y habilidad artística.

Pero ya hemos dicho que de la antigüedad renacía lo decadente, y esto lo mismo en artes que en costumbres; por consiguiente, el Renacimiento había de caer víctima de los mismos vicios que restauraba y habían acabado con la sociedad antigua.

No era, pues, el arte el que venía á corromper la sociedad del Renacimiento; el arte, esta vez como las otras, era el corrompido.

Sin los vicios sociales que se desarrollaron merced al gran incremento que tomó en el siglo xvi la riqueza pública, y merced al olvido de la moral frailuna de la Edad Media, la cual no se reemplazó con otra fundada en la conciencia universal, sino en preceptos del civilismo antiguo, Rafael no hubiera descendido hasta el punto de ser el pintor escenógrafo del Papa; hubiera podido pintar una y mil Galateas, hubiera podido reemplazar á la Fornarina por cien Fornarinas, pero no se hubiera consumido en el seno de aquella sociedad que mataba á hombres de hierro como Francisco I de Francia, pues para resistirla se necesitaban cuerpos y almas de acero como Carlos I de España y V de Alemania.

Esto dicho, se comprenderá que el arte llegase á una altura desconocida.

No queremos comparar los grandes mármoles del Renacimiento con los de Grecia. Dura poco en el siglo xvi, y aunque hubiese durado todo el siglo no hubiera bastado, el culto de la forma, para que los grandes estatuarios italianos pudieran eclipsar la gloria de los estatuarios griegos; pero basta de seguro el nombre inmortal de Miguel Angel para asegurar que el autor del Laocón y el del Moisés se hubieran entendido.

Si el cincel de Miguel Angel era ó no capaz de expresar las delicadezas del arte griego, díganlo sus estatuas florentinas de los sepulcros de los Médicis.

Que el arte escultórico degenerara rápidamente después de Miguel Angel, se comprende.

Sansovino pudo sostenerlo con honor y hasta con gloria; pero es propio de los grandes genios dominar y sorprender tanto con sus grandes virtudes como con sus grandes defectos.

Fueron muchos los que no vieron en Miguel Angel la línea sino la expresión, y esta gran cualidad del genio de Buonarroti, exagerada hasta el último extremo, acaba por producir un Bernini, quien da al traste con todas las reglas del arte y reemplaza la expresión por el efecto.

Desde este momento la decadencia es segura. Las grandes cualidades artísticas de Bernini desaparecerán á los ojos de sus imitadores, quienes no verán en él mas que su talento teatral y su exaltada imaginación. Nadie reparará en la delicadeza con que trata el marmol, nadie se fijará en la delicadeza que tiene su cincel para expresar la

morbidez de la carne; nadie por otra parte procurará imitar al Bernini cuando esculpe el sepulcro del Papa Urbano VIII, sino aquella concepción barroca de las estátuas estrujando sus hinchados pechos para que arrojen sobre el cuerpo del difunto pontífice la leche de la Justicia y de la Caridad.

La pintura siguió el mismo camino. Los grandes maestros del siglo xv y sus grandes discípulos desaparecen dentro del primer tercio del siglo xvi. Diríase que Miguel Angel se perpetuó en aquel marmol destinado al sepulcro de Julio II, en aquel Moisés capaz de desafiar por su maciza estructura y la robustez de su cincelado el tiempo y la injusticia con que se ha querido juzgarle.

Prolongaron la época de los grandes maestros, de los Ticianos, Giorgones, del Santo, Rafael, Corregio, los Parmesanos, Tintoretos y Veronesos, pero véase esa escuela veneciana con sus grandes lujos y boatos y se notará que la inmensidad de sus telas corresponde ya á la inmensidad de la distancia que el arte ha recorrido, esto es, á la distancia que va de la composición artística á la composición teatral.

Ya no se busca mas que el efecto y la riqueza en el color, y la imitación toma tan grande vuelo, que los más grandes pintores se pudren en la copia de los mil objetos de las artes suntuarias con que se adornan unas bodas de Canaan ó un retrato.

El cuadro ha de ser ya la expresión, la imagen, la fotografía, como diríamos hoy, de esa sociedad de ricos banqueros de Florencia, ó de esos ricos y aristocráticos comerciantes de Venecia; por esto muere primero la pintura en Florencia que en Venecia, porque aquí se mantiene todavía en pie la aristocracia, merced á los capitales acumulados, porque sólo las aristocracias guardan para el porvenir.

Las artes suntuarias, ó como dicen, las artes del lujo, merecen capítulo aparte.



CAPÍTULO XXVII

LAS ARTES Suntuarias ITALIANAS



E todas las artes suntuarias la platería con todas sus variedades es la que parece interesar más directamente al lujo; así no es de extrañar que todas las naciones poseyeran en la Edad Media orfebres de valía, pues todo lo que es de primera necesidad para un pueblo, sea en el orden que quiera, tiene cultivadores, y desde este momento ha de tener por fuerza maestros. De modo, que si fuese necesario demostrar por el arte cómo el lujo es esencial en el hombre, no habría mas que hacer la historia de la orfebrería, que nos enseñaría como mientras otras artes, al parecer no menos esenciales, no salen de un estado rudimentario, la platería joyería alcanza grandes alturas.

Italia, sin embargo, hubo de adelantarse á todos los pueblos, como se adelanta su Renacimiento al del resto del mundo en un siglo.

Los orfebres italianos del siglo xv son aún hoy los maestros de la orfebrería.

Empieza la historia de este gran periodo con la de la construcción del gran retablo ó altar mayor del baptisterio de San Juan de Florencia, obra de varios autores en la parte que tiene del siglo xiv, pero obra de Paolo y Michelozzo para lo principal, que corresponde al siglo xv. En esta obra incomparable para la historia del arte puede seguirse la del Renacimiento paso á paso, hasta llegar á su florecimiento, hasta llegar á la época de Ghiberti, el rival, como hemos contado, de Donatello y Brunelleschi.

Cierto que á Ghiberti lo conocemos sólo como escultor, como el autor de las puertas en bronce del dicho baptisterio, pero Ghiberti era de oficio platero, y platero fué siempre. Dos mitras trabajó; una para Martín V, y otra para Eugenio IV; sabemos que es-

tas mitras de oro tenían varias figuras y relieves, que estaban cuajadas de pedrería, y que la mitra de Eugenio IV pesaba quince libras de metal mas cinco libras y media que pesaba la pedrería. ¿Se quiere una prueba más palpable del inmenso crédito del artista y del coste y la labor de esa mitra de veinte y media libras de peso? Sólo la moda de la orfebrería, sólo el gran renombre del artista explican que un Papa se determinase á cargar con tal peso sobre su cabeza. ¿Y su coste?

Possible es que este se conozca y que nosotros lo ignoremos, dado que los Papas eran muy minuciosos en sus libros de caja. Pero conocido ó no su coste, que nunca podrá parecernos excesivo tratándose de una obra de Ghiberti, es ahora ocasión de demostrar, ó mejor, de hacer notar lo que tantas veces queda probado, cómo la Iglesia, cómo el culto católico ha sido siempre un factor de los más importantes, si no el más decisivo, del lujo europeo; porque bien se comprende que á imitación del Papa, los grandes potentados de la época habían de coronar su cabeza de pedrería. Si hoy el Papa tiene en su cabeza tiaras de 10.000 duros, como la última de Pío IX, y los potentados sólo sombreros de cinco duros, esto es debido á la moda. Invente ésta y acredite el adorno de nuestras chimeneas con pedrería, y pronto el Papa dejará de deslumbrar con su corona de brillantes.

No fué dado, sin embargo, á Paolo y Michelozzo rematar la obra que habían emprendido. Superior ésta á las fuerzas de una generación, fué necesario que la gran generación del siglo xv dejase en él la imagen de su gusto, de su saber y de su arte. Pallaiuolo, Cenni y Verrochio, el maestro de Leonardo Vinci, hubieron de demostrar en él á qué altura había llegado el arte del repujado en Italia, el arte del verdadero escultor orfebre, pues el vaciado y cincelado es sobrado vulgar para los artistas de talento.

Si Verrochio tiene una parte principal en la historia de la escultura, Pallaiuolo era platero por excelencia, con tienda abierta en la capital de Toscana. Así Pallaiuolo cultivaba todas las ramas de la orfebrería y sus *Paces* esmaltadas se citan como verdaderos cuadros de orfebrería.

Fué precisamente con motivo de esas *Paces* cuando un platero de gran talento, Finiguerra, inventó el grabado. Víñole la idea de sacar una prueba de un trabajo suyo para darse cuenta de su marcha, pues grabándose al contorno las imágenes de las mismas, cuyo perfil se llenaba de esmalte, se comprende que si primero se llenaba de un polvo de color cualquiera y luego se sacaba una impresión, el resultado era poseer un grabado. De modo, que para el grabado sucede lo que en la astronomía para el movimiento de la tierra; que lo sentíamos, lo poseímos y no nos dábamos cuenta. Finiguerra, pues, si llegó á inventar el grabado, cuando éste existía hacia ya siglos, si llegó, pues, á sacar de una plancha de metal grabada una serie de reproducciones en papel, lo que no hizo nadie antes que él, se adivina que fué por su pasión por los *niellos*, lo cual constituía su verdadera especialidad.

Llegamos ahora al siglo del Renacimiento. ¿Qué hará Italia para igualar ó sostener lo hecho en el siglo xv?

Nació por fortuna con el siglo, el hombre más popular, esto es, más conocido en orfebrería, Benvenuto Cellini.

Todas las grandes colecciones de Europa poseen por lo menos una obra de la escuela de Cellini, ó más, del mismo maestro. Su celebridad es hoy tan grande, como la

que tuvo en vida, y es posible que también hoy, esta celebridad le salvara de ir al patíbulo ó á presidio, á donde le tuvieron que llevar más de una vez sus puñaladas y estocadas traicioneras, y estafas.

Cuando no es posible hablar del hombre sino con el mayor disgusto; cuando del artista teórico práctico no es posible hablar sino con el mayor elogio; cuando este hombre tan vil y miserable fué el ídolo de los papas, de los reyes y de los grandes duques de la época; cuando frecuentó y tuvo palacios debidos á su munificencia, ¿no es cosa de preguntarnos si hay una relación entre el siglo y Cellini, entre el gran lujo de su tiempo y el gran proveedor del lujo?

Nosotros creemos en esta relación. Cuéntase que cuando Cellini remataba una de sus obras, nada era para él más doloroso como el desprenderse de ella, y que más de una vez procuró recobrarla con la punta de su puñal ó con la punta de su cincel en puñal convertido. Locura de artista, se dirá. No; Rafael, Ticiano y Cellini, vivieron todos la vida de su siglo. El austero Miguel Angel fué una excepción. Sin su temperamento realmente republicano, difícil le hubiera sido escapar á las tentaciones de una época que inaugura el reinado de las queridas reales. Nosotros creemos que Cellini fué una víctima de lo que hay de depravado en el fondo del lujo, de ese lujo embriagador que él

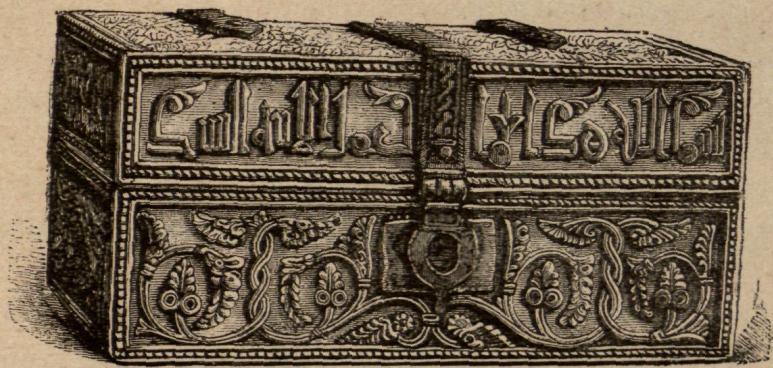


Fig. 193.—

fomentaba y cumplía y que no podía gozar, puesto que de él vivía al venderlo. Estudiado desde este punto Cellini, creemos que podría dar lugar á un libro muy interesante, dado que el gran artista, en todas las partes de su arte demostró su genio irresistible. En escultura, nos ha dejado su Perseo; en grande y pequeña platería, como se decía en su tiempo, en platería y joyería, como decimos hoy, nos ha dejado piezas incomparables, tanto por su elegancia y buen gusto, como por su perfección técnica. Sin embargo, háse notado, si no como una especialidad de Cellini, como un ramo en el que nadie le ha igualado, su arte singular en montar una pieza de cristal ó una piedra cualquiera. En efecto, en esta clase de trabajos no tiene rival Benvenuto, como tampoco creemos que lo tenga en esas joyas de oro macizo esmaltadas, en las cuales la elegancia resulta incomparable.

Merece notarse, sin embargo, una particularidad no sólo propia de la orfebrería italiana, sino de la española, que casi rayó en el siglo xvi á una misma altura; ni una ni otra nación tienen esmaltadores; este arte del que en un principio parece que van á disputarse la primacía franceses y alemanes, queda siendo francés y lo es aun hoy día. Pú-

dose en los pasados tiempos tal vez, atribuir esto á que el gran desarrollo que alcanzó la gran pintura en Italia y España perjudicó el desarrollo de la esmaltería, pero como esto no sucede hoy en Francia, en donde existen paralelas sus grandes escuelas de esmaltería y pintura, hemos de creer que tal vez se deba esto á la falta de disposición para la miniatura, género en el cual sobresalen extraordinariamente los franceses en la Edad Media, como lo indica la ilustración de los libros de la época. De todas maneras, es un hecho notable del cual creemos que la explicación inmediata debe buscarse en la concentración que de todos tiempos operan en Francia las artes del lujo, como país clásico de la moda, pues ya en los mismos días de la época gala, notaron los romanos en ese pueblo una gran pasión por el atavío, y la verdad es que esa pasión en todo el curso de la historia de Francia parece una pasión natural. Así se comprende que ésta y todas las demás artes suntuarias tengan en Francia cultivadores en todos los tiempos; pues ¿cómo podría dar el tono, la moda, si no pudiese tocar todos sus registros?

Pero volviendo á Cellini, ya que tras él el cetro de la orfebrería pasa de Italia al extranjero, precisa conocer la vida de este hombre, cuyos caractéres generales hemos indicado, no tanto porque su vida la dejó escrita en sus *Memorias*, y es siempre altamente instructivo y moralizador conocer las relaciones que existen entre la sociedad civil y la artística, sino porque no se puede llegar á un conocimiento más cierto del carácter del lujo del Renacimiento, como viendo lo que se pide y cómo se pide á uno de sus más grandes promovedores, como hemos dicho.

Benvenuto, como le llaman los italianos, escribió sus *Memorias* casi en la vejez; la mano acostumbrada á manejar el cincel, no lo soltó para tomar la pluma sino cuando ya no pudo manejarlo para cincelar una de sus bellas joyas ó para abrir el pecho á un enemigo.

Hijo Benvenuto de antigua familia señorial dada al manejo de las armas, sus padres habían ejercitado las artes, y según él cuenta, Juan Cellini fué uno de los mejores factores de órganos, violas y demás instrumentos de igual índole, de la corte de Lorenzo de Médicis; esto amén de trabajar el marfil como ningún otro italiano lo hubiese hecho antes que él, según su mismo hijo asegura.

Los primeros años de su juventud fueron una continua y porfiada lucha entre el padre y el hijo, porque el padre quería hacer del hijo un músico, un flautista, instrumento que el padre tocaba con gran habilidad, en tanto que su hijo sentía todas sus preferencias por la escultura y la platería. Gracias á una transacción, el joven Cellini pudo dedicarse á sus estudios favoritos, pero sin dejar de complacer al padre tocando la flauta y aun el cuerno, para lo que le creía destinado su padre.

Pero he aquí que cuando no tenía más que dieciocho años, habiéndose batido su hermano en duelo, corrió en su auxilio espada en mano para vengarlo, pero sólo consiguió ahora quedar sujeto á responsabilidad, y el tribunal le desterró de Florencia por espacio de seis meses, pasando en su consecuencia á Viena, y del taller del platero Marcone Antonio di Sandro al de Castoro. Pero en Viena no se encontró bien y se trasladó á Bolonia á casa de Ercules del Fiffero, en donde le conoció un judío que se dedicó á explotar sus ya notables cualidades de platero. Este fué el primer dinero que ganó Benvenuto.

Terminado su destierro regresó á Florencia por poco tiempo, pues se marchó luego á Pisa, en donde él mismo cuenta que hizo grandes progresos en casa de Chiostra, dividiendo allí su tiempo entre el trabajo de la tienda y el estudio del arte antiguo, cuyas excelencias Benvenuto pondera con gran entusiasmo.

Cansado de su estancia en Pisa regresó á Florencia, volvió al taller de Marcone, y como por este tiempo (1518) regresara Torrigiano, el que de un puñetazo rompió por celos la nariz de Miguel Angel, y hablara de sus grandes hazañas llevadas á cabo en Lóndres con «aquellos animales de ingleses», se sintió atraído por el bravo escultor, que le ofreció su protección, pero como Benvenuto era aun más fanfarrón que su maestro, no tardó en hacerse incompatible con su hombre, siempre dispuesto á sobrepujar á todos en todos los terrenos.

Valióle esta ruptura el intimar con el nieto de Fra Filippo, el hijo de Filippino Lippi, y con él pasó dos años en su mismo taller estudiando con entusiasmo los dibujos del primero, copias de las antigüedades romanas.

Gozaba ya Cellini, apesar de no contar más que veinte años, de consideración entre la gente de su oficio, pero como entonces el desideratum de los artistas era Roma, Cellini se juntó con un amigo suyo como él rico en juventud, pero pobre de bolsa, con el escultor Tasso, y se escaparon de Florencia.

Entró Benvenuto en Roma en la tienda del platero Juan de Firenzuola, quien desde luego le encargó un trabajo de importancia para un cardenal. Hizo este trabajo su reputación en Roma, y el joven orfebre se vió desde entonces acosado por todos los patronos, pasando de uno á otro, gracias á su carácter tornadizo, no sin dejar un díía clavado su puñal en el corazón de un rival.

Pero fué el obispo de Salamanca, residente en Roma á la sazón, quien le introdujo en el gran mundo encargándole un trabajo de importancia, que le valió varios encargos de los cardenales Cibo, Cornaro, Ridolfi y Salviati.

Tanto favor se le subió á la cabeza y Benvenuto se declaró ya al nivel de todos sus colegas; todo lo que ellos hacían lo quería hacer él mejor, y quién sabe ya á dónde hubiera llegado, si la peste, declarándose en Roma no hubiera paralizado el trabajo y los encargos, lo cual tuvo por consecuencia hacer de él un mercader de antigüedades, lo que le valió no sólo ganar mucho dinero, sino el estudio más íntimo de la antigüedad, cuyo sello se notó en todas sus producciones.

Pero viene tras la peste el sitio de Roma por el Condestable de Borbón, y Cellini, gran tirador, se presenta en las murallas con su arcabuz al hombro. Se acerca á las mismas el príncipe de Orange, y Cellini le derriba de un tiro; da su asalto el Condestable, y Cellini le mata de un disparo, porque Cellini no consiente que nadie haga lo que él pudo hacer; así no hay acción que él no se atribuya. Pero como sus terribles fanfarronadas van acompañadas siempre de puñaladas, son más los que creen que los que no creen lo que de sí cuenta Cellini, y el mismo Papa Clemente acaba «por absolverle de todos los homicidios cometidos y de todos los que pudiera cometer en el servicio de la Iglesia apostólica.»

Esta inmoral absolución de los crímenes cometidos por Cellini, de los verdaderos y de los supuestos, hecha por un papa, retrata la época. Fíjense en ella los detractores de las artes y digan qué influencia podía ejercer sobre ellas el lujo. El crimen conver-

tido en ley del Estado, he aquí lo que significa la absolución de Cellini, que no fué más que la primera.

En efecto; cuando se trató de escapar de Roma, el Papa Clemente llamó á Benvenuto para que sacara de las tiaras papales la pedrería que él y su favorito Cavalierino cosieron luego en sus vestidos para salvarla, mientras que se reducía á lingotes de oro el de las tiaras, no sin que quedase parte de este metal entre los dedos de Benvenuto, como él mismo confesó más tarde, reduciendo, sin embargo, la importancia de su latrocinio.

Cellini trabajó después en Milán; de esta ciudad regresó á Florencia, en donde había ya muerto su padre, saliendo de ella al declarar Clemente la guerra á la ciudad de los Médicis, y por haberle llamado el Papa á su lado excusóse de emplear su oro en nuevos trabajos de orfebrería, con saber y todo que había sido su tesoro víctima de su indelicadeza; pero así eran los tiempos: cuando se perdonaban los pecados mortales y se concedía autorización para cometer otros nuevos, el robo no podía ser más que un pecado venial.

No podemos detenernos ahora en narrar los duelos y asesinatos cometidos por Cellini, pero de éstos hay uno que merece recordarse, por lo que retrata la época.

Un arcabucero había muerto á un hermano suyo, y Cellini procuró siempre en balde la ocasión de vengar á su hermano. Pero he aquí que el matador se le presentó un día en Roma sentado en el dintel de una casa; verle Benvenuto, que andaba espiándole y asestarle una feroz puñalada, fué todo uno. Pero el puñal, desviado por un rápido movimiento del arcabucero, que se apercibió del atentado, fué sólo á herirle en la parte superior del hombro.

Despavorido el arcabucero, echó á correr por la calle, persiguiéndole siempre Benvenuto armado de su puñal, «que parecía un cuchillo de caza», y como corría—dice—llevando la cabeza muy baja le pegó tan fuerte cuchillada, que penetrando el puñal «por entre el hueso del cuello y la nuca», no pudo luego sacarlo «por más que hizo», quedando allí clavado.

En esto falleció el Papa Clemente, y Benvenuto pudo temer por un momento que se quedaba sin protector, y esto en el momento mismo en que se había metido á madero falso, pues Cellini después de haber grabado varios cuños para el Papa los grabó para los que falsearon su moneda, y el nuevo Papa Pablo III, ó sea Pablo Farnesio, prendado de su pariente el príncipe Pedro Pablo Farnesio, se puso del lado de éste en unas cuestiones gravísimas surgidas entre el príncipe y el orfebre, tanto que éste acusaba á aquél de haber querido envenenarle. Pero esto no quiere decir que Pablo III no hubiese hecho serios encargos al platero de su antecesor.

No encontrándose, pues, bien Cellini al lado de los Farnesios en Roma, escapó á Venecia y regresó luego á Florencia; mas como el lujo de la época no podía prescindir del cincel de Cellini, el Papa, apesar de toda su seriedad, se vió obligado á perdonarle de nuevo sus homicidios y sus latrocinios, y mediante una solemne y pública confesión de sus faltas y del propósito de enmienda para lo futuro, Benvenuto se encontró perdonado y en disposición de subir puro y sin mancha al cielo, de cuyo color era el traje y manto que vistió en la procesión pública en que se presentó el gran platero como penitente.

Pero el nuevo Papa y Cellini no podían entenderse. El primero sin ser avaro era

económico, y el segundo era un pródigo de lo suyo y de lo ajenos; así rompió con su protector, y como tampoco pudo acomodarse con nuestro Carlos I, pasó á Francia, pero en tan mala conyuntura, que Francisco I no pudo ocuparse del gran artista, cuando todo el oro y toda la plata de su reino apenas si le habían de bastar para atender á los gastos de la guerra que le movía su rival.

Tuvo, pues, que regresar mal su grado á Italia, pero con fortuna tan grande, que intimó con el cardenal de Ferrara, que le dió trabajo y le cubrió de toda su protección en los momentos más difíciles que entonces pasó.

Estamos en 1539 y en Roma, en donde regresó, sin pensar en lo muy agraviado que había de estar el Papa con su conducta. Así, pues, apesar de la absolución general de sus crímenes y delitos, le hizo prender y encerrar en el Castillo de San Angelo con el pretexto de no ser cierto lo que había confesado de sus latrocinos, con motivo de lo de las tiaras. Aquí hemos de renunciar á contar todo lo que le pasó en su dura cárcel, de la que consiguió escapar tras una tentativa de evasión, que le valió el romperse una pierna, pero no sin que al escapar le prendieran á poco y le volvieran á su encierro, del cual salió en definitiva, gracias al cardenal de Ferrara; pero sí diremos que allí sus exaltaciones místicas se recrudecieron; que vió á Dios y á sus ángeles, como antes había visto en el Coliseo á las vírgenes mártires, lo cual nos presenta este otro aspecto de la sociedad de su tiempo, fanática hasta el extremo, en medio de su libertinaje pagano.

De este momento de su vida es el célebre salero de Viena representando la Tierra y el Océano, única obra de platería bien conocida como obra de Benvenuto.

Este salero hizo su fortuna en Francia. El rey Francisco I se prendió de su obra en la cual el primor de la ejecución es una maravilla, y le dió para vivir en París una pensión de 700 escudos anuales, mas 100 para cada uno de sus discípulos Ascanio y Paolo, y el pequeño hotel de Nesle, que ocupaba el prevoste de París y no quería abandonar, hasta el punto de haberle sido preciso á Cellini atacar su casa arcabuz en mano para desalojar de la misma á sus inquilinos.

El primer trabajo que el rey le encargó fué la labra de doce estatuas de plata, tamaño natural, seis de dioses y seis de diosas, para que pudieran servir de candelabros para su mesa; pero de esta obra que tan á las claras revela el gusto desenfrenado de la época, Benvenuto hizo los modelos de las estatuas de Júpiter y Juno, de Apolo y Vulcano, realizando la primera en obra.

Cuando terminó su Júpiter había también terminado su prestigio al lado de Francisco I; éste había inaugurado el reinado de las reales queridas, y la duquesa de Etampes no podía sufrir á Benvenuto, que no pensó en hacerle la corte sino demasiado tarde, cuando la vengativa duquesa le había suscitado ya un rival en Primaticio, que había ido á Roma para vaciar las grandes estatuas clásicas del Laocon, Apolo, etc., que aún hoy adornan el jardín de las Tullerías, y cuyas obras, admirables por su ejecución, dejaban reducido á lo que es en sí el arte del Renacimiento cuando se le compara con el arte antiguo, esto es, á un arte elegante, de buen gusto, pero sin ninguna de aquellas cualidades viriles que caracterizan la estatuaria antigua.

Benvenuto resultaba, pues, vencido en el ánimo del rey, lo mismo como artista que como hombre. Lo comprendió así, y ya no trató más que de la manera de escapar de

Francia; así, cuando llegó la ocasión, echó á correr llevándose cuanto de precioso había en su taller; pero su discípulo Ascanio, que hacía tiempo se había establecido por su cuenta en París y era uno de sus enemigos, salió tras él, le alcanzó y le hizo soltar tres grandes vasos de plata que llevaba en su bagaje por distracción, pues los señores de la Tesorería juraban que no se les había entregado en obras el equivalente de la plata que se le había puesto en las manos.

Regresó Cellini á Florencia, en donde el duque Cosme de Médicis aceptó desde luego su proyecto de una estatua de Perseo, no la que realizó, pues al cabo de un año, y sin que se sepa el motivo, escapó á Venecia maldiciendo su fortuna y á sus enemigos; y aunque esto da motivo para pensar en alguna nueva infamia, hay quien supone que todo fué comedia, y que Benvenuto no fué sino un espía enviado por los Médicis á Venecia, pues es lo cierto que al año regresaba sin miedo á Florencia y continuaba sus trabajos para la casa ducal, para Cosme las estatuas y para la duquesa las joyas.

No se crea que ahora Cellini agobiado por el trabajo se entregara sólo á éste con todo su ardor. No: el platero, que cuando quería se presentaba como escultor, no podían sufrirle los escultores; así Baccio Bandinelli no le daba otro nombre que el de «nuevo escultor», con lo cual quería significar que era nuevo en el arte, es decir, que no había aun llegado, lo cual era más que suficiente para exaltar la bilis de un hombre tan irritable como Cellini.

Llegamos con esto al año 1548, al año de la fundición de su Perseo, de esa hermosa estatua que es su obra maestra y que aun hoy día puede verse en Florencia en la Loggia de los Lanzi.

Cuando se leen en sus *Memorias* sus angustias de escultor y de fundidor, se comprende que en su alma pasó algo de extraordinario. Tal vez comprendió entonces, él que se sentía grande artista, que la oposición que encontraba en todas partes la desataba el hombre, no el artista, y como era en aquel momento el artista y no el hombre el que entraba en juego, el artista en aquella suprema lucha, para fundar su gloria, purificó y transformó al hombre, pues ya desde aquel momento, es decir, cuando Benvenuto no contaba sino cuarenta y ocho años y, por consiguiente, se encontraba en toda la fuerza de la vida, refrenó su carácter perverso, y en adelante ya no hay que poner en su cuenta ni un nuevo desorden, ni un nuevo latrocinio, ni un nuevo asesinato.

Un detalle de esa fundición de la estatua de Perseo interesa, sin embargo, á la *Historia del Lujo*.

Benvenuto, poseído de una ansia mortal, se había acostado no pudiendo resistir un momento más la fiebre que le devoraba; tan grande era su temor de fallir en la obra de la fundición de su estatua; temor que hoy no tendría escultor alguno moderno, que abandona su modelo á los fundidores de oficio.

En lo más agudo de la fiebre le fueron á dar aviso de que las cosas no marchaban bien, y aquí tenemos á nuestro héroe corriendo de un lado á otro, poseído de insensato furor, para lograr normalizar la marcha del metal, el cual se coagulaba, y como no bastase ya todo el estaño de su taller para licuarlo, cogió toda su vajilla de estaño, compuesta de doscientas piezas, y la arrojó á su horno. Con esto salvó su obra

comprometida, y al otro día para celebrarlo tuvo que comprar platos de tierra para comer.

Recuérdese que Cellini era un hombre soltero, que no tenía nada de gran señor y que, por consiguiente, su vajilla de doscientas piezas constituía para él un lujo de vajilla extraordinario, y luego recuérdese esto cuando hablemos del lujo de las vajillas de las grandes familias, lo cual acaba por constituir una característica del lujo de las grandes familias españolas.

Ya lo hemos dicho, Cellini transfigurado no nos interesa en lo sucesivo más que como artista y no podemos aquí detenernos á contar las mil obras que aun salieron de sus manos de joyero. Su extremada habilidad y delicadeza de ejecución influyó en la platería, como había influído en la estatuaria Miguel Angel, esto es, desnaturalizando y abriendo el periodo de la decadencia que principió ya en vida suya, pues no bajó al sepulcro hasta 1571.

Los que quisieron imitarle amontonando como él las figuras, las hojas, los frutos, los lazos; los que como él quisieron unir el trabajo del esmaltador al de cincelador, sin medir sus fuerzas, no lograron sino producir obras confusas y sin gracia. La riqueza acabó por sustituir al arte, y desde aquel momento la prodigalidad se apoderó del arte que precisamente más costoso resulta para la sociedad.

Cellini además influyó de una manera tan poderosa en toda Europa, que bien puede asegurarse que más hizo él para desarrollar la influencia italiana que Rafael, Ticiano, Vinci y Miguel Angel juntos, porque en una época en que los hombres, tanto como las mujeres, ó más, llevaban toda clase de dijes y joyas, poder cubrirse con joyas de Vinci, placer y orgullo, naturalmente, sólo reservado á los potentados, era la mayor de las satisfacciones de la vanidad humana. Así, pues, á falta de joyas de Cellini, había las joyas á lo Cellini, y de aquí tantas y tan admirables obras de un periodo realmente elegante y artístico de la joyería, pues en ninguna otra época el estudio de las proporciones fué objeto de más especial cuidado, que no hubo en la época del Renacimiento escultor alguno que quisiera llegar al ideal griego.

Y porque esto lo dijo nuestro Arphe y Villaña, contemporáneo de Cellini y su segundo en el arte del platero, hemos de trasladar una de sus octavas de su libro de *Varia Commensuración* para que se vea cómo conocían perfectamente los verdaderos principios del arte los plateros del Renacimiento.

Así dijo Arphe:

Cuando se ha de formar un candelero,
es doble proporción la más galana;
hácese de arandela, pie y mechero,
pedestal, balaustres y manzana:
todo va guarnecido, mas primero
se hace su figura toda llana,
que sólo el talle bueno le conviene,
que todo lo demás, ni va, ni viene.

Pero no podemos pasar adelante una vez citado Arphe á los plateros barceloneses, cuyo extraordinario mérito podemos hoy estimar, no porque conozcamos las obras que

salieron de sus manos, sino por las que proyectaron unidas á la fama de sus nombres en el extranjero.

Nos han conservado los registros pontificales varios nombres de plateros catalanes del siglo xv, lo cual demuestra que se habían perpetuado las grandes tradiciones de Pere Bernec de que antes hemos hablado; pero al llegar al siglo xvi nos encontramos con un libro—tres volúmenes—único en el mundo y de una importancia extraordinaria en la historia de la platería española; tal es el libro de pasantía de los maestros plateros de Barcelona, en donde se conservan los dibujos originales hechos por los que tomaban la maestría en nuestra ciudad durante los siglos xvi y xvii.

No hay más que examinar las páginas de ese libro, para ver como el arte italiano había penetrado en España, y con cuánto gusto era cultivado en Barcelona.

Consúltense las planchas de la *Orfebrería en España* del barón de Davillier, y dígase cuán difícilmente se adjudicarían á la platería barcelonesa las obras allí dibujadas, si no se conociera su procedencia. Esto nos dice que es necesario trabajar de firme para reivindicar lo que pasa por extranjero siendo nuestro, y decir muy alto que los Ros, los Poch, los Ximenes, los Valdés, los Soler, los Cristófol, etc., merecen un puesto principal entre los primeros plateros del mundo.

Una particularidad hemos de hacer notar, la cual prueba cómo se celaba el perfeccionamiento del arte por el gremio barcelonés.

Cuando un platero se ausentaba de Barcelona por más de un año y un día, no podía volver á formar parte del gremio sin hacer nueva pasantía y pagar lo que debía al mismo, por el tiempo de su ausencia. Con esto, evidentemente se quería probar que aquel agremiado no había dejado durante su ausencia de practicar su arte, de modo que continuaba tan capaz para el oficio como antes de ausentarse, formalidad de que no se libraban aun los que más celebridad habían adquirido. Pruébase el caso con Felipe Ros y con Poch.

Poch había conseguido nada menos que ascender al cargo de platero de la emperatriz, esto es, de la esposa de Carlos I, y sus obras, que hubieron de ser notables y muchas durante los treinta y siete que estuvo á su servicio, no le absolvieron de su obligación de una nueva prueba, si quería volver al gremio que le había recibido en 1551. De modo, que si contamos para Poch en 1551, cuando entra en el servicio de la emperatriz, no más que veinticinco años, tenemos que Poch se sometió á una nueva prueba á los sesenta y dos.

Sesenta y dos años, pues, podía contar Poch cuando proyectó el precioso aguamanil de tamaño natural del libro de los plateros de Barcelona, aguamanil cuyo vientre está adornado con una danza de amores, flores y guirnaldas, acreditando un talento en toda su lozanía, y cuánto es de lamentar que no conozcamos sus obras realizadas (1).

(1) En estos términos confesó en su segunda pasantía su petición Poch:
 «Digo yo, Pere Joan Poch, platero de la Mag. de la Imperatriz, mi señora, que por quanto fui examinado en esta confradía de Santiloy desta platería de Barcelona, como consta por mi examen que parece en esta hoja presente deste libro, y por aver estado ausente desta ciudad en servicio de la dicha Magestad, y haber en esta dicha confradía orden que faltando el platero examinado un año y un día de la dicha ciudad, y ha de tornar á pedir licencia á la dicha confradía y pagar lo terno de cada un any de la dicha ausencia, para poder usar de tal examen; y asi yo por mi ausencia y no romper dicha orden, lo pido á los señores plateros, siendo cónsules M. Vidal y M. Busot, y mayordomos M. Felip Ros y M. Salla, e juntamente con los otros oficiales de dicha confradía me fué concedida, dejándome á mi voluntad la paga del terno sueldo; y yo, vista tanta merced y buena voluntad y corresponder á lo que estoy obligado, digo que les quiero pagar por entero desde que falté, que es desde el año 1551 hasta 1587, que serán treinta y siete años, y porque en este tiempo presente no me hallo con el sueldo, me hago deudor de cinco libras catalanas que monta dicho tiempo; y por lo verdad lo firmo de mi nombre á 19 de octubre de 1587.=Pere Joan Poch.»

Esta corta digresión nos ha alejado de Benvenuto y su tiempo. Reléase lo poco que de su desordenada y criminal vida hemos dicho, recuérdese la pública absolución de sus crímenes hecha por dos Papas y en diferentes épocas, véasele continuamente trabajando para papas, cardenales, obispos, emperadores, reyes, príncipes y duques, y siempre con ellos en inmediato contacto, y dígase si hoy sería posible una tal vida. Pues esto que no resulta hoy posible nos dice cuál pudo ser la sociedad de la época de Benvenuto y cuál su influencia.

El lujo debió á Benvenuto las manos más hábiles para satisfacerse en lo que entonces estaba más de moda, como ya sabemos y veremos luego para los demás pueblos europeos; Benvenuto pudo hacer más caro este lujo por amontonar en sus obras las figurillas y todos los recursos de su inventiva, pero esto Cellini no lo hizo para aumentar el valor de los dijes ó joyas que labraba, sino con fin artístico, y esto le absuelve; otro es el caso cuando ya el amontonamiento no aparece sino para dar valor material al objeto.

Benvenuto nos prueba también con su vida criminal, siempre perdonada por los que debían hacer justicia á sus víctimas, que los potentados, todos poseídos de la manía del lujo, no supieron nunca imponer un correctivo al hombre que necesitaban para satisfacer su pasión. Por consiguiente, es la sociedad la que obra sobre Cellini; es la época de los Borgias con sus esbirros, asesinos y venenos, la que enseña á Benvenuto cómo pueden quedar impunes los más atroces delitos. Si Cellini, criminal sin castigo, es un desmoralizador, no lo es el artista, y ahora nos interesa el artista. El arte del lujo, pues, sirvió las pasiones de la época, y no las fomentó porque el arte del siglo XVI, superior á las costumbres, á la moral del tiempo, fué vencido en la lucha que entabló con el vicio siempre creciente, hijo de la holganza de la Edad Media, pues si la vuelta á la antigüedad favoreció el sensualismo de la época, no por esto se dejó de intentar su represión. El arte exótico del siglo XVIII es el antípoda del arte serio y reflexivo del siglo XVI.

Pero hemos notado la vajilla de doscientas piezas de estaño que poseía Benvenuto, y hemos de preguntarnos por la significación de esa vajilla en la historia del arte y del lujo.

El estaño no había tenido hasta nuestros días historiador. Lo humilde del metal, su poca dureza y resistencia, condenaron á perecer las obras del estañero, de esa industria que encontramos ya en pie en todas partes desde principios de la Edad Antigua, sin que decayera en los de la Edad Media y del Renacimiento.

«El estaño—dice su historiador Bapst—considerado como platería tenía tres pañuelos principales que llenar: en la taberna y entre los campesinos servía para los objetos más usuales; la burguesía hacía de él su platería de lujo, y en fin, los grandes señores le colocaban en sus cocinas.

»En el siglo XV aparece el papel del estaño como platería de lujo, y á últimos del mismo, se ve tomar á esta platería un carácter artístico particular, sirviendo nuestro metal para la ejecución de las más bellas obras.

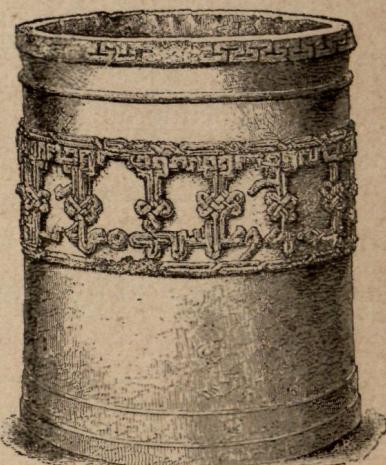


Fig. 194.—Brocado árabe de Toledo

»En el siglo xvi, toda la historia del estaño se confunde con la historia misma del arte.....»

¿Cómo era, pues, la vajilla de estaño de Benvenuto, aquella vajilla que se tragó su estatua de Perseo?

Gazzoni dice que los estañeros que fabricaban toda especie de objetos usuales, tales como platos, tazas, etc., eran unos artistas ambulantes que comparecían con sus productos en los mercados de los pueblos. Esto ó poca cosa más se sabe de los estañeros italianos. ¿Hemos, pues, de creer que la abundante vajilla de Benvenuto tuviera tan humilde origen y carácter?

Háse notado que la gran industria artística estañera parece alimentada por el vaciado de las grandes obras de la platería, antes de que en ella se emplearan los Briot y los Enderlein, y no sería, por tanto, inverosímil suponer que la vajilla de estaño de Benvenuto guardaría más de un vaciado de sus obras.

De todos modos lo que resulta es que los burgueses, como los grandes señores, tenían su lujo de vajilla, lujo que había de llegar á su paroxismo en el siglo xvii.

Otra de las artes italianas de esta época es la vitraria. Los vidrios de Venecia son únicos todavía; el cristal no ha hecho aún su aparición, y la competencia de otros países, de Barcelona, por ejemplo, es insostenible. El cristal mata luego el vidrio en todas partes, menos en su patria de adopción, menos en la ciudad de las lagunas.

Arfe escribió en su último capítulo de *Varia Commesuracion* estas palabras con que cierra su obra:

«Tuvimos propósito de alargar más este capítulo, mostrando algunas piezas de vajilla; y después, visto que todas eran vasijas para beber y otros servicios, y no obligadas á detalle forzoso, sino al antojo de cada uno, parecíanos trabajo excusado, pues los que las hacen de vidrio y barro, son obligados á acertar en esto de manera que á todos los gustos satisfagan, no obstante, que cuando se hayan de hacer de plata ú oro, es necesario en cada una dar su proporción, de manera, que respondan las partes al todo de la vasija en la suerte que quisieren, para saber el artífice lo que hace; y no se irá poco más ó menos en ello, porque en cosas costosas conviene mirarse más que las que cuestan poco y se hacen á soplos y coces, como las de vidrio y barro.»

Nos parece que Arfe dejó correr aquí la pluma contra las obras de la vitraria y cerámica, no contra las de la platería, en punto á vajilla, y que para Arfe no eran dignos del arte la copa de vidrio que Murano soplaba ó el plato que Faenz decoraba. Extraño error en artista de su mérito, porque jamás se medirá el valor de una obra de arte por el del material empleado; y en punto á procedimiento, el soplo, la coz y la mano, ó la vitraria, la cerámica y la platería, pueden con razón llamarse artes hermanas.

Lo que resulta, empero, es que la estética no tiene nada que ver con la vitraria, como sucede para otras producciones artísticas con el material.

En efecto, el vidrio capaz de tomar todas las formas, de recibir todos los colores y metales, capaz de todas las cualidades de la materia, es decir, capaz de gran dureza y resistencia, como de gran flexibilidad y ligereza, opaca unas veces, transparente hasta imitar el cristal otras, es la materia que mejor puede emplear la fantasía para dar forma á sus obras.

Mas la estética racional, que quiere que la forma del producto artístico guarde relación con su destino, exige también de la vitraria que guarde ese decoro que guardan las grandes obras de vidrio de Murano, pero de los que prescinde el producto más industrial que artístico, el producto de moda ó de novedad.

Hoy que su fragilidad, tanto como el cristal, han alejado de las mesas los vidrios de Murano, no podemos comprender cuán bella se ha de presentar una mesa animada por los colores y formas mil de la vitraria veneciana. Pero esta vitraria precisa por no existir otra en el siglo xvi, precisa por sus múltiples y alegres colores, en una época que tenía horror por los colores grises, preferidos por la mezquindad de nuestros tiempos, se comprende que en punto á forma se llegara hasta á la extravagancia.

Rene François, en su *Essay des merveilles de la nature et des plus nobles artifices*, habla de esta manera de los vidrios venecianos en los días de Luis XIII:

«¿Quién fué el que ocultó en el seno de la arena y del casquijo ese metal ligero y delicado, hecho para los ojos y los labios, ese bello tesoro que hace que el vino ría al verse encerrado en el seno milagroso de su enemigo mortal, el agua, labrada en copas y en otras cien mil figuras?

»Murano de Venecia se divierte hace tiempo excitando de esta suerte la sed; y llenando á Europa de mil galanterías de vidrio y de cristal, hace beber á las gentes aunque no tengan ganas de hacerlo: bóbese en un barco de vino, en una góndola; se engulle una pirámide de hypocrás, un campanario, un tonel, una ave, una ballena, un león, toda clase de bestias potables ó no potables.

»El vino se siente sorprendido al tomar formas tan diversas, al ver tantos colores, pues en los vidrios amarillos el clarete se convierte en oro, y el blanco se tiñe de escarlata en un vidrio rojo. ¿No es, pues, cosa deliciosa echarse un trago de escarlata, de oro, de leche ó de azul?»

No hay duda de que el capellán de Luis XIII era un entusiasta partidario de los vidrios de Murano y que prefería sus delicadas y brillantes formas á la rudeza ó á la elegancia de la copa ó del vaso de metal, plata ó estaño, hasta entonces señor exclusivo de todas las mesas.

Nosotros somos de su opinión. Así hemos visto con verdadera satisfacción que haya puesto de nuevo la moda en boga los vidrios de color en las vajillas, y es de esperar que llegarán á generalizarse, aunque sin desterrar el blanco, pero sin dejar que el blanco continúe como hoy siendo el color del buen tono.

En todo esto, notése bien, no hay más que arte. Ciento que la copa de vidrio es más quebradiza que la de cristal, pero también su coste es mucho menor, y se puede llegar á dar al vidrio una dureza suficiente—medio cristal—que dé por resultado que no se consideren las vajillas de vidrio como vajillas de lujo, y que, por lo tanto, no habrá razón para censurar como productos del lujo supérfluo esas bellas obras de la vitraria veneciana, puesto que aun hoy continúa siendo Venecia el centro único de la fabricación del vidrio de vajillas artísticas, lo cual después de todo puede ser el mayor obstáculo que encuentre la vitraria para difundirse, á causa de lo engoroso que es el reponer las piezas quebradas de una vajilla.

Esto dicho, no hay para qué negar que el género barroco de la vitraria veneciana, en general, se merecerá siempre una fuerte oposición por parte de los clásicos y acadé-

micos. Que este defecto de los vidrios venecianos es cierto, no hay para qué negarlo, y nosotros entendemos que fuera de las pequeñas copas, es intolerable. Salviati y Cândiani deberían hoy corregir con mano fuerte ese antiguo estilo que no desaparecerá hasta el día en que se decida Murano á pulverizar los centenares de moldes antiguos que todavía reproducen sus hornos.

La cerámica decorativa continuó en el siglo xvi todavía en manos de los della Robbia, y de éstos salieron las más de las obras que hoy se guardan en los museos como obra de Lucca, apesar de no corresponder á lo que de él conocemos como cierto y á su reputación.

Fué Girolamo della Robbia quien llevó la cerámica decorativa á Francia, y una de las pérdidas más sensibles fué sin duda la demolición del palacio llamado de Madrid, que había llegado hasta 1792, recubierto de placas cerámicas de Girolamo, de buen estilo y efecto á juzgar por lo que de ellas ha quedado.

Este lujo en la decoración de los edificios, ciertamente no tiene nada de censurable por mucho que encareciese su mano de obra. Los países meridionales exigen esa decoración. En donde es todo luz y calor, nada más anti-estético que esas fachadas grises ó blancas que parecen destinadas unas á amortiguar la luz, otras á cegar la gente y á quemar los vegetales con su reverberación.

Recuérdese lo que hizo toda la antigüedad. Los egipcios pintaban las murallas de sus templos. Los asirios, los babilonios y los persas, los esmaltaban y los esmalzan los persas aun hoy día con sus placas cerámicas. Los griegos las pintaban, no haciendo uso más que de los colores primarios. La antigüedad comprendió que era preciso que en la naturaleza fuera todo armónico, y así se pusieron sus casas y templos en armonía con el fondo del cuadro de los mismos. Aquella naturaleza humana, profundamente sensitiva como toda naturaleza primitiva, no hubiera podido sufrir el desentonon de nuestros días; por esto lo mismo en arquitectura, que en la decoración, que en la indumentaria, el tono era el mismo.

Fué preciso que llegara un pueblo anti-artístico y socialista como el romano, para que se inaugurara el reinado del blanco y del negro, que no ha triunfado por completo hasta nuestro siglo. Por esto todas las tentativas de color que se hacen fracasan, porque para llegar á la decoración policroma de los edificios, precisa ante todo policromar al ser humano, y en tanto el hombre no deseche los monacales tonos de sus trajes, no se llegará á restablecer la perdida armonía de la naturaleza.

Que vamos á esta restauración, es innegable. Ciento que no ha mejorado ni poco ni mucho el traje del hombre, pero en cambio las casas se animan interior y exteriormente, aun cuando en estos momentos sufra un contratiempo pasajero ese movimiento.

Difícil le habría de ser á la humanidad sustraerse á la influencia de Alemania, al fin constituida bajo la hegemonía de Prusia. Esta resurrección del imperio alemán, poniendo sobre toda Europa, ha puesto de moda todo lo alemán, y se puede asegurar que nunca había sido estudiada Alemania como lo es hoy. Estúdianla los políticos para conocer el secreto de su fuerza; estúdianla los sabios para conocer el secreto de su energía; los literatos para saber cómo se mantiene vivo el espíritu de sacrificio en un pueblo, y claro está que cuando todo se alemaniza, el arte habrá de sufrir también de esa

influencia, máxime cuando en arquitectura los pueblos germanos se han puesto en este siglo al frente de todos los pueblos de la tierra con su sabia y bella combinación de los principios del arte clásico y del Renacimiento.

Ahora bien, ¿es de Alemania de donde ha venido el reinado de los colores neutros, que es el de su cielo y el de sus llanuras? La triste naturaleza ha penetrado en el interior de sus moradas, como era natural, pero como no es lógico que penetre en las nuestras, en donde lo que es allí natural, aquí es de moda, es decir, que las habitaciones están poco menos que á obscuras, á fuerza de matar la luz. Si esto vieran los griegos y los árabes se morirían de risa, pues jamás comprenderían que se crearan nieblas artificiales para ocultar el sol.

Pero ya lo hemos dicho; esto no es más que cuestión de moda, de influencia pasajera de Alemania, y en este terreno Francia no ha sido vencida, aun cuando indudablemente por espíritu de oposición ha resucitado el estilo más chillón, el barroco; pero esto también es pasajero y se vendrá á la buena doctrina preconizada por Semper, á quien tanto debe el arte en general y Alemania en particular.

Semper siempre policromista lo fué en Alemania por la razón inversa de lo que somos nosotros. Nosotros hemos de poner nuestros monumentos en armonía con su medio ambiente; en Alemania los mismos monumentos van adornados como las flores que rompen y animan la monotonía de los prados. Aquí forman parte de un todo; allí son como las flores de un ramo, y con esto queda dicho que jamás la policromía podrá ser considerada como lujo, y que por lo mismo, el siglo del Renacimiento cubriendo las fachadas de las casas de placas cerámicas, hacía obra de artista y no de lujo, y aun, sin meternos á defender tal decoración como la más conveniente para los países húmedos, por rechazar toda humedad los esmaltes usados en la cerámica.

La cerámica como vajilla se desarrolló también en grande en el siglo XVI, y es un honor de nuestro tiempo haber intentado su restauración.

He aquí lo que el cronista Pedro de l'Estoile cuenta a propósito de un banquete dado á Enrique III de Francia en 1580:

«Había dos mesas grandes cubiertas con mil cien ó mil doscientas piezas de vajilla de Faenza, llenas de confituras secas y grageas de todas clases, acomodadas en castillos, pirámides, plataformas y de otras maneras magníficas. La mayor parte de cuya vajilla la rompieron los pajes y lacayos de la corte, que son de insolente naturaleza. Y fué una gran pérdida, pues la vajilla era excelentemente bella.»

Conocida la fayenza italiana, podemos desde luego formarnos idea del bello aspecto que había de presentar una mesa servida con platos y centros de fayenza y vidrios venecianos. El efecto habría de ser tan bello como deslumbrador y por demás riquísimo, puesto que la riqueza parece resultar de los colores que nos recuerdan siempre las piedras preciosas.

He aquí un lujo artístico que se consigue con más arte que capital; un lujo de buen tono, de distinción, de los que llenan el alma de placer estético, dejando libres á los sentidos.

Nótese de paso como son las fábricas de las marcas romanas, de Faenza, Forli y Rimini, las que son conocidas en el extranjero, hasta el extremo de dar nombre á la industria en todas partes. Faenza continúa en el siglo XVI al frente de dicha producción,

característica por sus fondos azules y amarillos tostados, con adornos que salen por claro.

No hay para qué detenernos en el detalle de las obras italianas cerámicas de ese tiempo, No escribimos una historia de las artes industriales, sino una historia del lujo, y, por consiguiente, el estudio de las artes sólo puede entrar como estudio de los elementos del lujo.

Los talleres de las marcas antes citadas, los de Toscana, Caffagiolo, Pisa y Siena; los del ducado de Urbino, Pesaro, Castel Durante, Gubbio y Gualdo, etc., han dado celebridad á sus productos en una época en la cual precisamente España y Francia producían obras notables, como nuestra fayenza de reflejos metálicos y la fayenza ó mayólica de Palissy.

Otra de las ramas del arte cerámico, que aun hoy puede reputarse como propia de Italia, es el mosáico. Si el mosáico no se ha usado hasta aquí casi más que para la decoración de las iglesias, esto sin duda se debe á la lentitud del procedimiento. El monumento público de carácter civil, lo mismo que la casa particular, no se acomodan con tales lentitudes. Hoy, sin embargo, en París se decora con mosáicos la gran escalera del Louvre, lo cual se comprende después de haber pasado tantos y tantos años en blanco. Amén de esto, en Viena y otras ciudades alemanas, en Inglaterra, en Southkensington, etc., el mosáico ha hecho su aparición como elemento decorativo, y á su ejemplo varias casas particulares lo han adoptado para los suelos, lo mismo que para decorar ciertas partes de la fachada.

Como se comprende, las mismas razones que militan en favor de la cerámica arquitectónica, militan en favor del mosáico á tal fin empleado; pero fuera de esto, es innegable que el mosáico es un producto más lujoso que el cerámico, tan pronto se considere que la misión del ceramista es la que le asignan Vassari y los grandes pintores venecianos del siglo del Renacimiento, esto es, la de pintar con sus pequeños cubos de vidrio, de marmol ó de cerámica.

Este que era el arte del Ticiano, del Veroneso, del Tintoretto, etc., que tantas veces tuvieron que intervenir con motivo de la ejecución de los frescos de San Marcos, no es el arte de nuestros días y no fué el arte de la Antigüedad y de la Edad Media.

Hoy se cree con razón que las artes industriales no han de disimular lo que de industria tienen si han de alcanzar su máxima belleza, es decir, hoy se cree que para que un tapiz sea bello, no ha de engañársenos haciéndonos creer de momento que se trata de una pintura, y de la misma manera se cree que tampoco el mosáico ha de imitar lo que no es; se quiere que el tejido, en todo caso y circunstancia, venga acusado en urdimbre y trama por el dibujo, y se quiere que en el mosáico se puedan contar los cubos que han entrado; así no se admite el retoque por un color vidrioso, como se puede observar en los mosáicos modernos y aun en los de la gran época, según Vassari en los del Renacimiento y que tan caros costaron á los Zuccati, á los primeros de los mosaistas del siglo xvi.

Los Zuccati, por lo mismo que eran los primeros mosaistas de Venecia, eran los que más rivales tenían. A ellos se adjudicaba la ejecución de los cartones del Ticiano, honor que les disputaban los demás mosaistas. Y así sucedió que habiendo querido los Zuccati igualar toda la fuerza que la pintura consigue con el empastamiento de los colo-

res en la decoración del intrados del arco que precede á la gran cúpula, sus rivales—año 1563—denunciaron su obra al Senado veneciano, acusándole de haber allí obra de pintura. Sostenida la acusación por Biancheri y Bozza se nombró una comisión para que informara, siendo elegidos Ticiano, Veroneso, Tintoretto, el Schiavone y Pistoja, quienes confesaron que en efecto había allí pintura, si bien sobre el mismo fondo de mosáico de aquel color que se había querido reforzar; en su consecuencia se condenó á Zuccati á destruir y recomenzar la parte denunciada con obra pura de mosáico.

Hoy, como en los tiempos de que hablamos, son Venecia y Roma los dos grandes centros de la industria mosáica, y de sus talleres han salido los que han llevado el mosáico á Lóndres, París, Berlín y Viena.

Si consideramos, pues, San Marcos de Venecia con sus cuatro mil doscientos cuarenta metros cuadrados de mosáicos, como obra de lujo, habremos de convenir que es lujosísimo por lo mismo que no sólo el procedimiento es de lujo, sino que el haber acudido á los grandes artistas para que dieran los cartones, hace que resulten allí empleados el cuadro y la obra. En este concepto, pues, nos encontramos enfrente de una verdadera obra del lujo de todos los tiempos, porque la historia de los mosáicos de San Marcos es la historia del mosáico en Italia desde el siglo x al xix, pues aun hoy se trabaja en completar lo que faltaba y en restaurar lo perdido con verdadero furor y entusiasmo nacional.

Nosotros no negamos que lo que hoy se hace es hermoso, pero al contemplar la restauración de la fachada de San Marcos, casi terminada en enero de este año—1890,—nos preguntábamos si el efecto pintoresco que presenta podía hacernos olvidar el anacronismo de las líneas arquitectónicas con los mosáicos del siglo del Renacimiento. Pero tratándose de Venecia todo parece que va bien, todo menos el que hoy se pinten á la inglesa—de color gris claro—los palacios del gran Canal.

En otro tiempo el Senado veneciano impuso á los venecianos la forma y el color de las góndolas; si hoy el Senado municipal no impide tales profanaciones del aspecto pintoresco, será preciso que se llenen los canales, como ya se ha hecho con algunos, y que se convierta en la ciudad más antipática del mundo la más pintoresca ciudad de la tierra.

Champeaux, en sus dos libros sobre el *Mueble*, dice «que el mosáico, aunque considerado en sí mismo, es extraño á la cuestión del *Mueble*, ejerció, sin embargo, una influencia directa en el arte de la escultura decorativa y del amueblamiento en Italia. Es evidente que los artistas de ese país, reducidos por el efecto de las incrustaciones de cubos de esmalte que revestían las fachadas de las catedrales y las cúpulas interiores de las iglesias, lo mismo que las estrías de las columnas en torno de los claustros y las diferentes partes del amueblamiento coral de las basílicas primitivas, quisieron dar el mismo aspecto á las obras en madera que ejecutaban para acompañar esta decoración translúcida. A ello llegaron, por medio de la incrustación sobre una superficie plana, de pequeños pedazos de madera de color, cortados según la forma de los cubos de los mosáicos contemporáneos. Ese procedimiento rudimentario, que se encuentra en uso desde los tiempos más antiguos, se nota en los primeros ensayos del mosáico en madera, al cual se dió más tarde el nombre de *tarsia*. Se prolongó hasta el primer tercio del siglo xv, que fué cuando vino á predominar el estilo naturalista en todas las ramas del arte.»

«Una segunda clase de mosáico en menor relación directa con el arte, y más empleado para las piezas del amueblamiento que para el revestimiento de los arrimaderos, es conocida con el nombre de *Lavoro alla certosa*, porque los cartujos de varios conventos de la Lombardía tenían su especialidad. Esta marquetería es ciertamente muy antigua, y hubo de ser importada á Italia de Persia ó del Oriente, en donde todavía se usa. Opérase ese trabajo por medio de largas planchas de madera de diferentes colores que, después de haberse reunido en un cierto orden uniforme, se pegan juntas. El obrero corta luego en esa haz de delgadas planchas dibujos de forma regular, que luego incrusta en una plancha de nogal vaciada á este efecto. El *lavoro alla certosa*, del cual se ignora la fecha de su introducción en Italia, obtuvo una gran boga en el siglo xvi, y se conservan en las colecciones públicas y particulares un número considerable de monturas de dísticos, lo mismo que de cofres, baúles, mesas y cajitas decoradas por este procedimiento. Podemos citar dos monumentos de esta clase muy importantes, atribuídos á Bernardo degli Obriachi, de los cuales uno figura en el museo del Louvre, después de haber sido legado á la abadía de Poissy por el duque Juan de Berry, y el otro que todavía se conserva en la sacristía de la Cartuja de París, en donde parece que esta fabricación gozaba de particular favor. En el siglo xvi, el mosáico «alla certosa» fué empleado para la fabricación de muebles de una gran elegancia, y los adornos de madera fueron alguna vez reemplazados por incrustaciones de marfil, de nacar y de perla.»

Estos dos párrafos del precioso libro de Champeaux han probado por nosotros lo que tal vez se hubiera creído invención nuestra, esto es, la influencia del mosáico en el amueblamiento. Claro está que con lo dicho no queremos significar que en Italia no se labraran en el siglo xvi muebles en plena madera, como dicen los franceses, muebles de taller, pues los talladores italianos, lo mismo los florentinos que los venecianos, han dejado muebles elevados á la categoría de tipos por la ebanistería moderna.

Del lujo de esa marquetería diversa de que acabamos de hablar, poco hay que decir.

Pero precisa saber lo que era el arte arquitectónico en ese tiempo para comprender que el lujo del mobiliario era consecuencia precisa del lujo arquitectónico.

Todo el arte arquitectónico del Renacimiento tiene su principio, medio y fin en la Basílica de San Pedro de Roma. Principiòla el Bramante en 1506 y la terminó Marchionni—1776—la sacristía.

Ya hemos dicho que fué causa su construcción de que se dividiera en dos la iglesia cristiana ortodoxa, y nos parece, por consiguiente, que si se quieren demostrar los grandes daños que á la sociedad puede causar el lujo, no hay más que citar el caso de la construcción de San Pedro. Porque, entiéndase bien, todo cuanto se diga de toda otra obra del lujo ha de tener aplicación en S. Pedro, porque decir pue se trata de la Iglesia metrópoli del Cristianismo, no es decir nada, que metrópoli fué durante siglos la anterior basílica de S. Pedro, y sin contestaciones, fuera de las que vinieron de Oriente.

Costó la obra la friolera de doscientos cincuenta y dos millones de pesetas, por lo más bajo, y los gastos anuales de conservación pasan de treinta mil duros. ¿Podemos, pues, presentar un ejemplo más evidente de que en el Renacimiento, como en los tiem-

pos anteriores, continúa siendo la religión, ó sea el culto religioso, el primer elemento del lujo, el que lo promueve y lleva á todas las exageraciones?

Por mucho menos de lo que costó S. Pedro, fué Pericles, á pesar de los grandes servicios prestados á su patria, de ella desterrado. De seguro que si en las obras inmortales del Acrópolis de Atenas hubiese gustado Pericles lo que los papas en San Pedro, no se contentan ya con desterrarle, sino que le hacen beber la cicuta.

Nosotros que no podemos convencernos de que el catolicismo gastara doscientos cincuenta y dos millones de pesetas para afirmar su poderío y su unidad, nosotros no podemos tampoco resignarnos, en nombre del arte, á tan grande y perdido gasto para el progreso de la agricultura. Antes al contrario, la historia de la construcción de la Basílica de San Pedro nos presenta un ejemplo vivo, palpitante, de cómo no bastan los buenos modelos, los buenos ejemplos, para impedir una decadencia.

De lo que en S. Pedro hay que recuerde á Bramante, Rafael, Peruzzi, San Gallo, Miguel Angel.... á Bernini, hay toda la distancia que va del arte del Renacimiento al arte barroco. Los tres siglos que dura la construcción de la obra, pasan por ella y dejan rastro evidente de su gusto, y como es de todos sabido cómo la arquitectura vino á degenerar desde el hermoso arte del Renacimiento al arte de Churriaguera, no tenemos aquí que decir cosa alguna para caracterizar la decadencia de la arquitectura restaurada en el siglo xvi, máxime tratándose de San Pedro.

Esto dicho en prueba de la influencia de la religión en el lujo, considerada ahora la obra de San Pedro en sí, no hay más que ver cómo se trabaron los miembros, todos arquitectónicos, para comprender que el mobiliario había de seguir su misma suerte, puesto que continúa en el siglo xvi el mueble siendo un pequeño edificio arquitectónico.

Siéntese en el Renacimiento, efecto de la época barroca del gótico, el horror del vacío, de los campos libres y fracos. Todo se adorna, todo se ornamenta, todo se detalla; las masas desaparecen y la confusión aparece en todas partes. ¿Por qué? Porque la agricultura quiere ser rica como su época. No se olvide que esta es la época del descubrimiento verdadero de América, es decir, de sus minas de oro y plata, y que estos metales abundan en los mercados europeos. Entonces los indios hacen la aparición, lo mismo los indios de las Indias orientales que los de las occidentales, pues mientras nosotros atravesamos el Océano para ir á las Indias occidentales, los portugueses lo doblan en el Cabo de Buena Esperanza para ir á las Indias orientales.

Lo que sucede en la arquitectura ha de suceder, pues, con el mobiliario.

Havard, en su mentado libro de *El Arte á través de las costumbres*, dice, refiriéndose á nuestro asunto que, «en efecto, en esos períodos benditos, todo marcha al unísono. El



Fig. 195.—Puñal morisco del siglo xv.

mobiliario siguió el mismo camino que la arquitectura. No sólo se inspira en esta última, sino que la copia. En esta rama tampoco fueron las formas antiguas desterradas de golpe. Lo que ha sobrevenido es una ornamentación delicada, que algunas veces *dulcifica las líneas austeras y disimula los perfiles severos.* El sillón, la butaca, la mesa, el lecho, conservan mucho de su antiguo aspecto; pero las finas columnas que sostienen sus esculpidos frisos, los graciosos arabescos que serpentean por los fondos, los áticos y las cintras, en las cuales se inscriben sus frontones, recuerdan la Italia y la Grecia, Roma, Atenas ó Florencia, la Antigüedad ó el siglo xv toscano, pero no ya el arte gótico con sus lógicas exigencias.

»Hemos dicho que algunas veces el mobiliario copia la arquitectura. Muchos muebles, en efecto, toman el aspecto de pequeños edificios. Los aparadores, las arquimesas desarrollan verdaderas fachadas de palacios; pero sea que el artista se esfuerze en copiar, sea, por lo contrario, que se muestre creador, el desarrollo en longitud toma la ventaja y las líneas horizontales se manifiestan por todas partes con una intensidad tal, que se siente que en ellas reside toda la importancia del pequeño monumento. Las columnas no son para el ojo lo principal del edificio, y la bóveda que las enlaza no es más que un medio de unirlas, una especie de límite impuesto á su vuelo. Hánse convertido en simples masas de soporte, que no tienen razón de ser ni excusa que lo valga, si no viene sobre ellas un friso ó entablamento, es decir, una masa sostenida.

»Pero, á pesar de ese cambio radical, se encuentra entre todas las proporciones una armonía tal, la ornamentación es tan delicada, tan graciosa, acompaña de una manera tan bonita las líneas principales, las completa tan bien, sin cambiarlas jamás, que, como gracia y como ligereza, el mobiliario del siglo xvi no le cede en nada al mobiliario del siglo precedente.»

No hemos, pues, de extrañarnos de que cuando los muebles no son á veces más que un pequeño palacio, los medios de que la arquitectura echa mano para la decoración, pasen también á la ebanistería, mediante las transformaciones ó adaptaciones que hemos citado.

Aquí terminaríamos este capítulo, si después de lo que dejamos dicho para las artes de la Edad Media, no se extrañara que no hablásemos de los tapices. Lo hemos dicho y lo repetimos: el tapiz no encuentra tejedores en los pueblos meridionales. Intentaron su aclimatación los italianos en su tierra antes que la procurásemos nosotros en la nuestra, pero con idéntico resultado. Tanto, que si es verdad que todo se debe á pequeños efectos, hemos de creer que la tapicería no arraigó entre nosotros, los meridionales, porque no tenemos la paciencia para tejer un tapiz que á lo mejor necesita años y más años para salir del telar.



CAPÍTULO XXVIII

EL REINADO DE LAS ARTES Y DE LAS FAVORITAS.



EMOS dicho lo que fué el lujo en Venecia, Florencia y Roma, y hemos dicho lo que fueron sus artes; antes de ver, pues, lo que fueron las artes en los demás países, importa saber también lo que fué el lujo en el país en donde siempre ha tenido gran coste, en el país que disputaba á Italia el cetro de la moda.

Dicho se está que aludimos á Francia y que no se habrá olvidado lo de Cellini y la duquesa de Etampes. Ya entonces apuntamos algo del reinado de las favoritas, y ahora hemos de detenernos un tanto si queremos hacernos cargo de los grandes elementos de corrupción social, amontonados por los poderosos del siglo, verdaderos autores de la revolución que vino á barrer sus inmundicias.

Este estudio nos lo da todo hecho Baudrillart, por cuya razón trasladaremos aquí el capítulo vi del tomo iii de su *Historia del Lujo*.

«La época de que tengo aun que poner bajo los ojos la imagen en su doble aspecto de lujo privado y de lujo civil, encuentra su expresión en Francia, y se puede decir en Europa, en ese monarca que personifica su tiempo con tanto esplendor.

»Francisco I se coloca como un intermediario entre la Edad Media y los tiempos modernos. El rey caballero ofrece más de una analogía sorprendente con los primeros príncipes de su raza. Bien que pudo jactarse de haber puesto á los reyes *fuera de cuadro*, vivió y gustó de vivir en medio de sus gentiles hombres, con quienes compartía su gusto por la caza y los torneos, resto de los hábitos de la existencia feudal.

»Continúa velando por el sentimiento de las artes como su pródigo abuelo Luis

de Orleans, y se convierte en el monarca más acabado, en el verdadero rey del Renacimiento. Ese monarca que no tiene más que veintidós años al subir al trono, llevará, durante su largo reinado, en sus gustos lujosos, su naturaleza rica y pródiga, su temperamento ardiente, propio para todas las proezas y valentías. Pero si por hoy el rey de Francia no hace más que continuar el siglo xv, él inaugura también el gran lujo monárquico que ha de triunfar en el siglo xvii, y lo inaugura por la protección y el desenvolvimiento de las artes, por el ascendiente de las mujeres, por las profusiones llenas de su carácter personal y por la extensión extraordinaria de la casa real.

»No hemos separado el lujo de la política. Hasta bajo un monarca que no tuvo, para entregarse á gustos de todas clases, mas que abandonarse á su pasión natural, la política tuvo un puesto que no es dable desconocer. Francisco no es extraño á esos cálculos. Sus espléndidas profusiones le llevan hasta á hacerse absoluto. Se hace suyos los nobles por los donativos y las pensiones, de la misma manera que se hace suyos á los artistas por los favores que en su hogar les hacía su realeza. Crea sinecuras, prodiga magníficos emolumentos á los principales nobles, bajo la sola condición de que también gastarán aquel dinero *noblemente*. Así convierte en cortesanos, por medio de tales favores, á Carlos de Borbón, á quien hace su condestable con veinticuatro mil libras de paga, y á otros personajes no menos notorios, como los duques de Vendóme, de Lorena, de Guisa, los de Albany, los Chateaubriand, los Rancé, los mariscales de Trivulce y de la Marche, y muchos otros. Por este medio y con auxilio de las circunstancias consiguió fundar el despotismo. Es realmente de este rey de quien data la fórmula de los decretos reales «según su buen agrado»—*bon plaisir*.

»Si la nobleza se embanasta en sus antecesores, si lucha por obtener el favor de asistir á su *lever* y á su *coucher*, de lo cual la etiqueta había señalado las horas y el ceremonial, es porque ha sabido ganar las grandes familias; no descuidando puesto á los nobles de menos importancia, no mostrándose difícil respecto de sus blasones para que pudieran presentarse en la corte con tal que llevasen el traje de seda, la espada al lado, la chupa, las calzas y los zapatos tallados, y en el dedo el anillo con el sello grabado.

»Puede evaluarse en tres millones de libras, valor de la época, que precisa á lo menos hoy cuadruplicar, el presupuesto del lujo de esa monarquía, comprendiendo en el mismo los gastos de la casa de la reina, de los príncipes y de las princesas, la conservación de los palacios reales, los gastos de los torneos, de los banquetes y de los viajes. Los donativos secretos, que el rey tenía costumbre hacer particularmente á las señoras, habían de aumentar mucho esas valoraciones. Las compras anuales de diamantes y joyas se elevaban á una cantidad exorbitante. Todo el aparejo de la corte, escuderos, escanciadores, jardineros, ayudas de cámara, de guarda ropía, etc., es enorme, sin hablar de los suizos consagrados al servicio del rey, amén de los cuatrocientos arqueros de su guardia y de toda la gente propia para los oficios de la caza. Entre los ayudas de cámara se encontraban buen número de gentiles hombres de nota, retribuídos como se merecían.

Francisco I constituyó la casa real bajo el pie en que subsistió hasta últimos tiempos de la vieja monarquía, salvo las interrupciones temporales. Cuéntanse en ella cuarenta y

siete limosneros, de los cuales uno era cardenal, ocho obispos y seis capellanes: en 1534 tenía sesenta y dos gentiles hombres, veintisiete mayordomos, la mayor parte de las grandes familias, treinta y tres *panetiers*, entre quienes figuraban los Mortemart y los Mirepoix; veinte escanciadores, de los cuales uno pertenecía á la ilustre familia de los Larochefoucauld; luego criados para cortar, pajés de honor, camareros, y toda esta gente había de ser también de la nobleza; en fin venían los médicos, cirujanos, librerros, barberos y por último los cocineros, criados, lacayos, escuderos, etc. (1).

»El capítulo de la caza no está menos recargado que el de la casa del príncipe que fué llamado «el padre de los venadores.» Así será preciso enumerar el jefe del personal, su lugarteniente, doce venadores á caballo, seis criados para los perros de busca, seis para la trahilla, encargados de cuidar sesenta perros corredores, cien arqueros á pie consagrados únicamente á la tarea de plantar las telas. Cuando el rey sale á campaña, esos cien arqueros forman su guardia de corps. Quería además que las damas corrieran el ciervo con él, para que formaran un brillante cortejo. Ese lujo de la caza no había sido llevado aún tan lejos como por ese rey, á quien gustaba sobremanera el pueblo de Ois-sur-Tille, cerca de Dijon, «situado en bella posición, dice San Julián de Baleure, tanto para el placer de la caza y de la *volaria*, cuanto por las comodidades que favorecen su natural.» Los bosques que rodeaban los palacios reales eran el teatro habitual de sus brillantes cacerías. Guillermo Bude no se engañaba al dedicar su *Tratado de la caza del ciervo*, escrito en latín y formando el segundo libro de su *Filología*, á los hijos de un monarca, á quien la caza costaba cuarenta mil escudos, las caballerizas veinte mil, los pequeños placeres noventa y seis mil, cien mil y hasta ciento cincuenta mil, comprendidos los regalos, según las *Relaciones* de los embajadores venecianos.

»El papel activo, preponderante de la monarquía en el lujo, se manifiesta aquí en las dos formas, de las cuales una se convierte á los ojos de la historia en fuente de elogios, y la otra en objeto de unánimes y justas censuras. En una y otra la influencia personal del monarca es incontestable y notoria. El grande, el inmortal aspecto del reinado, es el arte. No lo rebajamos al hacer nuestras reseñas. El gusto del rey es el de los Médicis, un gusto puramente italiano. Esto es sensible hasta el más alto grado en las artes suntuarias, menos en la arquitectura. Aquí el Renacimiento francés sigue su curso con una originalidad llena de atractivos, cuando no se inclina á las formas pesadas que principian á aparecer. Chambord ofrece la graciosa y fantástica mezcla del genio del Renacimiento y de las reminiscencias de la Edad Media que acaba y triunfa aun con su aéreas agujas. Arquitectura poco sensata, en la cual nada sirve

(1) Se lee en la *Relación* de un embajador veneciano, sobre la corte de Francisco I, que fué la de Enrique II: «Su Majestad gasta para su casa y corte trescientos mil escudos, de los cuales setenta mil están destinados á la reina. El rey quiere cien mil escudos para la construcción de sus palacios. La caza, comprendidas las provisiones, carros, filetes, perros, halcones y otras bagatelas, cuesta más de ciento cincuenta mil escudos. Los mismos placeres, tales como banquetes, mascaradas y otros jolgorios, cuestan cien mil escudos. Los trajes, tapices y donativos privados, no exigen menos. Las cámaras de la gente de la casa real, los guardias suizos, franceses y escoceses, son más de doscientos mil. Hable sólo de los hombres. En cuanto á las damas, sus asignaciones absorben, según se dice, casi trescientos mil escudos. Así se cree firmemente que la persona del rey, comprendida su casa, sus hijos y los presentes que hace, cuesta un millón y medio de escudos anuales. Pero si viérais la corte de Francia, no os sorprendería tal cosa. Contad que de ordinario mantiene seis, ocho, diez y hasta doce mil caballos. Su prodigalidad no tiene límites: los viajes aumentan los gastos por lo menos en una tercera parte, á causa de las mulas, carritos, literas, caballos, servicio que hay que emplear y que se paga el doble de lo ordinario.»

para nada, pura decoración arquitectónica de las más caprichosas, de lo más elegante y de lo más grandioso. Verdadero lujo de la piedra que desdeña contar con lo util: apenas algunas piezas están destinadas á lo que han de servir; así Luis XIV se vió obligado á echar á perder su palacio de las Hadas para hacerlo habitable, y eso que había costado 440.000 libras.

»Ese delicioso movimiento arquitectónico de últimos del siglo xv, en el cual no buscamos más que un lujo gracioso, no cesa de desenvolverse desde principios del siglo xvi bajo los auspicios de la monarquía y de la aristocracia, arrastradas por la misma corriente. Aquí es Amboise quien se levanta sobre las manos de Carlos VIII, allí Blois principiado por Luis XII y acabado por Francisco I. Bajo Luis XII—1509—se construye el pórtico del Castillo de Gaillon.—Luego vienen los de Chaumont-sur-Loire de Meillan, del Vergier, cerca de Nantes, etc. Además de la parte que en él toma la nobleza, una aristocracia provinciana se levanta también y se arroja á la misma corriente que no detiene gasto alguno. La clase de los nuevamente enriquecidos en el siglo xvi distribuye por la superficie de la tierra las moradas suntuosas, que parecen, bajo los auspicios del alegre y encantador genio del Renacimiento, burlarse de los viejos castillos de la Edad Media. Tales son los Semblançay, tal un Tomás Barbier, general de la hacienda de Normandía, chambelán de Carlos VIII, más tarde lugarteniente de Francisco I en Italia, que construyó Chenonceaux, esa residencia reservada á tan brillante destino.

»La monarquía da el ejemplo en París y en los sitios de recreo, en donde gusta trasladarse con su corte. El Louvre y las Tullerías que es lo que tenían de más acabado como arte—pabellón central debido á Juan Bullant—se elevan bajo Francisco I y Enrique II.

»Puede hacerse respecto de los Valois la misma observación que de los papas demoliendo los vestigios preciosos del pasado cristiano. Francisco I introduciendo el pico en el viejo Louvre feudal de Felipe Augusto y de Carlos V, comete un atentado contra la historia monárquica. Pero en desquite ¡cuántas residencias encantadoras, Madrid, por ejemplo, á las puertas de París! Lo que será Versalles para Luis XIV, Fontainebleau lo será para Francisco I. Sitio mejor escogido, designado por la naturaleza y no por el capricho, admirablemente pintoresco, entre rocas salvajes que dan idea de los Alpes y el nebuloso bosque. La arquitectura forma aquí el elemento secundario y sacrificado, infinitamente superior algunas veces á las partes más modernas del edificio; la ornamentación interior es el triunfo del más suntuoso edificio de la monarquía de los Valois, en donde se muestra como en su casa.

»Nada hay que deba sorprendernos: la ornamentación ¿en dónde no se presenta? Penetra hasta en las iglesias, en donde introduce la sátiro y las ninfas, y en donde ora se difunde en guirnaldas profanas, ora en un bosque de madera esculpido, en el cual hormiguean innumerables esculturas, que toman todas las formas del paganismo elegante. El gusto italiano se muestra en todo.

»Aquí tiene por primer ministro al Rosso, que conduce con él á Fontainebleau toda una colonia de artistas compatriotas suyos. El arte decorativo en la galería de Francisco I concentra en sí los poderosos efectos de la pintura, de la estatuaria y de la escultura ornamental. El suicidio del artista energético, excesivo y atormentado, que lleno de presentes y honores por el rey, sucumbe al peso de acusaciones indignas, no tiene otro

efecto que el de transmitir á otro de sus compatriotas al gobierno de las artes que el Rosso había guardado cerca de diez años—1532, 1541.

»Primaticio expresa mejor aun el genio decorativo facil, gracioso, un poco amanerado ya, de un discípulo de Rafael, quien, abandonando el divino ideal del maestro, busca el éxito en las cualidades brillantes de una ornamentación voluptuosa. No quiere esto decir empero que el monarca no tenga gusto por un arte elevado. Lo prueba el que sus preferencias están por Andrés del Sarlo y por Leonardo de Vinci, á quien trata con un respeto y ternura casi filial. En cuanto á las artes suntuarias, si busca en ellas la magnificencia, todavía le gustan más la pureza y la esquisita elegancia.

»Háse discutido mucho el valor, la realidad misma de la acción ejercida por el rey Francisco I en las artes y en las letras. Que fué un espíritu muy adornado literariamente, ¿cómo dudarlo? Sí, fué un literato; puede esto conocerse en las líneas rimadas que con su diamante deja en los vidrios de Chambord y que en modo alguno son indignas del nieto de Carlos de Orleans. Sin embargo, nosotros creemos menos en la influencia sobre las letras del maestro de Clemente Marot que en la acción del amigo de Leonardo de Vinci sobre las artes y el lujo decorativo en Francia. Aquí si que está metido de alma y corazón. Francisco se entrega por subir á las artes y á los artistas, por entero á un Rosso, á un Primaticio, á un Cellini.

»La intervención oficiosa de la monarquía en esta fase del lujo decorativo, está en todas partes. El mismo rey instala al platero favorito en el Pequeño Nesle, le llena de beneficios, le visita á menudo, juzga sus modelos con un gusto perfecto, y abunda en sus ideas.

»La pasión del rey caballero por las mujeres no perjudica tal protección. ¡Cuántas joyas ejecutadas bajo sus ojos para la señora de Chateaubriand y para otras señoras, joyas preciosas, cargadas de emblemas y de divisas! Más tarde cuando ya no quiere á la señora de Chateaubriand le reclama sus alhajas, que devuelve la condesa convertidas en lingotes. Esto estaba bien para castigar al amante, pero era castigar también al arte al privarle de tan encantadoras maravillas.

«He aquí el buen aspecto del papel de Francisco I en la historia del lujo, en donde ocupa una situación excepcional. Su posteridad no puede menos de honrar desde este punto de vista á aquel que consideraba como un acontecimiento la venida de un cuadro de Rafael, al entusiasta amigo de lo bello que no le rehusó ninguno de sus favores, de los cuales la recompensa pecuniaria no es más que una forma, no siempre á más apreciada por un artista de parte de su soberano.

»Esta pasión no hubiera distraído al rey de los negocios y de la política, si no hubiese tenido otras, y no le hubiera arruinado. No son las obras maestras y los verdaderos artistas los que sobren á los príncipes inclinados al fausto. Y á esto añado que el precio que se pagaba por las obras y las pensiones que se les daban no tenían nada de extraordinario. Lo contrario es verdad muchas veces. Por algunos que estuvieren bien retribuídos los más estaban mal pagados, lo mismo en la corte de Francia que en la corte pontificia.

»Las fiestas deslumbradoras forman una parte menos alta de ese gran lujo real. Sin embargo no las censuraré sino con algunas reservas. Son como el acompañamiento necesario del aparato real. Hay que pensar también en el efecto inaudito que producen en

los soberanos. Confundíanse entonces, más que hoy, esos signos algunas veces engañadores de la prosperidad con la prosperidad misma. El rey que daba tales fiestas imprimía en todas las imaginaciones una idea poderosa de su superioridad en fuerza y en riqueza. Carlos V se sintió como aplastado á la vista de una fiesta suntuosa, cualquiera que fuera su afectado desdén al ver el tesoro y las joyas de la corona. Yo tengo, dijo, en Augsburg, un tejedor que podría pagar todo esto. Enrique VIII, aun cuando luche en magnificencia, en una célebre entrevista del campo del paño de oro—1520—quedó bajo la misma impresión. Por desgracia el efecto político fué echado á perder, porque Francisco I no supo transigir con el amor propio del orgulloso monarca inglés. El nombre mismo de esta suprema y grandiosa imitación de las magnificencias feudales, *el campo del paño de oro*, indica su extraordinario esplendor.

»Esas innumerables tiendas, cubiertas de paños de oro rizados ó de raso, que hacen de ese campo un pueblo de maravillosas tapicerías flotantes, ese palacio de Enrique VIII de madera y cuyos muros eran de vidrio, como un primer pensamiento del Palacio de Cristal, ese otro palacio de Francisco I, más soberbio aun, con su pabellón de cuarenta pies cuadrados tapizado de terciopelo azul con flores de lís y bordados de Cipre y su bella estatua de San Miguel dorada con el espléndido dosel que lo cubría majestuosamente ¿cabe aún un más allá? Y el cardenal de York, legado, marchando á la cabeza de la nobleza inglesa, con sus trescientos servidores, entre los cuales se contaban doce capellanes y cincuenta gentiles hombres, y con un tren de 150 caballos; y aquel arzobispo acompañado de 70 criados y 30 caballos; y aquellos dos duques seguidos cada uno de 100 criados y 30 caballos; y los diez condes, los cinco obispos, los 20 barones, los cuatro caballeros de San Jorge, los 70 caballeros y los consejeros con sus ropas talares, con el número de criados y de caballeros correspondiente á su consejo... en fin, en junto, 3.997 personas y 2.087 caballos; ¡he aquí pues la pompa que ciertamente tiene su grandeza!

»Al lado de la casa del rey de Inglaterra, la casa de la reina no hace mala figura. Figuran en ella 1.175 personas y 778 caballos. Reúnanse en idea á ese cortejo el del rey de Francia, más brillante aun ¿y cómo no reconocer aquí pompas realmente soberbias é imponentes?

»Lo que es digno de censura son las profusiones con motivo de vergonzosas orgías.

»Es un espectáculo humillante el que ofrece un príncipe dotado de tan grandes cualidades, ponerse casi, por decirlo así, á la cabeza de un lujo disoluto, que deshonra esta época y hace sombra sobre lo que la sociedad produce entonces de más grande en hombres y en virtudes. No son ni las luces ni las generosas cualidades del corazón lo que falta en Francisco I, cualesquiera que hayan sido sus extravíos. El retrato de ese príncipe ha sido trazado en los términos más gloriosos para su memoria, por un embajador veneciano, Marino Cavalli, á quien no se puede acusar de lisonja, por lo mismo que estos documentos estaban destinados á quedar sepultados en los archivos de la potencia más rumbosa de Europa.

»El embajador no sólo elogia todo lo real, sino que afirma que sin haber visto jamás la figura del rey ni su retrato, con sólo mirarle se dice enseguida: *es el rey*; son sus movimientos tan nobles y majestuosos, que ningún otro príncipe los pudiera igualar, y las

otras cualidades exteriores, con que elogia su juicio sano, su erudición extensa, hasta tal punto, que no hay cosa, ni estudio, ni arte, sobre el cual no pueda razonar de una manera muy pertinente; y del mismo modo rinde homenaje á su alma elevada, á su carácter generoso, que perdona fácilmente las ofensas. Así pues, no se puede menos de sentirse aun más al ver las profusiones excesivas y degradantes partir desde allí y de manera tan pública.

»Las mujeres se convierten, gracias á él, en plaga y en azote de la corte y de la política, por su ingerencia en el lujo y en la intriga. Arruinan al Estado, por sus gastos y por los abusivos favores de que son colmadas. Chavannes ha dicho en sus memorias: «las mujeres, hicieron lo mismo los generales que los capitanes.» Desde luego, son las dueñas del mundo más aristocrático, y no son por cierto las menos ávidas de riquezas para ellas mismas, de favores para la familia; son las que pertenecen todavía á la distinguida sociedad de la época y que tienen participación en los adornos y en las pensiones; en fin, porque hay que decirlo todo, estas mujeres de talento menos cultivado,

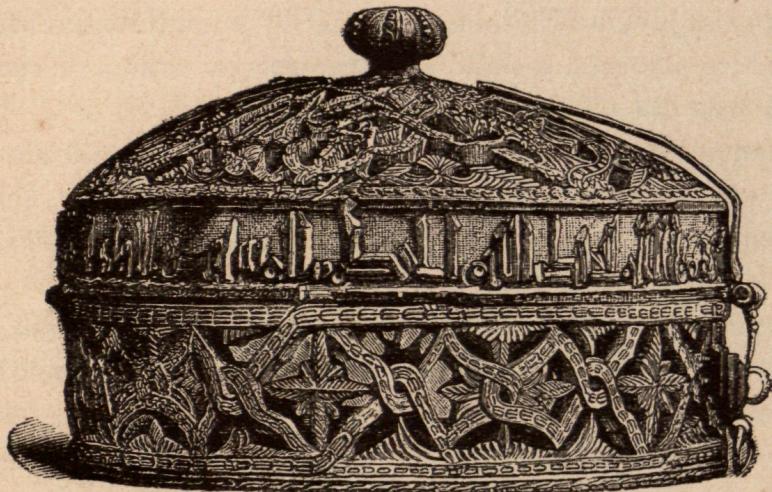


Fig. 196.—Caja árabe en marfil.—Trabajo español del siglo x

de maneras elegantes y de costumbres más ligeras, admiten que sus ruinosas galanterías, las conduzcan varios días á las cacerías mismas. Forman la *pequeña banda*; son parte en todas las fiestas y hasta forman cortejo en las procesiones, hasta forman parte de la que sigue al Papa y hasta de sus recepciones. Vergüenza da decir que sus prodigalidades cayeron más bajas todavía por una tolerancia, de la que quizá él no fué el primero en dar el ejemplo á los jóvenes que le acompañaban á sus posesiones distantes de París. Mujeres de la más baja estofa seguían la corte, reunidas bajo la dirección de una especie de superiora, señalada por el mismo rey, como se ve por un acta auténtica y oficial, y cuyo pergamino existe. (1)

»Las personas de la familia real rivalizaban entre sí en lujo y elegancia. Las mujeres no se parecían en nada á la encantadora Margarita de Valois, reina amante de las letras, y más amante de la cultura intelectual que de las vanidades del tocado y de

(1) Esta pieza extraña, ordena al tesorero Mosen Juan Duval repartir las libras tornesas entre la dama Cecilia Viefrille «las otras mujer é hijas de su bacante» por sus «derechos» del último mes de Mayo. El acta está firmada como «dada en Paris, el último mes de Junio del año de gracia 1540 y vigésimo sexto de nuestro reinado.» (Citado por B Aanren, *loc. cit.*)

la participación en las fiestas. El rey mismo da el ejemplo con sus fastuosos adornos. Le gusta el esmero en su traje galoneado y recamado, rico en pedrería y adornos preciosos: sus jubones de rico tisú de oro, camisa finísima, de la que por su abertura asoma su jubón, según la moda de Francia. (1)

»La reina madre, Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, fastuosa, dominante, avara, pretendiendo gobernarlo todo, las damas, el palacio, los secretarios de Estado, no pudo ocultar bajo el oro y la seda, la mancha de sangre de Jacobo de Semblançay, culpable sólo por el crimen de haber revelado sus despilfarros. La buena y modesta reina, la santa y caritativa Claudina, víctima de las persecuciones de la reina madre y de los desprecios del rey, «espíritu cansado de vivir entre la pena y el dolor» (como decía de ella en el momento de su muerte Clemente Marot), no gasta sino sus buenas obras.

»Posteriormente Leonor de Austria, la segunda mujer de Francisco I, no por eso menos desgraciada, llevó una vida menos modesta. (2) La nieta del rey, la que fué célebre bajo el nombre de Catalina de Médicis, distingúase en esta lista abierta á todos los placeres, aunque su juventud la contenía en la penumbra italiana sutil; mezcló la política al furor de los placeres, estudió los caractéres, y trató de sorprender los secretos hasta en los festines en que obtenía el favor de asistir. (3)

»Ardiente apasionada de la caza, hábil en la ballesta, excelente amazona, apasionada por el baile y la comedia, jugó después de la muerte de Francisco I, tanto en el lujo de la corte como en la política, un preponderante papel. Entre las princesas que lucían el brillo de sus tocados, con el número y la hermosura de sus pedrerías, la princesa Isabel, hermana del rey de Navarra, parecía brillar sobre todas.

»Los príncipes, y á la cabeza de éstos los hijos del rey, Enrique y Carlos de Orleans, dan así el tinte; el primero, apuesto caballero, intrépido cazador, amigo del aparato; el segundo, que tenía la belleza de su padre, su gracia y gallardía, divertíase por la noche entre una multitud de compañeros atolondrados, en apalear una escuadra de lacayos, muriendo más tarde víctima de su temeridad. Solo el mayor de los hijos del rey, el príncipe Francisco, agobiado por una sombría tristeza, como presagio de su prematuro y trágico fin, fué la excepción, por su modestia y dulzura, atrayendo á la memoria el recuerdo de su madre la reina Claudina; en medio de los cortesanos ataviados ricamente, sólo él vestíase de negro; en medio de los exquisitos vinos y de los más refinados de la mesa, sólo bebía agua; en ésta, donde todo es ruido y movimiento, echábase de ver su marcha reposada, su silencio, su poco gusto para el lujo y las diversiones; no deseaba un poco su tristeza y su gravedad sino en presencia de la encantadora señorita del Estrange, delicada figura, velada también por su tinte melancólico. (4)

(1) Relaciones de los embajadores venecianos. (t. 1.^o, p. 279.)

(2) La cuenta de su caballeriza elevábase en Septiembre de 1535, á la suma de 2.059 libras, 19 sueldos y 10 díneros torneos.

(3) Brantome, que tanto la alaba, dice que ella solicitaba el favor de asistir á las más malas reuniones, á las que el rey, lejos de la corte, iba á entretener sus horas de expansión (ó de desarreglo), menos por asociarse á los galantes pasatiempos que por «ver las acciones del rey, saber los secretos y escuchar y saber todas las cosas.»

(4) Estas son «verdaderas acciones de ángeles,» según Brantome, y hay que creerlo puesto que él las garantiza. A esta graciosa creación dirigió Clemente Marot estos versos:

A la beaute de l' Estrange
Face d' ange
Je donne longue vigueur
Pouzon que son gentil cœur
no se change.

»Para subvenir á tales gastos, preciso era levantar empréstitos, hacer verdaderas confiscaciones á los banqueros de París, Lyon y Burdeos, obtener *de grado ó por fuerza*, como dice el Diario de un vecino de París, (1) los 100.000 escudos pedidos á los parisienses y los otros subsidios. Preciso era pedir sus vajillas á las casas ricas de todo el reino. Asimismo fueron puestas á contribución las iglesias, empleando para ello hasta la violencia. (2) El rey hizo arrancar el enrejado de plata maciza que rodeaba la tumba de San Martín, uno de los dones sobre que Luis XI había contado, para lograr su salvación. El total, á decir verdad, de las cargas públicas, independientes de estos despilfarros, se elevaba de 2,600.000 libras á 9,000.000. La gabela siguió la misma progresión, sin contar con el impuesto llamado de los 50.000 hombres, que afectaba un total de 1,200.000 libras destinadas al gasto de las legiones provinciales. De aquí también el impuesto de la lotería y el tráfico de los cargos de la judicatura. Medidas peligrosas que era preciso sostener, á pesar del sacrificio de los pueblos, por los actos de arbitrario despotismo, (3) y que contrastaban con tantas excelentes ordenanzas financieras y civiles, explicables por el principio de un elevado criterio y de justicia de este príncipe, que reparaba sus faltas, siempre que sus pasiones de lujo y de luxuria no se le impidiesen. (4)

»El fin de este reinado fué el del arrepentimiento del fausto y de los excesos que habían marcado su curso. Languideciendo y enfermo, este rey, que murió á los cincuenta y cinco años, después de haber reinado treinta, abandonó algunos años antes los placeres que le entusiasmaban; Francisco I se hizo económico. Tuvo aún tiempo de reparar en parte el mal cometido en sus primeros años; ¡fortuna rarísima en un príncipe prodigo! Sin detener el adelanto de las artes y las letras, tuvo el buen tacto de pagar sus deudas, dejando 400.000 escudos en el tesoro público y justificando la frase de un antiguo escritor: «Tan luego como el gran rey Francisco, llegó á la edad austera y poco amable, los aduladores y sanguijuelas de la corte, evacuaron, y poco á poco economizaba más, encontrándose á la hora de su muerte con 1,700.000 escudos de economía y la que por otra parte debía recibir en Marzo; con su reino lleno de sabios, de ilustres capitanes, de notables arquitectos y de toda clase de artistas; con las fronteras de su Estado llevadas hasta las puertas de Milán, y con una paz asegurada con todos los príncipes: y eso que tuvo más enemigos que ningún otro rey de su época, y hubo pagado su rescate, y embelleció su reino con ricos y grandiosos edificios, ciudades y fortalezas.» (5)

(1) V. loc. cit. p. 103, 120 y 121.

(2) *Diario de un vecino de París*, edt. Ludovico Lalanne, p. 135.

(3) No sólo,—escribió á su gobierno en 1535 Mariano Justiniano, embajador del señorío de Venecia,—no sólo el rey muy cristiano es fuerte para las armas, lo es también para el dinero y para sacrificar á su pueblo. Puede aumentar los gastos á su gusto. Mientras más gravados están los pueblos, más gustosos pagan. (*Relaciones de los embajadores venecianos* publicadas por Taumaseo, t. 1, p. 97.)

(4) V. Cheruel, *loc. cit.* p. 72.

(5) Juan Bodin, *República*, lib. V.

CAPÍTULO XXIX.

DIANA DE POITIERS Y CATALINA DE MÉDICIS



RAS un lujo de corte y un esplendor en las artes que duraron cerca de treinta años bajo el mando de un gran rey, pudo esperarse uno de esos períodos que á veces moderan este género de extravíos, tras largo tiempo de excesos.

Pero Francisco I había enseñado á su propia familia. Hicieron idénticos excesos y en parte el mismo brillo, bajo el reinado de un príncipe debil. Las mujeres figuraban en primera línea. El gobierno de lujo escojío á Diana de Poitiers, la antigua querida del padre, y favorita abogada del hijo, poco después de su legítima esposa Catalina de Médicis. Tanto la una como la otra, deslumbraban en sus respectivos papeles al debil sucesor de Francisco I, el príncipe naturalmente afable, benigno, (1) de mediana inteligencia, y hasta capaz de llegar á ser un buen rey, si sus instintos de lujo, de placer y de indolencia, hubiesen sido combatidos por influencias más favorables al bien.

La favorita tenía necesidad de asirse al lujo; pues aunque no era joven, era hermosa, siéndolo hasta los sesenta años. Esta querida, de edad de cuarenta y ocho años, con el fin de asegurar á un joven de veintinueve, tuvo, como la Amina de un nuevo Roger, recursos de encantamientos, encerrándole en su castillo de Anet, (donde Fili-

(1) La señora Senescala (duquesa de Valentinois) según Mateo Dandolo contaba de una dama de honor, en una de sus relaciones al Senado de Venecia, que, notando la profunda devoción que mostraba el rey al recibir la corona, y habiéndole preguntado después por qué había rogado tanto á Dios, el rey respondióla que no tenía otro fin que el siguiente: que si la corona que iba á ceñir prometía un buen gobierno y aseguraba la salvación de su pueblo, le hiciese Dios la gracia de concedérsela por espacio de mucho tiempo; que si había de ser al contrario, se la quitara cuanto antes.

berto Delorme fué el mágico), castillo noble y encantador, de innumerables estatuas en los elegantes pórticos. Los caprichosos horizontes, risueños sotos, viveros abundantes, las pajareras, la montería y la cetrería, todo cuanto podía halagar el gusto del príncipe, fué reunido en aquel delicioso jardín. Todo del lado de la selva, llena de caza, llamaba su distracción preferente á estas cacerías, donde las mujeres de la corte tomaban participación en los placeres y emociones; ninguna como la favorita, orgullosa, elegante, robusta, resuelta, cuyo mismo nombre en las perpetuas alusiones y alegorías del tiempo, permitía hacer la personificación mitológica de esta diversión real. Esta fué una existencia mágica de diversiones, de fiestas y torneos. La favorita recurrió al arte bajo todas sus graciosas formas para rodeárselo como una aureola, siendo ella la inspiradora, el centro y el modelo: Diana cazadora salida del cincel de Juan Goujon desnuda y casta, rodeando sus marmóreos brazos el cuello de un ciervo misterioso, que la nueva Leda retiene junto á sí presentándole un ramillete de flores. La imagen idealizada de Diana se mezcla en todos los frescos y en todos los grupos, en todos los arabescos y en todos los emblemas amorosos, (1) si bien se pregunta si es la querida real que ama á Enrique II, joven algo romántico, presa de una admiración que le tiene subyugado, á pesar de su juventud, y que se traduce por versos dignos de un enamorado de veinte años; ¿y para ella es todo este amor; para esta madura belleza, que busca rejuvenecerse por la ficción y los artificios, como por el uso de los baños helados y por una vigorosa higiene? ¿No es más bien para la visión de una Diana siempre joven, que por doquier presenta el pincel ó el cincel de los artistas, como la pluma de los poetas cortesanos que, comentándolos repiten eternamente con las variaciones estos versos de Clement, á quien verdaderamente tenía treinta años:

Dix huit ans je vous donne
Belle et bonne, etc.?

Diana, idealizada por la mitología, háse hecho un puesto en el Olimpo, donde las divinidades no envejecen jamás. Todo el mundo estaba, ó parecía, engañado. Francia lo repetía á voz en cuello por todas sus ciudades. No es bastante que á cada visita real se levanten arcos de triunfo, donde el nombre de Diana resplandece al lado del de su rey; no es bastante que ofrezcan ellas con gran pompa á la muy poderosa duquesa de Valentinois, jofainas y jarros de oro: tal ciudad, Lyon, por ejemplo, la hace figurar como diosa, y representa el triunfo de una Diana cazadora, llena de vigor, de juventud y de belleza, en un misterio que se termina en apoteosis. (2)

Con tal que ella sostenga la admiración del rey, poco importa por cierto el sitio donde lleve sus elegantes fantasías, su lujo insaciable y calculado. Chenonceaux puede alternar con Anet; Chenonceaux dado á la duquesa de Valentinois «como recompensa á los servicios de su difunto esposo.» (3) Filiberto Delorme puso su talento á disposición de la favorita. Este castillo, monumento del arte del Renacimiento, bravamente asen-

(1) Visitando el castillo de Anet, quedase admirado de ver lo que encierra, su encanto y su carácter pintoresco.

(2) «La madre de Valentinois, á cuyo nombre se verificaba esta cacería y misterio, estuvo muy satisfecha y distinguió mucho la ciudad de Lyon.» (Brantôme.)

(3) Ver, sobre las truhanadas empleadas por Diana para prevenir por una compra á vil precio una revocación posible de este don, las piezas relativas á la castellanía de Chenonceaux, publicadas por la primera vez y sacadas de los originales por el señor abad Chevalier. 5 vol. en 8.^o (Techener, 1866.)

tado sobre columnas macizas en medio del Cher; este delicioso jardín se hizo la pasión llena de gusto, como de voluntad rígida y potente que dominaba al monarca. Ella le trataba en su mansión de favorita, colmóle de todo lo que podía añadir á su deseo, y haciendo, de aquel lugar, un teatro de fiestas perpetuas.

Aquí, como en el castillo de Anet, como en todas sus residencias, el lujo tuvo un no sé qué de seductor para la imaginación; algo que excitaba en alto grado, satisfaciéndolos al propio tiempo, los gustos del monarca, de una manera mucho más aparente que real. ¡Ilusión óptica de la imaginación que la razón disipa! Mas, bajo este brillante decorado, el lujo oculta su antiguo fondo de perversidad. Esta brillante querida es una cortesana codiciosa. Hoy se la conoce por sus cartas. Carencia absoluta de corazón; nada más que aspereza, cálculo, exigencia de empleos para sus hechuras, y de dinero para ella. (1.) Dominar y brillar: esto era todo para la imperiosa duquesa de Valentinois. Amaba el placer, las diversiones de las fiestas, y quizás los voluptuosos consorcios de una infiel galantería. Carecía en absoluto de ideas nobles. En cuanto á corazón, estaba por debajo de las otras mujeres de lujo y favoritismo que la precedieron y la siguieron; por debajo de Ynes Sorel, si es que se lleva esta figura á las proporciones severas de la historia; figura que ella recuerda, por otra parte, por más de un rasgo, pero con más aspereza y avidez todavía. Está por debajo de Madama Montespan, que conserva cualidades dignas y bastante corazón para llorar su lujo y sus faltas; por debajo de Madama de Pompadour, que en medio de una corte de cuya corrupción participaba, conserva un fondo de bondad natural, ausente por completo de la favorita del tiempo de los Valois, que gozaba á la vista de los suplicios de los protestantes, procurándose dinero por medio de exacciones inhumanas. Por conservar su fausto y su poder, adula á la reina Catalina, que la teme, y que desconfía de una querida tan falta de decoro. No omite ningún consejo para que el rey no desdeñe á su esposa, durante largo tiempo estéril; la cuida en sus enfermedades y educa á los hijos de Catalina con los que ella misma ha tenido del rey. No se sabe á cuál de las dos mujeres se la debe despreciar más en esta bigamia real, fundada por cálculos ávidos y ambiciosos, si á Diana de Poitiers ó á Catalina de Médicis. (2)

En esta historia hemos visto, como en la época de la decadencia romana, que la tristeza y el hastío se unen á esos faustos que el mundo envidia. Expánse cruelmente, sin salir de ellos, estos fascinadores vicios, á los cuales se está tentado de unir la idea de la superioridad y de la dicha. Los siglos han pasado, las leyes de la feliz naturaleza no han cambiado, la influencia del Cristianismo no ha hecho sino aumentar el castigo; el alma ha conocido otras necesidades más elevadas y más delicadas, y como una nueva inquietud que la atormenta. Se siente, por decirlo así, trabajada por el vacío de estas satisfacciones vanidas y sensuales; es más accesible al fastidio, á veces con visos de remordimientos. Estas personas tan de continuo divertidas, aturdidas por los esplen-

(1) V. las cartas inéditas de Diana de Poitiers, publicadas en vista de las manuscritas, con una introducción y las notas por el señor Jorje Guiffrey. Estas son las verdaderas cuentas del lujo de la duquesa de Valentinois y los móviles que la agitaron, y tienen la brutal claridad de la aritmética.

(2) La favorita se hace pagar sus cuidados por la reina Catalina, á quien asiste al acostarse y en sus sueños.

En una carta firmada en Blois el 17 Enero 1550, Enrique II dió á Diana 5.500 libras tornoñas (cerca de 60.000 francos del día) «en favor, decía, de los buenos, agradables y recomendables servicios que había prestado á nuestra muy querida y muy amada compañera, la reina.»

dores y las fiestas, no fueron dichosas, y no lo ponemos en duda. Que las fastuosas diversiones no hayan podido satisfacer al rey de Francia, de por sí triste y hastiado de todo, no nos admira, y creemos á Mateo Dandolo que sostiene que los cortesanos decían, no le habían visto reir ni una sola vez: Diana misma no encontró esta dicha, de que tan ávida se hallaba, ni conoció otros placeres que los pasajeros y las alegrías torpes del orgullo, alegrías turbadas en sí mismas, por lo que tenía de falso su situación y por temor al porvenir. En estas cartas, habla de sus tristezas y sus inquietudes. Herida por una desgracia inevitable, después de la prematura muerte de Enrique, por su disimulada pero implacable rival, que no economizaba los más duros rigores sino por cálculos políticos, asimismo conoció con horror las duras expiaciones, tuvo miedo á Dios, y por desarmar la cólera divina hizo fundaciones piadosas. En su testamento pedía cirios y misas. Preocupóse de las casas de recogimiento establecidas para mujeres de vida airada. ¿Echando esta mirada retrospectiva á su pasado, pensó formalmente en la humildad? ¿Quién puede saberlo y quién puede afirmarlo con certeza? La historia juzga sus actos. Los secretos del alma en el momento en que todo va á faltar, grandezas, placeres, lujo, memoria del pasado que es menos que nada, son impenetrables á quien los escruta.

La vuelta de Catalina ha venido ha evocar el espectro del lujo de la corte. Su primer acto fué arrebatar Chenonceaux de manos de su rival. Todavía con ella, volvemos á hallar la política en el lujo, pero con pompas aun más explendidas, con más detalles de originalidad y reminiscencias de Italia. Después de la conspiración de Amboise, que vino á turbar la corte como presagio siniestro, Catalina, para distraer los ánimos y alejar este miedo cargado de pasiones é inquietudes, inauguró este nuevo reinado, conduciendo á Francisco y á la joven María Stuardo á Chenonceaux (1560). Colocada bajo una especie de sentimentalismo monárquico, se instala pretenciosamente entre las frías alegorías que la moda aporta, donde se ven los obreros cavadores y albañiles, en número de nueve cientos, formarse en batalla para recibir á la real pareja, sonando tamboriles, con banderas de tafetán negro, una rama verde al extremo de una pica, y las mujeres con sus cabezas coronadas de un tosco y enorme sombrero (á la rústica) esmaltado de mil colores.

La «noble y santa compañía» dice ingenuamente el narrador Le Plessis, de quien tomamos estos apuntes, llega marchando sobre un camino sembrado de violetas y alelías, hasta el castillo donde la aguardan todos los recuerdos antiguos, acondicionados á la moderna usanza; una columnata griega al lado de los fuegos artificiales; un arco de triunfo romano cerca de una ringlera de cañones, obeliscos egipcios, pintarrajeados de inscripciones italianas, francesas, latinas y griegas; puerilidades pedantescas, abuso y degradación del mal gusto del genio del Renacimiento.

Para la fastuosa florentina, no hay nada que no sea ocasión de fausto: ninguna economía, ningún erario. Se asegura «que no sabía guardar nada, porque tenía el corazón noble, liberal y magnífico, y completamente parecido al de su tío, el papa León, y del magnífico Lorenzo de Médicis: porque lo gastaba y daba todo.»

El cortesano Brantôme, muy sincero al glorificar los vicios de su época, habla de sus continuas edificaciones y de haber «dado siempre algún recreo al pueblo ó á su corte, como en festines, bailes, danzas, combates, carreras de sortijas, de las que ella hizo

tres sobresalientes en su vida: la una en Fontainebleau el martes en carnaval, casi cuando los primeros disturbios; donde hubo torneo, rompimiento de lanzas, combates á media liza y toda clase de juegos de armas, con una comedia cuya protagonista era Genoveva de Ariosto, cuyo papel hizo la señora de Angulema y representada por las más honestas y hermosas princesas, damas y niñas de la corte; por cierto, que la representaron muy bien, de tal modo, que nunca se vió nada más bello; y otra en Bayona, en la entrevista con la reina, su hija política, donde la magnificencia fué tal en todo, que los españoles, que tan desdeñosos son de las cosas de los demás, aseguraron no haber visto nada más hermoso, y que el rey no se atrevió á aproximarse, quedando todos como eclipsados.» (1)

Una corte de damas tan numerosa como fastuosa, he aquí la gran novedad de este lujo, introducido por una mujer. Lejos estamos de la exígua corte de damas de honor, creada por Ana de Bretaña. La reina

las tiene siempre dispuestas y en gran espectación. Vive con ellas, lee, discurre, platica á cada instante con una verdadera legión de más de trescientas señoras ó señoritas que la acompañan siempre. Tal es la corte que Brantôme llama «un verdadero paraíso del mundo, escuela de todas las honestidades y virtudes, adorno de la Francia.» (2) «Harto dichoso sería quien pudiera inspirar amor á

tales damas, y bien dichoso también el que pudiera escapar. Y aseguro que no he nombrado ninguna de estas señoras y señoritas que no fuesen bellísimas, agradables y bien cumplidas, y todas bastantes para poner fuego á todo el mundo, y mientras estuvieron en la edad florida bastante incendiaron, tanto á nosotros gentiles hombres de la corte, como á otros que se acercaban á sus fuegos, siendo para varios, dulces, amables, favorables y corteses. Hablo de algunas, de las cuales espero hacer buenas referencias en este libro antes de terminar, pero tan modesta y sigilosamente y sin escándalo, que nadie se entere de nada. Porque todo se ocultará bajo la cortina del silencio de su nombre; aun cuando es posible que alguna que en el libro se lea á sí misma, no le desgrade, porque en los placeres amorosos no duran mucho las incomodidades, empachos y cambios; el recuerdo del pasado halaga siempre.» En una palabra. «De la escuela de la honestidad y la virtud,» creada por Catalina, debía nacer la materia de las *Damas galantes* del escritor cortesano. (3)



Fig. 197.—Vidrieria.—Vasos y copas españolas

(1) V. Brantôme. *Damas ilustres. Catalina de Médicis.* Describe también la fiesta de las Tullerías, dada á la llegada de los polacos á París, donde diez y seis señoras representaban las diez y seis provincias de Francia, ejecutando un cuerpo de baile «bizarramente inventado.» Brantôme señala, aun que muy á la ligera, las fiestas de Bayona.

(2) La lista de las principales de estas damas, está dada por Brantôme; pertenecen todas á la más alta nobleza.

(3) A la entrada de Laon ú otras ciudades, en las «sagradas y superlativas nupcias de reyes y de hijos é hijas de Francia, (y hay continuidad en el intervalo de estos años) se ha exhibido esta colección de señoras y señoritas, criaturas más divinas que humanas.» En efecto, «como otro de los grandes medios, el rey y la reina daban grandes diversiones» y «se las veían brillar en los salones de baile del Palacio ó del Louvre, como estrellas en noche serena.» Por eso «la

Sólo faltaba alabar por sus deudas á la viuda de Enrique II, y los apologistas del lujo de la corte no dejaron de hacerlo, pues la atribuyeron como un mérito el no haberse hallado en su poder ni dinero oculto, ni colocado en las casas de banca de Italia, según se sospechaba. Otro gran mérito suyo, fué el de que al morir estaba entrampada en 8.000 escudos, pues los sueldos de sus damas y de los gentiles hombres y oficiales de su casa, hallábanse retrasados de pago en dos años y habíase comido su renta de un año.

Pocos meses antes de su muerte, sus acreedores habíanla mostrado el estado precario en que se hallaba, pero ella se reía, diciendo «que era preciso dar gracias á Dios de todo y encontrar de qué vivir.»

No es posible admirarse de tales excesos de prodigalidad, pues la reina madre tomaba siempre por modelo «aquel gran rey Francisco I, que había introducido en la corte el hermoso fausto, y no sólo no había querido olvidar nada de lo que aprendiera, sino imitarlo y aun sobrepujarlo, según se lo oí decir dos ó tres veces en toda mi vida.»

De este modo Catalina de Médicis, digna hija del país donde nació Maquiavello, razonaba sus vicios y pretendía justificar, por medio de aparatosas teorías, sus fastuosos excesos, creándose un sistema para defender sus exagerados gastos, «que no todos aprobaban en Francia;» ante todo trataba de demostrar á los extranjeros que Francia no se hallaba arruinada, pues estos no podían dejar de comprender que si se gastaba tanto en superfluidades, con mayor razón se emplearía lo necesario para cosas importantes. Además, los torneos tenían el mérito de demostrar hasta que punto valían «nuestros caballeros, tan bravos y tan diestros en el manejo de las armas.»

Y todavía su conducta se hallaba fundada en otra cosa; creía político distraer y divertir al pueblo.

La astuta reina madre, imaginábbase seguir el ejemplo de los césares, y decía con frecuencia que trataba de imitar á los emperadores romanos que entretenían al pueblo con los juegos circenses, y le divertían con ellos para no darle ocasión de que pensara en hacerles mal.

Mas, en resumen, ¿acaso el lujo no hace trabajar? el mismo autor que nos ha proporcionado los anteriores datos, añade: «á la vez que la reina madre se complacía en divertir al pueblo, dábale no pocas ganancias, pues era amiga de toda clase de artistas; los pagaba bien, ocupábalos con frecuencia y no los hacía holgar, sobre todo si eran albañiles y arquitectos, como lo demuestran los hermosos edificios de las Tullerías, con todas sus imperfecciones, de Saint-Maur, de Monceau y de Chenonceaux.» ¿Se quiere conocer razones políticas? «Era muy lógico que para la mayor reina de la cristiandad, para la más hermosa, para la más honrada y la mejor, hiciéranse fiestas que sobrepujasen á las demás. Y os aseguro que si no se hubieran hecho, el extranjero habría burlado de

reina quería y ordenaba que compareciesen siempre vestidas de corte.» Así estaban siempre «de punta en blanco,» hasta para representar la corte en la solemne procesión del Corpus Christi, de Ramos y de la Candelaria. A caballo, y acompañando á la reina en su litera, es como esta corte de damas aparece en toda su brillante elegancia. «Haber visto cuarenta ó cincuenta señoritas sobre hermosas hacaneas, tan bien enjaezadas y que cabalgaban con tanta gracia, que los hombres no hubieran podido hacerlo mejor, que llevaban los sombreros guarnecidos de plumas que aumentaban sus atractivos, y que al ser agitadas por el aire parecían reclamar amor ó guerra.»

nosotros y se hubiera vuelto á su país juzgando que Francia era una nación de mendigos.» (1)

Sofismas perniciosos, aunque mucho menos que aquellos con que se pretendió legitimar la San Bartolomé, la muerte del duque de Guisa y tantos otros atentados contra el derecho y la humanidad, bajo pretextos religiosos.

La madre de Enrique III, había hecho de su hijo un discípulo suyo, y por eso con él alcanzará el lujo la más vergonzosa corrupción, conduciéndole, en medio de la sangre derramada en las guerras civiles, á un término tal, en que el explendor de las artes no baste á ocultar la infamia de que se hallan impregnadas las costumbres.

(1) *Brantôme* pasaje citado.



CAPÍTULO XXX.

LA DEGRADACIÓN DEL LUJO BAJO ENRIQUE III



L nuevo monarca es todavía un Valois, es decir, un ingenio despierto, un hombre valiente, á pesar de sus depravadas costumbres, y cuyos modales son nobles, graciosos, verdaderamente reales. Las fiestas con que le recibió Venecia á su regreso de Polonia, debían concluir de viciarle, haciéndole dar al lujo una nueva forma completamente italiana. Enrique, se muestra apasionado por las numerosas procesiones con cirios y trajes adecuados, en las que, él mismo, gusta de figurar vestido con un saco de penitente y llevando un cilicio. Veíasele después, tomar parte en las burlescas fiestas del Carnaval y en los paseos, á través de París, de esas agregaciones de penitentes blancos, que había constituido en cofradías. Ya parecía digno de ser comparado á un Nerón, ó á otros emperadores de depravadas costumbres, como lo indicaban algunos folletos de sus tiempos, ya llegaba á las austeridades de un ascetismo teatral, en virtud de un extraño pero sincero regreso á las prácticas de la devoción. Su extraordinario lujo, mezcla en todo las imágenes de la muerte. Lleva un gran rosario con una calavera, y lo reza por las calles y en medio de los bailes, así como coloca también la cabeza de muerto en las lujosas encuadernaciones de sus misales y de los demás libros. Resulta como una mezcla de italiano y español, tanto en lo dicho, como en su pasión por la etiqueta y el ceremonial, que le lleva á crear el cargo de gran maestre de ceremonias.

No sé qué es lo que el lujo tenía, que era pueril y enervaba. Enrique III era extravagante, al par que Francisco I era natural hasta el exceso. No se encuentra en aquel sino mal gusto, decadencia; establece la moda de los perritos falderos, reuniendo crecido nú-

mero en palacio, y los invitados iban á hacerles la corte; el *reinado de los pajes*, reemplazó al de las queridas; es la decadencia en la decadencia misma.

Se pueden tolerar los gastos hechos en favor de las artes, pero no para dilapidaciones infrutuosas, como en las bodas del duque de Joyeuse, en las que se gastaron cerca de 8 millones de nuestra moneda, y 100.000 escudos el collar de la duquesa d' Epernon. Las fiestas de que gusta Enrique, se ocultan á la vista del público, limitándose á celebrar en palacio festines, que terminan en orgías.

Es afeminado, hasta en el lujo de sus vestidos. Inaugura las calzas estrechas, acuchilladas, fruncidas como calzones de mujer. Al sombrero de hombre, substituye á su alrededor la toca de terciopelo con penacho, enriquecido de diamantes. Adopta las golas plegadas, ó pañoletas conicas, que reemplaza no menos caprichosamente por el cuellecito bajo, á la italiana, y despues por una gola formada de linón, muy ancha y larga. Se cubre de joyas, y fiel á su rarísimo gusto, coloca botones de plata en forma de calaveras sobre sus trajes suntuosos. Impregnado de esencias, esparce todos los perfumes exquisitos y principamente los de Italia.

Este Heliogáballo devoto, de una monarquía cristiana, conduce á su país á la más baja decadencia romana; su inteligencia y su valor, se reduce á las cosas puramente espirituales; su elocuencia natural, sólo evita que no caiga en la degradación suprema del más refinado embrutecimiento.

¿Qué se puede añadir á este triste y vergonzoso cuadro? ¿Qué decir de aquel rebaño servil de imitadores, que encarecen la bizarría de las modas, en los atavíos, y las extravagancias refinadas de la compostura?

Al efectuarse el matrimonio del duque de Joyeuse con la hermana de la reina, Enrique III y su favorita, llevaban los trajes cubiertos de bordados, perlas y pedrerías; los dos, perfumados con aguas esenciales de algalia, almizcle, ambar gris y ricos aromas, y los dos, con golas almidonadas y fruncidas. Parece que sólo faltaba este escalón, pues eran las últimas torpezas del lujo. Si las artes, en estos tiempos de sangre y malas costumbres, arrojan todavía algún brillo, ellas mismas lo pierden, y sus débiles rayos se avergüenzan de brillar.



CAPÍTULO XXXI.

RESÚMEN DE LA ÉPOCA



N la época de que estamos tratando, las malas costumbres pervirtieron el lujo, y éste, á su vez, convirtióse en un instrumento de inmoralidad. Hemos seguido este doble movimiento, y hemos visto también desarrollarse y extenderse las artes y el bienestar material. Las invenciones que componen lo *supérfluo*, y este *supérfluo* que se convierte en *necesario*, con el transcurso del tiempo han dotado á la sociedad de beneficios duraderos, que el siglo dieciseis debe aumentar por medio de sus manufacturas y de un comercio activo, según hemos visto que ocurría en Florencia y en Venecia.

El descubrimiento de las minas del nuevo mundo, lleva nuevas cantidades de metales preciosos á la circulación monetaria, que da por resultado el aumento del lujo, en virtud del movimiento que imprime á los cambios y al comercio, y de permitir que se consagre á los usos ordinarios, una parte mucho mayor de dichos metales. En el siglo dieciseis, Guichardin habla ya de la pesada platería de los burgueses en Flandes, y Holinskerd se lamenta de la introducción de las cucharas de plata en Inglaterra; pero el empleo de este metal, para la fabricacion de objetos de ornamentación y de utensilios, aun debía aumentar de un modo extraordinario, y los trajes civiles y militares debían sobrecargarse de galones y de bordados de oro y de plata.

En esta misma época aumentase también el número y la importancia de las manufacturas de telas de seda. Enrique II, fué el primer rey de Francia que llevó medias de seda; y treinta años más tarde, ya las usaban cincuenta mil personas. En 1544 publicase un edicto sobre la plantación de moreras. Mompellier fabrica terciopelos y

rasos. Dourdan, medias de seda. París, tiene una manufactura de sedería, y la riqueza de las fábricas de Lyon y de Tours, son para no pocas ciudades un motivo de emulación. Los productos de la orfebrería, de la bisutería, de la ebanistería y de la tapicería, ofrécense en gran número á la satisfacción de todos los deseos, y estas adquisiciones del lujo útil que se introducen en las costumbres desde las cruzadas y en los siglos siguientes, multiplícanse con el progreso de la vida material, en la época de los Valois.

Los ejemplos dados por los monarcas, ocasionan un grave mal, aunque no puede negarse que existe asimismo más emulación, que no deja de tener su lado bueno. Llevado el hombre del espíritu de imitación, trata de adornar su morada, de mejorar las condiciones de ésta, y tal movimiento, del que resultan grandes progresos en la arquitectura civil y en el mueblaje, no deja de ser plausible bajo ciertos puntos de vista.

El desarrollo del lujo en la nobleza, durante el siglo dieciseis, se presta á dos observaciones. Toma proporciones extraordinarias entre los altos dignatarios del ejército, aunque no produce todavía los enervantes efectos sobre las costumbres militares que se observaron más tarde, pues el temperamento guerrero no ha tenido aún tiempo de debilitarse.

El gran lujo en la vida privada de los mariscales, de los generales, etc., es introducido por el mariscal de Saint-André, que lo lleva á un extremo no visto jamás, según lo hace notar el abate Brantôme en su obra *Capitanes y coroneles franceses*.

En aquellos tiempos, cuando los recursos de la Hacienda no estaban agotados, ni los pueblos se hallaban recargados de tributos, por ejemplo, bajo Enrique II, hácese universal la riqueza, y con ésta, llega inmediatamente el afán de mejorar, y el lujo, «el orgullo, crece más y más todavía en todas las clases,» dice un contemporáneo. Los villanos, quieren vestirse al modo de los caballeros; los caballeros, con tanta suntuosidad como los príncipes; y las gentes de las aldeas, igual que los vecinos de las villas. En el reinado de Enrique III, el tocado de las damas no se diferenciaba del de los ricos burgueses, más que por la careta y la montera de terciopelo. Era el mismo jubón estrecho, el mismo rodete, iguales caderas postizas, idénticas telas ricas, é iguales alhajas. El embajador de Venecia, Gerónimo Lippomano, hallándose en París en 1577, fué muy castigado por este fausto y por los gastos que produjo llevar tantas riquezas. Observa «que un cortesano no es bastante rico, si no tiene veinticinco ó treinta trajes de diferentes hechuras, y puede cambiarlos todos los días.»

Lo que hay de más notable es que el campesino tiene así mismo los gustos de la comodidad y el lujo, que veda una de las leyes suntuarias; en ella se prohíbe «que ningún aldeano, gente de labor ó lacayo, si no pertenece al servicio de los príncipes, pueda llevar jubón de seda, ni calzas bordadas, ni atacadas de seda.»

En la época de las guerras religiosas, se llenan los pueblos de ropa y trajes suntuosos, que llevan los villanos, no queriendo vestir «según el estado del labrador y del viñero.»

«Al principio de esta guerra, los villanos estaban tan ricos y abundantes, tan bien amuebladas sus casas y provistos sus corrales y despensas, que parecían otra nobleza.»

Los labradores, según el dicho de Bernardo de Palissy, quieren hacer de cada hijo, un señor. Estos son los comienzos, todavía no hemos llegado al fin.

Hay que añadir también que los tumultos de Francia, llevados al colmo, pusieron las cosas en un estado bastante menos brillante; por más que el hecho real que señalamos, es indudable; ningún testimonio hay en contra, todos coinciden.

La prueba más fehaciente, es que las manufacturas de productos de lujo en cualquier escala, muebles, telas, ropas, no podían prosperar sino con gran trabajo.

El establecimiento en Lyon de las fábricas de tejidos de oro y seda, el secreto de la cristalería, robado á Italia é importado á Francia por el bolonio Mutio, tanta fabricación de lujo, cuya importancia hemos expuesto, atestiguan un consumo que no podía soportar una minoría aristocrática. Las leyes comerciales no desmerecen de las suntuarias para ser citadas como pruebas, en apoyo de esta invasión del lujo. Inaugúranse entonces leyes *prohibitivas*.



Fig. 198.—Vidriería española.—Siglo xiv.

Una de las razones más invocadas es, que la Francia se arruina por comprar cosas de lujo. Se adoptan medidas para prohibir la introducción. Prohíbense los perfumes cuyo abuso había sido excesivo. Prohíbense las estofas. No sólo se *cohiben* ciertas manufacturas nacionales, sino que se pretende *suprimir* cierto consumo señalado ya por las leyes suntuarias, con ayuda de la prohibición de importación.

Los motivos moral y económico, combináronse en estas ordenanzas relativas al comercio del lujo, dictadas bajo el reinado de Carlos IX, por el canciller de Francia Rene de Biragne (1572):

«Prohibimos—dice—muy terminantemente toda entrada en este nuestro dicho reino, á toda clase de telas, estofas, pasamanerias y filigranas de oro y plata, á la vez que todo terciopelo, raso, damasco, tafetán, etc.»

Los arneses y armas, espadas y dagas, doradas ó plateadas, son también objeto de

idénticas medidas. Así mismo quedan prohibidas las tapicerías extranjeras. Una falsa idea económica entra por mucho en estas costumbres; se quiere impedir la salida del numerario, y quiérese ver en esto la riqueza nacional, imaginándose, que por tal medio abundarán de nuevo el dinero en el reyno, y se contrarrestará el déficit.

No es ciertamente este el camino para cubrir el déficit de más de 43 millones, producido por «un lujo siempre creciente y por las prodigalidades insensatas de los cortesanos y de las queridas.»

El número, la sucesión rápida, los mismos textos de las leyes suntuarias, atestiguan que este lujo es *general*. No se cuentan menos de ocho disposiciones dadas contra el lujo desde 1543 hasta la época de la Liga.

Las unas se aplicaban á *todo el mundo*; eran las que se referían al uso de las telas de oro, plata y seda. Otras tenían la tendencia de sostener los distintos rangos; *el que no sea gentil hombre no podrá hacer uso de los ricos ornamentos de la orfebrería, placas, ni botones de oro.*

Usar el tratamiento de señorita, llevar vestidos de señora, está prohibido á las mujeres de los burgueses. Estas últimas ordenanzas demuestran, como las primeras, que no se trata de un uso ni de un abuso, los dos castigados á la vez, sino solamente de la parcialidad. La prueba es, que cada clase está tratada á parte; por ejemplo, la magistratura, que era la que debía dar ejemplo, puesto que era la encargada de aplicar la ley. Perseguir los abusos del lujo en los trajes de los magistrados y entre sus mujeres, fué una de las preocupaciones del legislador.

Enrique II, en su aclaración de 19 de Mayo 1547, referente á ciertos vestidos de las mujeres de la gente de justicia, dice: «En cuanto á las mujeres de gente de justicia, les está terminantemente prohibido llevar trajes de terciopelo ú otros trajes de seda de color, permitiéndolas sólo usarla en sayas ó manguitos.»

En los Estados de Orleans (1561) el abogado Lange, orador del tercer estado, se lamenta «de la superfluidad y suntuosidad de los trajes de la gente de justicia, que supera todas las afeminaciones de los asiáticos y de los antiguos sibaritas.» Un decreto del Parlamento de Tolosa de 8 de Mayo de 1573, prohíbe á los magistrados «llevar trajes, sayones, capas, calzas de color rojo, amarillo, verde ó azul, llevar sombreros al palacio ni á ninguna parte, sino en caso de necesidad, ya por injuria del tiempo ó indisposición de la persona, so pena de confiscación de trajes y cien libras de multa.» Este decreto fué reproducido por varios soberanos y particularmente por una disposición del Parlamento de Bretaña.

A la gente de iglesia también alcanzaban las medidas. Se les prohibió el terciopelo, previniéndoles usasen sólo «trajes modestos, decentes y en consonancia con su profesión.» La seda se prohibió hasta en los forros, á los menestrales, sirvientes y obreros mecánicos, previniéndoles que se lo encareciesen unos á otros del mismo oficio. La ordenanza de 1576, *declaración del rey sobre la hechura y reforma de los trajes* fué motivada en que «los simples hidalgos se ostentan tan soberbiamente ataviados como si fuesen duques ó varones, y los pecheros y plebeyos hacen tal gasto en sus trajes, que se ven obligados á revender sus mercancías, sin que haya al presente diferencia alguna entre nobles y plebeyos.»

El legislador fija ya la ley en la idea moral; siendo notable que jamás hubo en los

preámbulos cuestión alguna moral, hasta la época esta, en que la inmoralidad reina en lo más elevado de la sociedad. Hemos visto la prueba de que las leyes suntuarias no fueron antes, más que uno de los casos particulares de la ingerencia de la autoridad, en todo lo concerniente á las costumbres.

Otras leyes anteriores, marcaban el mismo principio sobre este derecho absoluto del Estado. Así pues, la ordenanza de 1536 castigaba á los borrachos con prisión, latigazos, destierro y desorejamiento. Carlos VIII dispuso que las mujeres de vida airada fuesen *quemadas vivas*. (El mariscal Strozzi hizo arrojar ochocientas al río.) Estas leyes draconianas no conducían á corregir el fin para que se dictaban, quedando en igual caso que las suntuarias.

En esta época, lo que el rey era para el resto de la sociedad, vino á ser París para el resto de Francia; imitaron sus fiestas, sus modas, sus revoluciones. Ya hemos dicho que se había enriquecido con algunos monumentos nuevos, el Louvre, las Tullerías, el Ayuntamiento, etc. Tomó desde luego aspecto de gran ciudad. Vió aumentar esta circulación tan brillante, de que carecía en los anteriores siglos. Las *carrozas* son todavía raras; constituyen un privilegio; era preciso ser la reina, ó Diana de Poitiers, ó, (y como ejemplo raro), René de Laval, cuya excesiva obesidad le impedía montar á caballo.

La esposa del primer presidente, Cristóbal de Thon, obtuvo igual autorización, aunque las literas colgantes se multiplicaban. Con préstamos pedidos á Italia en gran cantidad, el lujo de atavíos muéstrase bajo nuevas formas, entre los príncipes y señores. El almirante Bouinet hágese notable por su especial fausto.

La capital, animada por la presencia habitual de la monarquía, es el centro de las fiestas, teatro de las grandes procesiones, uno de los más extraños espectáculos y á veces de los más brillantes de la época. Es la vida de la sociedad, de la conversación; la vida intelectual que constituye el atractivo poderoso de la gran ciudad, más aun que el lujo material, más que el palacio y las pomposas solemnidades. ¡Qué poeta, qué artista, qué literato llegado de provincia, no dice como Montaigne: «París se ha apoderado de mi corazón. He llegado al resumen de lo excelente, y aunque he visto después muchas hermosas ciudades, esta puede más y gana todo mi cariño! La amo por ella misma, y más aun por su estro, por ser la que lleva la pompa al extranjero. La amo tiernamente á pesar de todos sus defectos. No soy Francisco, sino por esta gran ciudad, grande en población, grande en la felicidad de su asiento; pero sobre todo, grande é incomparable en la variedad y diversidad de comodidades; es la gloria de la Francia, y uno de los mayores adornos del mundo.» Montaigne añade: «No temo por ella, sino á ella misma.»

Desde el siglo décimo sexto, las modas francesas, es decir, las modas de París, empiezan á comunicarse á las cortes de Alemania, Inglaterra y Lombardía. Los historiadores de Italia, se lamentaban de que desde Carlos VIII los italianos afectaban vestirse á la francesa, y llevar de Francia todo lo que podía servirles para sus trajes. Aunque no solo sobre este punto se manifiesta la irritación. Francia trasmite á otros pueblos lo que ella misma ha recibido de Italia y lo que añade de cosecha propia. Sin que renuncie á la originalidad en algunas cosas de lujo; las principales naciones siguen el mismo movimiento.

Las leyes suntuarias se multiplicaban y revestían análogos caracteres á los que se

observan en Francia. Estas ordenanzas se vuelven contra ciertos ~~goces~~ y ~~consumos~~ nuevos, cuyo uso se trata de impedir ó restringir.

El tabaco, el café, el thé, llegaron á ser en varios países de Europa, lo mismo que en Oriente, objetos de la más rigurosa prohibición. Las razones económicas parecían confundirse con las razones higiénicas.

Hacia la misma época se ven las ordenanzas suntuarias inspiradas por las tendencias comerciales protecciónistas. En Inglaterra, se prohíbe, por ejemplo, el uso de la sedería para favorecer la fabricación indígena de las lanas. Idéntico sistema se sigue en España é Italia, más aun que en las otras naciones europeas.

Caractericemos el lujo de las tres principales naciones europeas, que no ocupan hasta el presente sino un rango secundario, relativamente á Francia. España despliega el gran lujo monárquico, que se inaugura con Fernando é Isabel. Sus entradas triunfales, rivalizaban en riqueza y brillo con las más poderosas monarquías europeas. España poseía su etiqueta de la corte, y su riguroso ceremonial; sus abundantes tesoros traídos del Nuevo Mundo, sostienen la comparación con los países más adelantados, por su superior orfebrería. Por desgracia para este gran país, el descubrimiento de minas favoreció el lujo, con detimento de la general riqueza. En vez de fecundar por el producto metálico las producciones agrícolas é industriales, España inmoviliza su *capital* con productos suntuarios; y su nobleza, á la vez fastuosa y miserable, es la más magnífica en trajes y objetos de adorno, y la más contenta; tiene lujo sin bienestar. Las causas son aún más profundas, que si fuesen producidas por un error económico. El genio de España se ha esterilizado, por la manera estrecha y falsa de comprender la religión, por el *monacalismo*, por una política represiva, poco favorable á la agricultura y á la industria. Lo absurdo del sistema económico, no consiguió sino agravar el mal. España quiso guardar, con una asombrosa torpeza, sus riquezas metálicas, de la que no sacaba sino los productos del lujo, y prohibió su extracción del reino, bajo terribles penas, como si temiera que la llevasen en cambio productos útiles y el espíritu de vida y de movimiento con el comercio; desconfiaba de las mercaderías, como de las ideas extranjeras, permaneciendo frente á su lujo, como Carlos V en Yuste frente á los joyeles que había llevado consigo en recuerdo de su grandeza y de su poderío. La servidumbre, brillante y numerosa, constituyó otra parte del fausto de la España monárquica y aristocrática, con la cual ofrece un absoluto contraste la Inglaterra.

El lujo de ésta es el producto de su agricultura, de su industria y de su comercio; en los siglos diecisiete y dieciocho, la veremos asociada cada vez más á la idea del bienestar; pero en el siglo dieciseis reproduce hasta los abusos de que se ha hecho mención al hablar de Francia. La grave Inglaterra, gastó, como los franceses, una multitud de prendas, tan ridículas como costosas. La monarquía, casi tan absoluta entonces como en Francia, reproduce las magnificencias de las cortes francesas. Enrique VII es una especie de Francisco I. británico, menos artista que éste, aunque no menos fastuoso. Su toca de terciopelo, adornada con una pluma de aveSTRUZ, su afición á los colores brillantes, á la seda y al terciopelo, su arrogante actitud á caballo, cubierto el cuerpo con deslumbradora armadura, y adornada la cabeza con plumas blancas, todo su adorno, en fin, hace de él un magnífico rey de escaparate.

Aficionado además á los ejercicios corporales, amaba la caza de modo tan extra-

ordinario, que hubo veces en que rindió en ella diez caballos; el juego de bolos, en el que hacía la partida con el mejor jugador, vestido con un jubón de raso blanco; la pelota, para jugar á la cual cubría su mano con un guantelete de madera; y el tiro de ballesta, en el que rara vez erraba el golpe. Sus profusiones y sus esposas, á quienes trataba como queridas hasta que se desembarazaba de ellas, entregándolas al verdugo, continúan dando semejanza á la corte inglesa con la de Francia, y las diferencias que entre ambas existen, no favorecen ciertamente al monarca británico. Puede juzgarse de las disipaciones de este príncipe egoista, tan pródigo como despiadado, por las sumas que halló en el Tesoro y que consumió completamente (unos 120 millones de pesetas), por los empréstitos forzados, por las falsificaciones de la moneda, por el importe de las pensiones que recibía del extranjero, y por el de las propiedades de las órdenes monásticas, que secuestró sin escrupulo alguno. Su presupuesto personal, producía veinte millones de pesetas anuales, que eran devoradas por él, en gastos de todos géneros; el producto de las tierras eclesiásticas de que se apoderó, subía á 150 millones, empleados en llevar el lujo á un extremo desmesurado. El mismo Bournet, historiador de la reforma anglicana, no puede negarlo, y Bossuet se expresa de este modo: «Los bienes de la Iglesia, fueron secuestrados; los objetos de metales preciosos de las sacristías, enriquecieron el fisco del príncipe; sólo la urna cineraria de Santo Tomás de Cañtorbery, con los inestimables presentes que á ella habían sido enviados de toda la cristiandad, produjo sumas inmensas. A esto se debió el que se degradara al Santo mártir: se le condenó para robarle, y las riquezas de su tumba constituyeron su mayor crimen. *En medio de los desórdenes de Inglaterra y de los estragos que la peste hacia en Londres*, Enrique sólo pensaba en levantar el más soberbio palacio que jamás se haya visto; y para colmo de iniquidad, edificábalo con *las ruinas de las iglesias y de los palacios episcopales, y con las rentas que le cedían los obispos y los cabildos.*» Hay que advertir, que las líneas subrayadas por Bossuet, están literalmente tomadas del protestante Bournet.

Alemania siguió la misma marcha general, realizó los mismos progresos, debidos á la industria y al comercio, cayendo en los mismos abusos. Importación del café, del thé, del tabaco, y de azúcares, como en Inglaterra; jardines de recreo, con flores nuevas y pájaros de lujo; acrecentamiento del bienestar interior en las moradas, etc. El lujo de la nobleza rural acrecentó. Mientras que un antiguo propietario de la generación anterior, el anciano Schomberg, no poseía en plata sino una cántara, seis cubiletes, dos saleros y ocho cucharas, la vajilla de plata de su hijo pesaba 632 marcos. El primero no tenía más joyas, que dos cadenas de oro y seis sortijas; en cambio el segundo poseía un número tal de alhajas, que sólo la lista de las perlas ocupa dos páginas. El padre, vestía habitualmente de lana, y sólo tenía algunos jubones de seda y pantalones de terciopelo; el hijo tiene veintidos trajes completos de gran lujo. El alto comercio despliega también gran lujo en las ciudades; la magnificencia de los Tuggers en Augsburgo, iguala á cuanto de más sumuoso se conoce en Italia y en Francia; pero también allí se ven los mismos excesos y casi las mismas absurdas modas que en Francia. «En cuanto á la vida social, dice el alemán Scherr, no se transforma hasta el momento en que penetran en el país, las costumbres de la corte de Francia.» Las descripciones de las suntuosidades de los bailes, torneos, espectáculos alegóricos y mitoló-

gicos, entradas triunfales de los reyes, bodas de los príncipes, banquetes y otros rui-nosos gastos, recuerdan la Francia de Francisco I y de Enrique II, llegando á sobre-pujar á ésta, en la abundancia de los festines, verdaderamente dignos de Lúculo, que duraban semanas enteras.

Evidentemente, hay una sociedad que, obediendo á un movimiento, adelanta á la civilización común: esto se comprobará en las artes suntuarias, pues las necesidades se parecen entre pueblos tan diversos por su origen y por sus intereses, ya que todos quie-ren disfrutar su parte en los mismos goces y en la misma civilización material.

El lujo contribuye así en Europa á la unidad: y el gran centro de atracción es la Francia con sus costumbres corrompidas; pero también con sus ciencias, con sus artes, con el contingente que lleva á la civilización general y con su genio expansivo, que promueve la imitación y que cohíbe la independencia.

